

Selecta

E.M. Cubas



*El jardín
de las delicias*

Selecta

E.M. Cubas



*El jardín
de las delicias*

El Jardín de las Delicias

E. M. Cubas

Selecta

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

Capítulo 1

Carlos se arregló la pajarita con las manos temblorosas mientras en su mente daba vueltas la misma pregunta que llevaba en su cabeza desde que salió de su casa: ¿qué hago aquí? La sensación de estar totalmente fuera de lugar lo embargaba desde ese mismo momento, pero debía ser fuerte. Si quería cambiar su vida y continuar adelante, esa era la única solución viable que tenía; días de reflexiones y autocompasión lo habían llevado hasta allí. Sin embargo, sintió miedo a lo que iba a encontrar, algo opuesto a lo que siempre había querido en su vida, a sus principios, sintió miedo de lo que iba a pedir o a suplicar si fuera el caso. Respiró hondo, se giró y dio un paso atrás observando la calle a su espalda, el caminar cansino de los transeúntes que disfrutaban de la noche con calma, volvió a dudar y cerró los ojos para mentalizarse otra vez, extrajo del bolsillo de la chaqueta de su traje la tarjeta que su distinguido cliente le había dado con su nombre, la manoseó con nerviosismo y, por fin, girando de nuevo, se dirigió hacia el local que tenía enfrente. El taxi en el que llegó se había marchado hacía ya rato y él seguía parado, pronto la gente lo miraría con curiosidad y eso era lo último que deseaba. Estaba hecho, sus decisiones siempre eran acertadas y rotundas, sin sitio para la duda, así era él, por lo menos hasta ese fatídico momento que lo cambió todo.

Solo debía cruzar la calle, avanzar unos metros.

El edificio de su destino en cuestión era del siglo XIX, uno de los pocos que quedaban sin restaurar en ese céntrico barrio, pero la fachada apenas dejaba hueco para el arte, ya que las luces que la decoraban atraían todas las miradas; Carlos pensó que era de todo menos discreto y que decía a gritos cuáles eran sus intenciones, un hotel de lujo para clientes de lujo y con un enorme ego aferrado a sus paredes que brillaban en la noche de la ciudad: EL JARDÍN DE LAS DELICIAS; ¿esos lugares no tenían por ley o algo pasar desapercibidos? Él bufó ante el cartel y ante el plagio del cuadro de El Bosco en vinilo luminoso, se pasó las manos por el pelo engominado demasiado repeinado para su gusto y caminó deprisa a través de la calle que lo separaba del edificio.

Carlos mantuvo su escrutinio. La puerta, en la misma línea que el edificio, era dorada y decorada como si fueran las *Puertas de Paraíso* de Ghiberti y, como si de un club americano de los años 50 se tratara, estaba parapetada por dos gorilas con gafas oscuras que ni se molestaron en mirarlo, pero sí en detenerlo cuando se disponía a entrar. Carlos paró en seco contra el robusto brazo de hierro del hombre sin entender su reacción; venía perfectamente vestido, con un traje de gala, como le había dicho su cliente, ¿qué problema había entonces?

—Disculpe, desearía entrar —afirmó Carlos con el ceño ligeramente fruncido.

—Por supuesto que desearía entrar, caballero, pero me temo que no está usted invitado.

—¿Invitado? ¿Tenéis una lista de asistentes o algo así?

—Es un lugar exclusivo. —El portero lo miró de arriba abajo—. Y no creo haberlo visto antes.

—Nunca había estado aquí, pero...

—Entonces le rogaría que se marchara.

—Ya, pero... —insistió Carlos.

—Estoy siendo amable.

El otro portero por fin se movió y fue para juntar los puños y apretarlos en señal de amenaza hacia su persona, pero él no se dejó amedrentar, tenía un propósito y no iba a irse de allí sin intentarlo y dos hombres tan grandes y musculosos como esos no lo iban a detener. Tragó saliva mientras se le ocurría una solución.

—¿Qué necesitaría entonces?

—Una tarjeta de socio o una muy buena recomendación.

«Perfecto», pensó Carlos, solo le pedían eso.

—¿Esto serviría?

Carlos le entregó, al que parecía ser el jefe de los dos, el que había hablado primero, la tarjeta de su cliente y observó al hombre leer lo que en ella decía. Sin embargo, el portero no dijo nada, le devolvió la tarjeta, retiró el brazo y le indicó que pasara, ni disculpas ni más comentarios, los dos hombres *armario* regresaron a su posición de brazos cruzados sobre el pecho como si fueran unos robots entrenados y no hubieran estado a punto de echarlo a patadas.

Por fin atravesó la puerta, no había marcha atrás.

Lo primero que notó fue un aroma dulzón que embotaba los sentidos, un olor que invitaba al placer, que prometía horas de deseos satisfechos y de fantasías sexuales cumplidas, su cerebro así lo registró, sabía dónde estaba. Retiró la pesada cortina de terciopelo morado que lo separaba del interior y accedió al gran salón del hotel. Lo que vio allí lo dejó sin aliento, nunca había contemplado algo así, nunca había visto tanta claridad en un lugar de esas características; no era que hubiera ido a muchos, solo recordaba unas copas con unos amigos una noche de verano que perdió una apuesta, el cubata más caro de su vida. Los espaciosos suelos estaban repletos de alfombras y de almohadones de todos los tamaños y colores; la decoración, más propia de una domus romana, alternaba también con pequeñas piscinas de aguas poco profundas donde algunos daban rienda suelta a sus instintos más húmedos sin prestar atención a lo que los rodeaba; las bandejas repletas de frescas y variadas frutas que los clientes degustaban y daban a probar de forma seductora a sus parejas; las guirnaldas, las cintas y los tules se cruzaban de columna en columna creando una floresta paradisíaca. Se quedó paralizado mientras veía cómo muchos eran los que paseaban, comían, charlaban en ese *jardín* y todos vestidos para la ocasión con togas, túnicas y laureles. Nunca había estado en un lugar así, él pensaba que iba a una especie de club de lujo, pero eso era otro nivel, otro mundo, como si hubiera atravesado un umbral a otra dimensión, a otra época, una de simposios griegos; le gustó al instante. Cuando le hablaron de El Jardín de las Delicias, de su moral relajada, de sus mujeres y hombres, de su discreción y su belleza, de su

edén del placer fuera cual fuera tu fantasía, no se imaginaba que sería así: tan claro, tan inocente en su aspecto, tan sosegado, tan clásico.

Seguía embelesado cuando un joven se acercó a él y le ofreció una copa de vino.

—¿Encuentra algo de su agrado? —le dijo el chico rubio con una ligera reverencia. Carlos solo carraspeó—. ¿Puedo ofrecerle algo más íntimo o quizás solo quiere mirar?

Una leve sonrisa se dibujó en los labios de Carlos, ¿había sitio para la intimidad en aquel lugar? Posiblemente habría un rincón para cada necesidad, el edificio era suficientemente grande para ello. Por fin salió de su letargo.

—Busco a La Dama.

Esa vez le tocó al joven y rubio querubín sorprenderse, ¿cómo sabía ese desconocido...?

—Perdone, señor, creo que se equivoca, nadie puede verla si no es ella quien lo decide y no tengo constancia de ninguna cita.

—Entrégale esto... —Carlos le dio la tarjeta de visita que le habían cedido exclusivamente para esa noche—... y que ella lo decida.

Carlos se dio cuenta de que había sido demasiado directo y de que rozó la grosería, pero era necesario llegar ya hasta ella. Él contaba con que su cliente hubiera hablado con la mujer, la hubiera informado de su visita y, si no era así, contaba con despertarle un cierto interés. El joven tomó la tarjeta y se marchó hasta un ascensor que había a su derecha. Cuando el elevador se cerró, Carlos observó los números de los pisos cambiar hasta llegar a la parte más alta del edificio, eso solo podía significar que ella vivía allí, sobre todo aquello, controlando su imperio del placer.

Recordó lo que su cliente le había dicho sobre la dueña del hotel, sobre la *madame*: que la llamaban La Dama y nadie conocía su verdadero nombre, que había levantado un negocio sublime con el único esfuerzo de su propia persona, que estaba por encima de todos los hombres y mujeres que entraban allí, por muy poderosos que fueran, que muy pocos eran los que tenían acceso a ella y siempre era ella la que lo decidía y, sobre todo, que era una maestra en lo relativo al sexo; joven, hermosa, excitante, deseable... fueron unos de los adjetivos que utilizó para describirla y Carlos esperaba poder comprobarlo pronto, la necesitaba. Aunque también le advirtió de que La Dama llevaba mucho tiempo sin ejercer y últimamente solo disfrutaban de tertulias juntos, pero, aun así, su fama la precedía.

Mientras esperaba no pudo evitar la tentación de pasearse por el gran pasillo central recorrido por flores, hojas y hierbas aromáticas, sintiendo las miradas de unos, observando las caricias de otros y oyendo los gemidos de placer; más de una vez tuvo que rechazar unos gestos de invitación para unirse a la fiesta, no era esa su idea, pero sí probó el vino que le ofrecieron, el dulzor del licor estaba en consonancia con todo el lugar. Se apoyó en una de las columnas de mármol y esperó, muchos caminaban a su alrededor y, viéndolos, pensó que no era una mala forma de acabar la noche, vestido con una toga y disfrutando de las caricias de una preciosa joven beldad rubia; y frente a él, en la inmensa pared del fondo, un impresionante fresco representando *El jardín de las delicias* de El Bosco que mostraba el *leitmotiv* de ese templo del placer, solo

haberlo visto ya merecía la pena, aunque no consiguiera nada más. Recordaba sus paseos por el Museo del Prado en ese quinto centenario de la muerte de El Bosco, iba con Emma, y las horas que había pasado ante el famoso tríptico, sin escuchar sus quejas y sus prisas, admirando la exposición especial que el museo organizó ese año. Fue entonces cuando más aprendió de los detalles tan macabros y espectaculares de la pintura, allí estaba, en ese hotel, como representación de los deseos carnales, de la libertad sexual, pero ¿conocerían lo que ese cuadro mostraba más allá? Desde luego que sí, claro que sabían de la secuenciación de las partes del tríptico, de la forma en la que el pintor retrató la lujuria extrema, la decadencia del ser humano, de su alma, la pérdida de la pureza, los pecados capitales bajo todo tipo de simbología, animales fantásticos e imaginados por el pintor que metaforizaban todo. Carlos se acordaba de las imágenes que más le impactaron y mientras esperaba intentó visualizarlas, no tardó en ver, en la tabla de la derecha, la dedicada al infierno, lo que buscaba. Allí, el cerdo vestido de monja se afanaba en sus placeres, el hombre árbol mantenía en su interior una taberna y más abajo, la parte trasera de un hombre aparecía aplastada por un laúd o arpa con el culo cubierto por una partitura mientras un hombre sapo y varios más lo contemplaban; Carlos sonrió, recordando cómo una chica hacía poco extrajo la partitura y la colgó en internet, haciendo que esa melodía, llamada por ella *La canción del trasero del infierno*, mitad música mitad canto gregoriano que adaptó a la notación moderna, se hiciera viral. La obra maestra no dejaba de sorprender pasasen los años que pasasen. ¿Cómo tuvo que ser para ese hombre de 1500 darse de bruces con semejante pintura? ¿Qué tuvo que sentir realmente al ver aquello? ¿Lo considerarían una ofensa, una muestra de moralidad, una herejía, les infundía miedo? ¿Por qué decidieron que fuera el rey el que lo tuviera?

Perdido en ese mundo no se dio cuenta de que su emisario había regresado hasta que el joven querubín lo aferró del brazo para llamar su atención.

—Sígueme. La Dama lo atenderá.

Carlos sonrió ante la posibilidad de hablar con ella, sin embargo, los nervios empezaron a recorrer su cuerpo.

—Gracias.

—Entienda que esto es de lo más inusual. Espero que comprenda que ella no se compromete a nada con usted.

—Por supuesto, si ella quiere que me vaya después de hablar, yo me marcharé.

—No tengo que avisarle de que también esperamos una absoluta discreción.

—Desde luego.

Carlos lo siguió al ascensor, él introdujo una contraseña y subieron al ático. El joven se mantuvo con la cabeza baja evitando cualquier tipo de conversación más y, cuando sonó el pitido de llegada, solo le indicó que saliera y él cerró de nuevo y descendió.

La entrada a la residencia privada mantenía el aspecto del resto del hotel y sendos tules se movían por doquier al ritmo de una ligera brisa que pasaba por uno de los ventanales. Carlos se introdujo en la guarida privada de La Dama, la suerte estaba echada, o, como sería más

apropiado: *alea jacta est*.

—Adelante.

Una voz aterciopelada llegó a sus oídos dándole a sus piernas permiso para moverse y entrar a través de las gasas, como marchando por un laberinto de paredes transparentes. Al fondo, sobre un gran diván color crema había una impresionante mujer, era mucho más joven de lo que había imaginado, posiblemente rondaría la treintena igual que él. Una larga trenza color chocolate caía por su hombro y una toga negra casi gaseosa dejaba muy poco a la imaginación, se había preparado para generar admiración y, por Dios, que lo había conseguido.

—Vengo a...

Carlos apenas podía hablar por la impresión y era algo que solo le pasaba desde que había atravesado las puertas de El Jardín de las Delicias.

—Toma asiento... —Ella le indicó un pequeño *triclinium* que había delante de su diván, él obedeció... Y hablemos.

Capítulo 2

Carlos miraba con la boca abierta la nota que tenía entre las manos sin poderse creer lo que leía en ella:

“Ya no lo soporto más, siento decírtelo así, pero lo nuestro se acabó. Adiós”.

Emma

Un viaje de negocios con uno de sus clientes lo había mantenido lejos de su casa durante dos semanas y, al regresar, se encontró con que su novia desde hacía más de seis años, la que consideraba la mujer de su vida, se había marchado llevándose sus cosas y dejándole esa mísera nota, a eso se resumía su amor. ¿Qué había ocurrido en ese tiempo? ¿Por qué ese cambio? Él creía que todo iba bien. No peleaban a menudo, solo por cosas triviales, tenían gustos parecidos y su convivencia era idílica, o eso pensaba, ¿qué era lo que no soportaba? Llevaban cuatro años viviendo juntos incluso quería pedirle matrimonio; él era ya un reputado abogado de asuntos internacionales, y ella una cotizada diseñadora de bolsos. ¿Qué mierda pasaba? Unas semanas fuera y todo su mundo patas arriba. ¿Sería una broma? ¿Qué la llevaba a marcharse así sin dar la cara? Muchas preguntas sin respuesta y un muy mal presentimiento que hacía que tuviera un cosquilleo doloroso en la boca del estómago, no quería cambiar nada, no quería que su vida diera un vuelco, le gustaba así, como estaba hasta ese día y era con Emma junto a él.

Carlos se rascó la cabeza, dejó la nota sobre la mesa y sacó su teléfono móvil, para marcar el número de su novia, pero al séptimo toque se dio cuenta de que no iba a cogerle la llamada, suspiró y volvió a intentarlo tres veces más y, por fin, su insistencia dio sus frutos, a la tercera descolgó.

—Emma, escucha... —No quiso esperar a que ella hablara, pero su voz sonó agotada cuando lo hizo.

—Carlos, lo siento, no quiero hablar.

«Eso está claro», pensó él. Sin embargo, necesitaba algo más.

—¿No me das una explicación? ¿Qué ha pasado? ¿Qué significa esa cutre nota? Tú no eres así.

—No sabes cómo soy.

—¿Qué? —Un suspiro se escuchó al otro lado antes de que ella continuara.

—Dame unos días para calmar las cosas, por favor. Si te he dejado la nota es porque ahora no quiero verte.

—Seguro que lo podemos arreglar, no dejes que esto... ¿Emma? —Carlos oyó un ruido de pasos que le indicó que ella había dejado el teléfono a otra persona y se había alejado.

—Eres un pesado, ¿no entiendes que no quiere hablar contigo?

—Por favor, Silvia, necesito que me explique qué ha ocurrido, esta incertidumbre me está matando.

—No hay nada que explicar, ella ya no quiere estar contigo.

Silvia, la mejor amiga de Emma, parecía con más ganas de hablar.

—Pero ¿por qué? ¿Qué he hecho mal? Y no me vengas con eso de “es culpa suya y no mía...”.

—No voy a decirte algo así, porque sí es culpa tuya. —Silvia estaba más dispuesta a soltarle todo.

—Silvia, no me jodas, dile a Emma que tengo que hablar con ella, ¿está en tu casa? Voy para allá.

—No vengas, no va a verte, te ha pedido unos días.

—Sé que si la veo...

—No seas pesado y no te arrastres más. Ni se te ocurra ir de víctima porque todo se acabó.

—¿Quiere alguna de vosotras decirme por qué? No creo que la pregunta sea tan complicada.

Silvia gruñó, lo más sencillo habría sido colgarle, pero en el fondo le encantaba tenerlo ahí y verlo sufrir, había días que era demasiado apática.

—Mira, tío, no quería decírtelo así, pero Emma está con otro.

Hubo un corto silencio en la línea, ¿había oído bien? ¿Con otro? Carlos tragó saliva.

—Eso es mentira, ella no me engañaría.

—No, Carlos, no te confundas, el engaño fue la vida contigo, ahora es cuando realmente ve la verdad.

—¿Qué? Dime por qué se ha ido. —Oyó cómo Silvia resoplaba, incluso sintió su enfado.

—Tú te lo has buscado y quizás sea lo mejor, ella nunca te lo diría y ya sabes que yo odio las mentiras.

—Silvia, contéstame. —Menuda falsa, que odiaba las mentiras decía... Carlos empezaba a estar harto de tanto rodeo.

—Porque eres un muermo en la cama, un cero a la izquierda en el sexo, un paquete, un mojón, un bueno para nada... ella se merece disfrutar del placer y tener orgasmos explosivos, gozar, ¡joder! Y eso no lo iba a conseguir contigo, por fin lo ha entendido en cuanto ha llegado otro tío y le ha dado lo que necesitaba. Olvídala. —Y colgó.

Carlos no dijo nada, se quedó sin habla, no podía creer lo que le decía Silvia, hubiera estado mejor callada. Se quedó con el teléfono en la oreja escuchando el sonido de la línea al cortarse, escuchando el silencio. ¿Malo en la cama? ¿Qué? ¿Eso era lo que le había soltado sin ningún remordimiento? ¿Qué? ¿Ese era el motivo, ese y el otro tío? ¿Desde cuándo? ¿Por qué no se lo había dicho antes de dejarlo? ¿Quizás pensaba que era algo irremediable? Muchas más preguntas sin contestar, pero era distinto, ante semejante revelación, se había cerrado la posibilidad de hablar y arreglar las cosas, era demasiado vergonzoso para él, un jarro de agua helada que lo inmovilizó para actuar, incluso sintió miedo de hacerlo. Aó el teléfono y se dejó caer en el sofá, tapándose completamente con la manta de felpa que tenía y pensando que si la tierra lo tragaba en ese momento estaría encantado de desaparecer para siempre.

Durante varios días se negó a ir al trabajo, a salir de su casa, a vivir. Empezó a creer que la

gente sabría su vergüenza, que lo mirarían por la calle, incluso se despegó de internet, seguro de que Silvia habría aireado su secreto a los cuatro vientos. Fue una llamada de su jefe y el retornar a un caso que tenía pendiente lo que lo sacó poco a poco de su letargo; por suerte nadie sabía nada de nada y quiso que siguiera así, ni siquiera les dijo que había roto con su pareja, quizás con algo más de tiempo. Y así fue. Le debían una buena explicación, le debía enfrentarse a su mirada y que Emma tuviera los huevos de decirle eso a la cara, seis años habían sido muchos años juntos. Hizo de tripas corazón y dio él el primer paso, yendo a la casa de Silvia, estaba claro que Emma seguiría con su mejor amiga. Y ya había pasado suficiente tiempo para que ella se calmase, aunque no lo hubiera llamado todavía.

Llamó al timbre de la puerta del ático, por suerte el portero le había abierto la de abajo, porque de lo contrario, posiblemente se habría quedado junto al llamador suplicando entrar. Frunció el ceño al oír la voz de Silvia y ver a la despampanante pelirroja abrirle.

—¿Qué es lo que no te quedó claro? ¿Qué te había puesto los cuernos o que eres una mierda en la cama? —Ella ni siquiera abrió del todo y sus ojos le demostraron que de alguna retorcida manera le divertía la situación.

—Ya vale, ¿no? Ha tenido su tiempo y es hora de que hablemos cara a cara.

—Ya te ha olvidado, está muy feliz con su nuevo novio, en cambio tú...

—Vaya ganas de humillarme tienes, empiezo a estar harto de tu menosprecio. He entendido todo a la perfección, solo quiero hablar con ella.

—Está en un desfile. —Silvia lo miró de arriba abajo—. Mira que se lo dije, que eras muy guapo, pero todo fachada, que había algo que no me cuadraba y la tonta ha aguantado seis años.

—Oye, que llevamos ese tiempo siendo amigos y nunca me has demostrado esa manía. ¿Qué coño te pasa conmigo?

—Te he aguantado por respeto a Emma, pero no te trago.

—Y seguro que estás disfrutando.

—Mucho.

—Supongo que tus consejos tampoco habrán ayudado a Emma.

—Supones bien.

—De todas formas, podíais haberme avisado antes de acabar con todo mientras yo estaba fuera, menudo par de dos.

—Hay cosas que no tienen remedio y el egoísmo en la cama es una.

—¿Egoísta yo? No me jodas, Silvia.

—Bueno, venga, esta conversación está durando demasiado y no me apetece estar aquí contigo, además tengo una cita muy interesante, igual hasta echo un buen polvo, tú no sabes lo que eso, ¿verdad?

—Eres una desagradable y una borde, ¿no ves que lo estoy pasando fatal? Un poco de consideración, joder.

Silvia se dio cuenta de que había sido demasiado cruel, que, aunque él no le había caído nunca

bien, no debía regodearse en su desgracia, ya era suficiente.

—Perdona, tienes razón, pero date cuenta de que esto que os ha pasado es bueno para ambos y que os vendrá bien para seguir vuestra vida y ser felices por separado.

—Me parece que Emma ya lo ha logrado.

—Son circunstancias distintas, pero no dudes que lo siente mucho y que le ha costado dar el paso.

—Ya, bueno. Dile que cuando esté dispuesta a hablar conmigo me llame.

Silvia asintió, era normal que él estuviese perdido en ese asunto, que ahora extrañara a Emma y que no aceptara estar solo después de tanto tiempo, que buscara algo a lo que agarrarse. Se despidió y cerró la puerta, volviendo a su vida. Carlos se dio cuenta de que ya todos tenían su lugar menos él, de que les había sido fácil pasar página rápidamente y para colmo a nadie parecía importarle, se estaba hartando de ser la víctima, el ofendido. Iba a esperar que Emma lo llamara y, si no ocurría, pues él también empezaría a olvidar.

Delante del ordenador las horas pasaban mucho más rápido y fue en esos momentos, cuando terminaba de enviar unos documentos a su compañero de trabajo, cuando el móvil vibró con un mensaje de Emma, por fin se dignaba a hablar con él, ¿cuánto había pasado? ¿Varios meses ya? Quizás el que no quería hablar entonces era él. Sin embargo, su mente le decía lo contrario, de alguna manera quería quitarse la espinita del rencor, intentar salvar esos seis años con una amistad, fingir normalidad. Respondió al mensaje, salir a tomar algo era lo adecuado.

El café que tenía enfrente no conseguía captar su atención y de alguna extraña manera, Emma tampoco. Ella sonreía de forma excesiva, intentando comportarse como si nada hubiera pasado entre ellos, pero si algo tenía claro era que debían hablar.

—Emma...

—Ya no es momento, Carlos. Todo es ahora distinto.

—Lo que me dijo Silvia, lo del sexo...

—Debí hablarlo contigo, lo siento.

—¿Qué era lo que no funcionaba? No lo entiendo.

—No es fácil hacerlo. —Emma apoyó la barbilla en su mano, ¿cómo le explicaba que no sentía nada cuando se acostaban? Lo contempló con calma, su mirada seguía triste, pero ella ya solo veía a un viejo amigo. Podría tratarlo así y hablar con él. Y lo hizo. Carlos la dejó desahogarse, aunque le quemara por dentro lo que le contaba, sin embargo, consiguió entender la situación, para su sorpresa las necesidades sexuales de Emma eran distintas a las suyas y no eran compatibles, ¿por qué nunca se lo dijo? ¿Cómo era posible que él no hubiera notado nada después de compartir intimidad tanto tiempo? Pero no le perdonaba la forma de hacer las cosas, que se refugiara en otro tío sin haber hablado con él, la humillación que Silvia le hizo pasar. Cuando le preguntó por qué no le había contado que no estaba satisfecha con su relación, ella le dijo que fue para no hacerle daño, como si no se lo hubiera hecho al dejarlo sin poder solucionarlo.

Días después Emma se hizo asidua a llamarlo para quedar y charlar, quizás buscando su

perdón, pero Carlos se dio cuenta de que convertirse en el amigo para todo de su ex tampoco era lo que él quería, no le sentaba bien que ella le hablara de su nuevo amante y le contara sus planes como si no hubiera pasado nada entre ellos. No era así como quería acabar, esa no era una buena solución para él y para lo que ya empezaba a considerar su problema, debía ir más allá, probar cosas nuevas y salir de dudas.

Había salido con unas cuantas chicas durante esos meses, no le costaba ligar, nunca le había costado, sin embargo, no era aficionado al sexo sin compromiso, pero, por una vez, cambió y se decidió a comprobar la hipótesis de su ex. Cinco citas con mujeres diferentes después y convirtió la hipótesis en una teoría probada: era pésimo en el sexo, en una relación de amor serio lo podían soportar seis años, pero a un lío de una noche le bastaban quince minutos para despacharlo con vientos frescos.

Entonces Carlos empezó a obsesionarse con el tema, necesitaba aprender. Leyó libros sobre sexo, se informó en internet, teorizó mil maneras para dar placer a una mujer. Él mismo utilizó la masturbación para controlarse, pero ni por esas, nada funcionó; incluso contrató a varias prostitutas, aunque a ellas solo les importaba cobrar y marcharse. Fue en ese momento de su vida, hecho polvo y deprimido cuando uno de sus clientes se interesó por su estado de perpetua melancolía. Carlos reunió fuerzas, dejó la vergüenza de lado y le contó su *grave* problema, por suerte el hombre no se rio, para su asombro, le tendió una tarjeta, le habló del único lugar en el que podrían solucionar su asunto y le ofreció su ayuda preparando una cita y una recomendación.

Un año después allí estaba, en El Jardín de las Delicias, cómo había cambiado su vida. Se mantenía fuerte, pero temblando ante la mujer a la que más temía y necesitaba en esos momentos. La hermosa Dama sonrió y él cruzó las piernas sobre el *triclinium* dispuesto a todo.

No había marcha atrás, vencería sus miedos sí o sí, nunca se rendiría.

Capítulo 3

Las lámparas de la estancia apenas iluminaban el entorno, pero ambos se mantuvieron la mirada, midiéndose. Las profundidades verdes de los ojos de ella no dejaban ver más allá, eran férreas murallas que cubrían sus pensamientos, en cambio, ella sí pudo navegar entre los ojos grises del hombre que tenía delante; vio su vergüenza, vio su miedo al fracaso, vio sus ansias de superación y algo que no esperaba encontrar allí: un atisbo de ¿venganza? No sabía qué era realmente lo que buscaba allí, su cliente común no la había informado y eso la hacía sentir curiosidad, habían jugado bien, no obstante, él le gustaba y algo en su interior la empujaba a seguir ese juego.

—Cuéntame qué buscas aquí, ratoncillo —dijo ella con toda la tranquilidad del mundo.

Si el juego no le gustaba siempre podría divertirse con él un rato; era muy atractivo, hacía tiempo que un ratoncillo no acudía a su morada.

—Me llamo Carlos y QUIERO QUE ME ENSEÑES A FOLLAR. —Carlos había decidido ir al grano, ya que los rodeos podían jugar en su contra.

Ella lo miró muy sorprendida y acto seguido soltó una sonora y sincera carcajada, hacía mucho tiempo que no se reía así. Cuando Ben le entregó la tarjeta de visita, había pensado seriamente en negarse, en que sería uno de esos absurdos favores que sus mejores clientes le habían pedido durante toda su vida, pero cuando su joven ayudante le describió al sujeto, sintió curiosidad, muy poca, sin embargo, aceptó verlo. Una vez delante de ella solo pudo creer ver a un joven *snob* con alguna que otra fantasía extraña, pero nada más lejos de la verdad. Un joven abogado, triunfador y guapo con problemas en la cama; la cosa se ponía interesante. Ella llevaba mucho tiempo sin involucrarse con nadie, sin descender las escaleras que la separaban de su mundo de placer, decaída, sin ganas de nada, sin sentir esa chispa que una mujer a su edad debía sentir por la vida, después de tantos años de sufrimiento, era entonces cuando la carga empezaba a pesarle, a hundirla, incluso las ganas de desaparecer habían crecido, nadie la echaría de menos, nadie notaría realmente su pérdida, nadie la había querido nunca. Y, como si de la nada hubiera salido, de nuevo empezó a reír, ese hombre la había hecho salir de su cascarón e interesarse de verdad. Desde luego que la cosa se ponía muy interesante y escuchar el sonido de su risa la animó. Tardó unos minutos en dejar de reír, justo cuando Carlos empezó a fruncir el ceño algo molesto. «Su cara es como un libro abierto», pensó La Dama. Mostraba demasiado sus sentimientos y era algo que debía corregirle, curiosamente ya se sentía su maestra. Curiosamente ya había aceptado el juego y para su sorpresa le apetecía mucho.

—De acuerdo. —La Dama decidió seguirle la corriente, al fin y al cabo, podría tratarse de una broma—. ¿Por qué crees que no sabes follar?

Carlos desvió la mirada, era algo que le dolía.

—Llevaba algo más de seis años con una chica y me abandonó por ser pésimo en la cama.

—¿Esas fueron sus palabras? —él asintió—. ¿Y eso es una causa de separación?

—Para ella parece que sí...

—Y has decidido que para arreglar ese problema de pareja debes venir aquí a aprender.

—No es por eso, mi relación con ella acabó hace tiempo.

—¿Entonces? —insistió ella.

—Es un error que quiero enmendar.

—Dame una buena razón para que no te eche de aquí, algo que me haga ver que el esfuerzo valdrá la pena.

Carlos dudó, suponía que la excusa de convertirse en un buen follador no lo era.

—No creo que nadie deba enfrentarse así a un problema de este tipo, su vida no debería destrozarse por algo como esto. —Los ojos del hombre se humedecieron al recordar el día que encontró la nota de Emma—. La sensación de abandono, de humillación, de impotencia... No es solo aprender como una demostración de hombría, sino como una forma de recuperar mi autoestima.

—¿No albergas ningún sentimiento de rencor?

—Algo queda, no voy a mentirte. —Ella sonrió, él era sincero y eso le agradó. Aunque aún no lo conocía bien, parecía un hombre bueno, no se merecía pasar por una decepción así.

Entonces fue La Dama la que miró por la ventana, a lo lejos, lo que hubiera dado ella por tener a su lado a un hombre que la amara sin importarle el sexo, que la hubiera tratado como a una igual, no como a un objeto del que solo extraer placer y castigar o romper cuando no funcionaba bien; algunas eran estúpidas por dejar que algo así pasara, por abandonar a un hombre así. Había decidido ayudarlo.

—¿Vuestros encuentros sexuales eran asiduos, satisfactorios o lo parecían? —A pesar de las preguntas, poco le importaba la vida sexual de la petarda que lo abandonó, pero debía conocer los hechos para saber a qué se enfrentaba.

—Sí, supongo que lo normal.

—¿Preliminares?

—Supongo que sí.

—Supones demasiado, todo son dudas.

Carlos se dio cuenta de que ella tenía razón, de que ya no estaba seguro de cuáles fueron realmente sus relaciones sexuales en pareja.

—Menuda frustración.

Ella sonrió y continuó su conversación.

—¿Cuándo te diste cuenta de que eras *malo* en la cama como dices?

—Cuando me dejó una nota y me abandonó.

—¿Y hasta entonces?

—No me di cuenta. —Carlos resopló, se sentía estúpido.

—¿Cómo es eso posible? ¿No sentías su placer?

—Nunca pensé que fuera a fingir, supongo que me confié.

—Eso solo puede significar que, o eres un egoísta en la cama, o eres un ingenuo. —Carlos volvió a fruncir el ceño ante sus duras palabras—. Y creo que me decanto por la segunda.

—¿Qué debo hacer?

—Aún no he dicho que vaya a ayudarte.

—Puedo ar lo que me pidas.

La Dama se incorporó de golpe y se acercó a él, la túnica de gasa negra bailaba al ritmo de sus caderas, su bello cuerpo era sensualidad en estado puro, un reflejo de las esculturas griegas que había visto en el salón del hotel, pero su gesto no, su cara mostró un atisbo de enfado y sin decir nada le dio una bofetada.

—¿Tengo pinta de necesitar tu dinero, estúpido niño? No sabes nada de mí, nada de mi forma de hacer las cosas, nada de mis intenciones, pero te digo desde ya que no son económicas. —Carlos la miró a los ojos evitando tocarse la mejilla dolorida por el golpe, era hora de suplicar, por suerte, no hizo falta, ya que la mirada de la mujer se calmó, ella pudo ver el arrepentimiento en sus ojos, su necesidad—. Aceptaré ayudarte, pero no vuelvas a ofenderme, llevo mucho tiempo sin aceptar dinero por... —No continuó, lo recuerdos no eran gratos, y él no era de confianza—. Si lo hago es porque me apetece y nada más. Yo decido la forma de hacer las cosas y tú solo me obedecerás, si lo haces saldrás de aquí y podrás volver loca a cualquier mujer.

Carlos asintió, haría cualquier cosa que le pidiera.

—Lo haré, Dama.

¿Dama? De repente no le gustó que él la llamara así y quiso diferenciar su reciente relación.

—A partir de ahora me llamarás... —Se quedó unos segundos pensativa, eligiendo un nombre adecuado—... Talía, seré tu musa de la comedia, te enseñaré a actuar, a fingir y a dominar.

Carlos se levantó de su asiento y la miró a los ojos situándose enfrente de ella, casi a su misma altura; un destello cruzó su mirada y Talía sonrió, el juego iba a comenzar y, cuando acabara, nadie más se reiría de su discípulo.

—Gracias, Talía. ¿Cuándo empezamos?

—Esta misma noche. Desnúdate y métete en mi cama, quiero ver de lo que eres capaz.

Talía lo vio obedecer y pasar a la habitación de al lado, debía pensar en lo que haría después de esa primera noche, en lo que iba a suponer enseñarle. Debía controlar sus enfados, él no tenía por qué saber de su vida pasada y sus traumas y no tenía la culpa de hablar demás, pero por suerte parecía arrepentido. Un escalofrío la recorrió, sí, demasiado tiempo sin sentir nada, quizás no pasaría de unas horas con él, ya lo decidiría, pero, en esos momentos, solo quería disfrutar y pensaba aprovecharlo al máximo.

Carlos entró en el anexo de la habitación que Talía le había indicado, retiró el tul que envolvía la gran cama y se sentó en la parte de atrás, aflojando la pajarita que se había arreglado antes de entrar en ese lugar que ahora sería su templo, lo había logrado. Miró a su alrededor y se

sorprendió, esperaba encontrar cuadros sexuales o motivos claros sobre la temática recurrente del hotel, pero al parecer eso se quedaba en el exterior. La alcoba era su habitáculo privado y tenía extrañamente algo de romántico, el lecho de madera y tules, el cuadro de dos jóvenes amantes sobre un columpio y de caballeros medievales con sus damas, muy propios del arte romántico del siglo XIX, le daban un tono inocente que no creía poder encontrar allí y que le fascinó. ¿Cuántos hombres habrían tenido acceso a ese santuario personal? Se desabrochó la camisa analizando ese entorno, necesitaba ocupar su mente en algo trivial o la situación acabaría sobrepasándolo, analizar la habitación lo apaciguaba mientras seguía sentado sobre la cama, esperando. Ya estaba allí y tocaba seguir adelante, pero extrañamente no estaba preocupado por ir a meterse de lleno en una odisea sexual, era como si se hubiera quitado un gran peso de encima, como si, a partir de esa noche, todo fuera a renovarse en su vida.

Talía entró sin hacer ruido, acompañada del crepitar de su bata de seda, se había soltado el pelo y una cascada de rizos marrones la rodearon de forma sensual. Carlos soltó un intenso suspiro al verla, era la belleza hecha carne. Despacio se acercó a él y apoyó una rodilla en la cama, entre sus piernas, ayudándolo a terminar con la camisa; una vez abierta apoyó la mano sobre su pecho acariciando sus músculos y recreándose en su tacto firme, luego lo agarró del pelo haciéndole exponer el cuello y le plantó allí un húmedo beso, era un hombre muy atractivo, increíblemente le apetecía tocarlo y eso era algo que llevaba muchísimo tiempo sin sentir. Suavemente lo empujó sobre la cama, situándose sobre él e iniciando una exploración con su lengua. Carlos estaba bajo su control, se estremeció al sentirla, al notar cómo introducía una mano por sus pantalones y lo acariciaba para alentararlo, aunque no hacía falta, ya estaba preparado en el momento en que se acercó a tocarlo. Talía continuó con su tanteo, haciendo que él gimiera de placer, efectuando movimientos maestros que buscaban acabar con sus defensas, ver hasta dónde era capaz de aguantar. De repente se detuvo, se incorporó y sonrió, había creído que el problema de Carlos podría ser la rápida eyaculación, pero al parecer no lo era y eso la satisfizo, daría más juego.

—Tu turno, estás aquí para aprender, ¿no?

Carlos asintió y, saliendo de las intensas sensaciones que acababa de experimentar, se deshizo de sus pantalones y su ropa interior y se tumbó junto a ella, ansioso, pensando más con la entrepierna que con la cabeza. Utilizando sus mismas armas inició en recorrido por su esbelto cuello, sus perfectos pechos, incluso se atrevió con caricias más íntimas allí donde el aroma de la mujer amenazaba con hacerlo enloquecer de placer. Talía lo dejó hacer, sentía su necesidad y la de ella fue creciendo, pero cuando todo empezaba a fluir se dio cuenta de cuál era el problema: él paraba para reponerse un segundo, perdía el ritmo o cambiaba de posición y estropeaba la llegada al clímax de su pareja sexual, aunque lo hacía de forma inconsciente posiblemente perdido en sus propias sensaciones. Pero entendió, si eso continuaba así, acababa aburriendo a cualquiera. Carlos notó que ella se enderezaba, que lo detenía de manera sutil.

—Ya ves que... —Intentó excusarse él claramente desilusionado.

—¿No tienes claro cuál es el momento en que empiezas a fallar?

—No, yo intento seguir, pero al parecer sin mucho éxito. Siempre pensé que lo hacía bien, que mi novia completaba su placer conmigo.

—¿Cómo no te dabas cuenta de que ella no llegaba realmente al orgasmo?

—Ella gemía fuerte, yo creía que...

—¿Y los suaves espasmos y las contracciones musculares que son signos inequívocos?

Carlos elevó los hombros en señal de duda, llevaba tiempo sin entender mucho sus relaciones sexuales, dándose cuenta de que no sabía nada de nada y menos aún cómo solucionarlo. Talía se levantó de la cama y se dirigió al salón, cogió el teléfono y llamó a alguien más, había que empezar por el principio. Enseguida volvió y se sentó a su lado cruzando las piernas. Carlos todavía tenía el sabor de su humedad en la boca y el calor de su magnífico cuerpo en el suyo, tenerla tan cerca y tan desnuda no le ayudaba a concentrarse, a tener una conversación cordial y para colmo ella había apoyado una de sus manos en su muslo, pero era el momento de recuperar el control, aunque fuera levemente.

—¿Cuándo perdiste la virginidad? —le preguntó Talía para enfriar un poco la situación, para hacer que él se relajara y su prominente erección descansara. Aunque no era lo que tenía pensado, comprendió que Carlos era distinto y que necesitaba cierto grado de confianza.

—El primer año de universidad —le contestó él.

—¿Fue bien? —Parecían dos amigos hablando de sus cosas si no fuera porque ambos estaban prácticamente desnudos.

—Creo que sí. —Carlos apretó los dientes dándose cuenta de que su mundo sexual era un continuo *creo que o supongo que*.

—No voy a preguntarte entonces si conoces el cuerpo de una mujer, si sabes cuáles son sus puntos de placer.

—Sí, lo sé, pero parece que no lo utilizo bien.

—Tu problema es el control de la situación y de la mujer que tienes bajo tu cuerpo. Además de que con lo que me has contado dudo mucho que hayas sentido alguna vez lo que es un orgasmo femenino.

Carlos desvió de nuevo la mirada, unos minutos le habían bastado para darse cuenta, y tristemente pensó que ella podía tener razón, que todas sus relaciones amorosas hasta ese momento fueron espejismos. Unos golpes en la puerta le advirtieron que alguien llegaba e instintivamente se colocó los calzoncillos. Talía sonrió ante su pudor, ante su inocencia.

—¿Me buscabas? —Una joven rubia con una túnica griega corta asomó la cabeza por el hueco de la puerta.

—Sí, querida, necesito tu ayuda un momento, ¿estabas ocupada?

—Puede esperar.

—Pasa y siéntate en el sillón. —La joven se situó en el lugar que le indicó, al lado de la cama, y miró al hombre que tenía enfrente con curiosidad y una sonrisa—. Carlos, esta es Mara y trabaja

para mí. Ella te mostrará lo que debes conseguir tú.

Él asintió; la primera lección parecía que iba a ser rápida e intensa, muy distinta a la intimidad que había iniciado con La Dama, pero era ella la que marcaba el ritmo y si había llamado a la chica sería por un buen motivo, decidió seguir adelante lo mejor que pudiera. Talía ignoró su expresión de sorpresa cuando llegó Mara, ella mandaba y quiso enfrentarlo ya con sus errores. Se acercó a la joven y le dijo algo al oído, ella asintió y sin decir nada entró en su papel allí, entendió a lo que iba y lo que se esperaba de ella. Inmediatamente la joven se levantó la túnica mostrando que no llevaba ropa interior, abrió las piernas y empezó a acariciarse, a masturbarse delante de él, al principio con suavidad, después acelerando sus propios movimientos y aumentando el vaivén de sus caderas. Carlos contemplaba a Mara con los ojos como platos, sintiendo su propio placer y excitándose cada vez más por los actos de la joven rubia, ¿cómo podía haber cambiado tanto su situación en unos pocos minutos? La frustración de hacía unos momentos desapareció y estaba deseando entrar en acción. Talía se aproximó a él, notó sus ganas e inició sus enseñanzas, estaba preparado.

—Ve hacia ella y ayúdala a correrse. Bastará con tus dedos.

Carlos asintió sin rechistar y se arrodilló delante de las piernas abiertas de la joven e introdujo sus dedos en su interior, ella se relajó ante su contacto, cerró los ojos y se acomodó al movimiento de sus dedos sin dejar de tocarse ella misma con el fin de llegar al clímax antes. Carlos siguió entrando y saliendo, notando cómo sus dedos se escurrían en su humedad cada vez más rápido hasta que dejó que el orgasmo la envolviera y sus espasmos apretaran los dedos del hombre.

Cuando Mara dejó de hiperventilar y se relajó, Talía colocó una mano sobre el hombro desnudo de Carlos y este sacó los dedos húmedos de su interior y volvió a sentarse en la cama sin dejar de observar a la joven que ya se levantaba del sillón con cara de satisfacción.

—¡Qué divertido! —dijo Mara recolocándose la túnica de nuevo.

—Gracias, querida, puedes regresar al salón —le indicó Talía.

—Si necesitas algo más no dudes en llamarme —le dijo Mara recalcando ese más, sonriendo y guiñándole un ojo.

Talía asintió, llamarla fue una decisión precipitada, pero resolvió la situación de forma favorable. La joven rubia se despidió lanzándole un beso, había dejado solo a un cliente y debía regresar a su trabajo. De nuevo solos, buscó calmar las cosas, el primer contacto estaba tomado y había sido bastante bueno.

—¿Conclusión? —le preguntó Talía a Carlos que seguía sentado en la cama.

—Mi vida sexual ha sido una mierda y yo voy a tirarme por un puente o mejor, ¿cuántos metros hay desde aquí?

Talía soltó otra carcajada, se estaba divirtiendo más de lo que había imaginado. Se había dado cuenta de que era un hombre especial desde el mismo momento que empezaron a hablar, sus ganas de mejorar se lo indicaron. Normalmente cualquier otro tío habría mantenido su orgullo y culpado

a las mujeres, pero él tenía claro que era problema suyo y, a pesar de la vergüenza, quería solucionarlo, allí, con una extraña en la que debía confiar y, por lo pronto, lo había hecho sin ninguna duda ni arrepentimiento.

—No es tan grave, ratoncillo, solo has de aprender y para eso estoy yo aquí.

—Te agradezco que me ayudes, de verdad.

—Bueno, es un buen reto y estaba algo aburrida.

—He sentido sus contracciones en mis dedos, el temblor de su cuerpo. Ahora sé que todo lo hice mal.

Talía lo observó con compasión, estaba algo decaído por lo que acababa de descubrir, pero ya habría tiempo para florecer.

—Creo que por esta noche es suficiente.

Carlos se levantó y se vistió; el primer intento había sido bastante malo, pero ya sabía cuál sería el principio. Se dejó la pajarita deshecha, ya no tenía caso esmerarse tanto.

—¿Cómo vamos a organizarnos? —preguntó; tenían la misma preocupación—. ¿Vengo por la noche?

Talía llevaba un rato dándole vueltas, no decidía si abrirle o no las puertas de su mundo, aunque sería lo más cómodo para todos.

—Lo ideal sería que pasases un tiempo aquí conmigo, unos días intensivos si el trabajo te lo permite.

Carlos la miró algo sorprendido, ¿vivir allí? No era mala idea, así se centraría solo en su aprendizaje y desconectaría por completo, olvidar su rutinaria vida por un tiempo.

—Sí, no tengo nada urgente y me vendrá bien perderme y cambiar de aires.

—Entonces prepáralo todo y regresas, adecuaré la habitación contigua a la mía para ti. Y entonces te mostraré la verdadera fuerza de El Jardín de las Delicias.

El pacto estaba hecho, el acuerdo entre los dos parecía cerrado.

—¿Por qué elegiste ese nombre? —le preguntó Carlos mientras se ataba los cordones de los zapatos.

—¿Has visto el fresco sobre el cuadro de El Bosco en lo alto de las escaleras del gran salón? —él asintió, fue una de las cosas que más llamó su atención—. Es un tríptico que siempre me ha fascinado, la forma del pintor de representar a la humanidad sumida en sus desenfrenos lujuriosos, en sus pecados sexuales, sin inhibiciones, sin prejuicios, sin miedo a la entrega, sin límites... Te enseñaré lo que esas representaciones llegan a mezclarse con la realidad en este lugar y ¿quién sabe? Igual hasta te animas a participar y a experimentar.

Carlos sonrió, antes de esa noche no hubiera querido ni oír hablar de algo así, sumido en su vida feliz en pareja, pero desde que atravesó esas puertas era otro, incluso había mantenido contacto sexual con una joven y con Talía mirando... Se había producido un cambio y esperaba que fuera para mejor. Antes de salir de la habitación le dio un suave beso en la mejilla a Talía, un simple gesto de cariño sin importancia y se marchó sin ver cómo ella se acariciaba esa misma

mejilla sumida en sus propios pensamientos.

Capítulo 4

Talía revisaba unos documentos que Ben, su mano derecha en el hotel, le había traído de un posible nuevo negocio de inversión. La situación resultaba extraña para los ocupantes del Jardín, pero el joven no se atrevía a preguntarle directamente por el hombre que ahora dormía con ella. La noche en que llegó fue él mismo quien lo condujo hasta su habitación y después escuchó con sorpresa lo que les relató discretamente Mara y así empezó a rumorearse que, después de mucho tiempo, La Dama tenía un nuevo amante.

—Suéltalo, Ben —le dijo ella sin levantar la vista del papeleo.

—¿Se va a quedar?

—Por un tiempo.

—¿Por qué?

—Porque me apetece.

—No sé si es buena idea que alguien ajeno al grupo deambule por aquí.

—No deambulará por ningún sitio, estará conmigo y yo decidiré dónde puede ir o dónde no.

—Talía vio cómo Ben bajaba la cabeza—. Cariño, sabes que no haría nada que os incomodara y te doy mi palabra de que se mantendrá alejado si es lo que queréis.

—Es que no entiendo por qué lo haces, nunca te has involucrado con ningún hombre, nunca les has hecho un favor tan personal, para ti los hombres son... bueno, no son dignos de confianza, de tu confianza, ni siquiera les prestas la más mínima atención.

—Carlos parece distinto y me ha despertado interés, además solo es un juego para mí, necesito divertirme.

—Pero es extraño. ¿Qué es lo que realmente quiere de ti? ¿Qué busca?

—Eso es privado, algo entre él y yo.

—Llamaste a Mara.

—Y ella tampoco sabe la razón real por la cual Carlos está aquí.

—Lo sé, pero...

—Confía en mí, cariño. Nunca he hecho nada que os ponga en peligro.

—Siempre he confiado en ti. Pero en él...

—No sé, hay algo en él que me inspira calma, sin embargo, te prometo que a la más mínima muestra de cambio yo me encargaré de todo.

—Supongo que el hotel es suficientemente grande para todos. ¿Cuánto tiempo estará aquí?

—Depende de él, pero espero que poco.

Ben resopló y puso los ojos en blanco, había veces que los asuntos de La Dama eran asuntos de La Dama y sabía parar cuando no encontraba respuesta de ella o solo monosílabos. A pesar de su aparente juventud, Ben era de los más maduros e inteligentes en todos los aspectos y era la voz

de sus compañeros en aquel lugar, un sitio de respeto mutuo que estaba a punto de verse profanado por un intruso. No obstante, llevaba varios días allí y apenas lo habían visto, eso era buena señal, todo estaba bajo control y el extraño respetaba su mundo.

Ella entendía el desconcierto de su gente, estaban acostumbrados a que fuera fría y calculadora en situaciones especiales y eso era lo que los protegía, pero tenía derecho a variar de vez en cuando y no creía que Carlos y su problema fueran una amenaza. De todas formas, esos días con él le habían hecho decidir que tendrían algo más que una simple relación sexual de maestra y aprendiz, quería salir con él por la ciudad porque hacía mucho tiempo que se había encerrado en su hotel, una ópera o una cena en un restaurante exclusivo no harían mal a nadie y siempre era mejor ir bien acompañada. Tenía pensado cambiar su rutinaria vida por un tiempo y no quería que su gente se entrometiera demasiado, eran mundos muy diferentes y era mejor no mezclarlos por el momento, que todo surgiera de forma natural.

—Ben, por favor, ¿puedes encargarte de que nos suban algo para comer?

El joven asintió y se marchó algo más tranquilo, si ella había decidido que así fuera, seguramente era porque todo iría bien. Siempre habían confiado sin dudar.

Carlos se paseaba descalzo y con solo unos vaqueros por la habitación contigua a la de Talía. Los días anteriores habían sido de tanteo, de adaptación y de nuevo se sentía como en la residencia de estudiantes, procuró tomárselo como unas largas vacaciones; eso había pedido en su trabajo. Por suerte no cambió sus rutinas, seguía yendo al gimnasio a correr una hora, gimnasio, eso sí, que estaba en esa misma planta del hotel y que por suerte él podía utilizar libremente, así como la piscina y la sauna, todo un lujo. Allí tenía de todo a su servicio, incluso le subían la comida al más puro estilo servicio de habitaciones, pero, aparte de Mara, no conocía a nadie más, su entorno se limitaba a La Dama, aunque le había asegurado que pronto se relacionaría con algunos de sus residentes. Desde esa primera noche no habían vuelto a tener sexo, supuso que eso cambiaría pronto porque, al fin y al cabo, era a lo que había llegado allí, esos días se había dedicado a conocer el hotel y a adaptarse, pero empezaba a estar cansado de su reclusión. En ese preciso instante, unos golpes sonaron en la puerta de su habitación, Carlos abrió la puerta que comunicaba ambas dependencias y se apoyó en el marco. Talía lo observó, su pecho musculoso y definido, sus piernas largas adornadas por unos vaqueros desgastados y sus hermosos ojos grises; era prácticamente perfecto y ella se encargaría de que lo fuera del todo, de que ninguna mujer pudiera apartarse de él, era lo que él deseaba.

—He mandado que nos suban algo para comer —le informó ella mostrándole las bandejas sobre la mesa del salón de su habitación.

Carlos asintió, la siguió al interior tomando asiento en unos mullidos sillones y se sirvió algo de ensalada de pasta.

—¿Esto es lo que voy tener que hacer? ¿Esperar que toques mi puerta?

—Por ahora sí, a mis trabajadores les extraña tu presencia aquí, pero en cuanto se acostumbren y os conozcáis, podrás hacer lo que quieras y quedar con ellos.

—Estupendo.

—Estos días han resultado de acomodo y ya es momento de avanzar. Pero antes hálame un poco de ti —le dijo ella mientras comían.

—¿Qué quieres que te cuente?

—Sé que Román es tu cliente porque me llamó a concretar la cita contigo, sé que te ha dejado tu novia por causas sexuales y que por el traje que llevabas debe irte bien, poco más.

—Soy abogado en un bufete de asuntos internacionales, me dedico a los convenios, compras, trasposos y cosas así entre grandes empresas mundiales, viajo de vez en cuando y me gusta la naturaleza. Nada del otro mundo, ¿y tú?

Talía frunció el ceño, no estaba dispuesta a hablar sobre su vida.

—Dirijo este negocio.

Carlos arqueó una ceja, ¿eso era todo? Vio su expresión y se dio cuenta de que no iba a sonsacarle nada más, que ese tipo de confianza aún no se la había ganado y quizás nunca lo haría, no insistió.

—¿Nunca sales de aquí? —le preguntó para cambiar de tema.

—Muy poco.

—¿No hay ningún sitio en el que te gustaría estar?

—¿Como un lugar idílico?

—Sí —dijo Carlos.

Talía se quedó unos segundos pensativa, buscando en su memoria, no recordaba la última vez que alguien le preguntó algo así, lo miró a los ojos y sonrió.

—La verdad es que sí. Me gustan las playas de arenas finas y aguas cristalinas, me gustaría tener una de esas casas de madera que están sobre el mar como esos hoteles de ensueño de El Caribe.

—¿Te gusta el mar?

—Desde niña siempre me ha calmado el sonido de las olas, el caminar por la arena, sentir el agua en mis pies, ver la vida que contiene ajena a mi realidad.

—Un buen paraíso —dijo Carlos dando el último trago al vino—. Sé que no es lo mismo, pero si te apetece un baño, la piscina está genial.

Talía entrecerró los ojos analizando el cambio de planes, observando el guiño cariñoso que le dirigió Carlos y no le pareció tan mala idea.

—Ve a por tu bañador, te espero aquí.

—¿Por qué no vamos desnudos? —dijo Carlos de forma sensual iniciando un acercamiento.

—A mí no me importa, pero posiblemente a estas horas haya más gente allí.

Carlos se sonrojó y Talía rio ante su azoramiento, de repente había regresado esa inocencia que le gustaba de él. Seguramente ninguno de los que estuvieran presentes se preocuparían por verlos desnudos, pero él aún no estaba familiarizado con su nuevo ambiente y era mejor que fueran paso a paso, sin embargo, así empezaría a conocer al resto. Y era lo que él buscaba, un

acercamiento, no solo por curiosidad o morbo, sino porque realmente le apetecía conocer a los que allí vivían, tratar con ellos y aprender. Pero sobre todo quería saber más de la mujer que comía junto a él, de su vida, aunque veía que eso sería casi imposible, no era una simple coraza la que la envolvía, era el muro de Jericó el que la protegía, inexpugnable e infranqueable, a no ser que una fuerza divina echara abajo sus defensas, milagro que no serían tan sencillo de conseguir. Por esos instantes se conformaba con estar con ella, con aprender de ella, quizás después no se volvieran a ver y sus pesquisas acabarían para siempre. Por ese día se conformaba con salir de su habitación y darse un buen baño.

Carlos se dio cuenta de que Talía tenía razón en cuanto accedieron al solárium; varias personas más disfrutaban de un apacible baño. La piscina climatizada se situaba en lo alto del edificio y era lo suficientemente espaciosa como para nadar con ganas, los rayos de sol se filtraban por el techo traslúcido y le daban un toque aún más cálido y permitían que se pudiera tomar el sol en algunos lugares abiertos. Allí, sobre unas tumbonas estaba Mara con dos jóvenes más que se enderezaron al verlos aparecer, Talía se aproximó a ellas, al fin y al cabo, Carlos la conocía y sería más fácil empezar las presentaciones por ella, la joven siempre había sido alegre y muy abierta, capaz de lidiar con cualquier situación complicada.

—Sentaos por aquí —les ofreció Mara dando unos golpecitos a la tumbona vacía que tenía a su lado.

—Yo voy a refrescarme un poco —dijo Talía—, quédate con ellas si quieres.

—Claro —aceptó Carlos.

Talía se lanzó a la piscina dejándolo al lado de Mara para que entablara conversación, era momento de dejarlo arreglárselas solo entre su gente, era mejor si ella no interfería. Él miró a las tres chicas, a cada cual más guapa, que se colocaron a su alrededor en posición de interrogatorio y que llevaban unos bikinis que les sentaban a la perfección, en ese lugar solo había belleza.

—Estas son Andrea y Micaela —le informó Mara—, la verdad es que todos estamos con la mosca detrás de la oreja desde lo de la otra noche, no pude contenerme, ¿qué haces aquí realmente?

Carlos dudó ante su pregunta. Miró a Talía que daba brazadas en el agua, la única que llevaba un discreto bañador negro, y se preguntó qué era lo correcto contar.

—Ella me hace un favor personal.

—No suele hacer favores personales —afirmó Micaela—, eso es lo que nos extraña.

—Supongo que me ha adoptado.

Las chicas rieron ante su broma.

—Entonces ahora eres como una mascota —dijo Andrea—, ¿y podemos jugar contigo?

—Oh, venga, Andy, lo estás poniendo nervioso, pobrecito —le dijo Mara salvando la situación, mejor empezar por ella a solas—, ¿por qué no vais a nadar un rato? Creo que ya habéis tomado demasiado el sol.

Ellas le guiñaron un ojo entendiendo la indirecta y los dejaron solos, a Mara le apetecía

volver a verlo desde su primer contacto.

—Supongo que aquí soy el extraño —dijo Carlos mientras las dos chicas se zambullían entre risas; el ambiente era bastante calmado y feliz, siempre había pensado que los que se dedicaban a ese trabajo serían más infelices, qué equivocado estaba.

—No tardarás mucho en congeniar con todos, eres la novedad, nada más, en el fondo nos gustará tenerte por aquí.

—Eso espero, no sé el tiempo que voy a estar entre vosotros, puede que no mucho.

Mara tenía ganas de hablar con él y de conocer sus motivos para estar con ellos.

—¿Puedo preguntarte por lo de la otra noche?

—Supongo que sí, fue Talía quien te buscó.

—¿Talía? ¿Es así como te ha dicho que la llames? —él asintió—. Talía entonces. Ella suele confiar en mí para casos delicados, ¿es el tuyo?

—No sé si quiero contarte mi problema.

—¿Y si te prometo que no diré nada...?

Mara lo miró poniendo morritos de pena y él sonrió, la chica le caía bien.

—De acuerdo. Tengo problemas en mis relaciones con las mujeres.

—¿Tú? ¡Venga ya! ¿En serio? —él asintió y ella calmó su sorpresa—, ¿qué tipo de problemas?

—Al parecer no soy bueno en la cama y no sé bien por qué.

—Entonces solo necesitarás algo de práctica.

—Me temo que es más complicado. Tuve una relación de seis años que acabó por eso, no creo que la práctica me ayudará.

—Pues que sepas que estás en las mejores manos, ella es especial.

—Empiezo a entenderlo.

Carlos lo veía en el respeto con que la miraban, con que la trataban e incluso en el sentimiento que desarrollaban hacia ella; todos mostraban lo mismo y era digno de admirar, estaba ante una gran mujer y eso era algo que iba entendiendo poco a poco.

—Fue nuestra salvación en un mundo duro y cruel, en un mundo en el que no valíamos nada para nadie, ella nos ayudó a volver a confiar en alguien. Para nosotros es una heroína. —Mara se dio cuenta de que se estaba poniendo demasiado seria y le hizo un guiño—. Pero no le digas que yo he dicho eso, debo mantener mi reputación.

Ambos rieron, estaban cómodos juntos. Talía lo apreció desde la piscina, aunque no lo demostrara estaba pendiente de las reacciones de la pareja. Mara podría ser una buena compañera de cama en el aprendizaje y, que tuvieran complicidad, era lo más conveniente.

—Parece que se llevan bien. —Ben se situó a su lado en el agua, también había estado pendiente del nuevo huésped. No podía negar que era guapo, hasta atrayente, con un carisma que te obligaba a no quitarle los ojos de encima, pero debía haber algo más, si no, no estaría allí. Lo notó enseguida; su sonrisa y su mirada eran sinceras.

—Como te dije, ya se conocen. —Talía siguió la mirada de Ben y supo que sentía mucho interés—. Venga, acércate y conócelo, también puede que tú le intereses.

Ben resopló con una media sonrisa, y la vio dar una vuelta más en el agua, para, después de dos largos más, salir del agua y sentarse en una de las tumbonas que habían dejado libre las otras dos chicas. El gesto que le dedicó era inequívoco, quería que participara.

Talía cogió una de las toallas y se secó, ya con la parejita.

—¿Le has contado lo que ocurre? —le preguntó a Carlos mientras escurría su largo pelo castaño.

—Sí —contestó él.

—Posiblemente requiera alguna vez más de tus servicios, Mara.

—Cuenta conmigo, estaré encantada de ayudar.

—Y te pido discreción, no debes contar nada de esto a nadie, eso es asunto de Carlos, de lo que él quiera revelar.

—Por supuesto, contad conmigo.

Carlos sonrió. Talía había conseguido una aliada en su problema y no le parecía mal si con eso conseguía su propósito y Mara le gustaba, ese primer contacto que tuvieron los dejó con ganas de más.

Ya no tenía caso estar más tiempo alejado, él era el segundo al mando allí, la mano derecha de La Dama y debía intervenir. Al verlos charlar tranquilamente, Ben y con él el resto de los allí presentes, se fueron acercando a hablar y a conocer a Carlos, dejando sus recelos de lado, dándole una oportunidad, y pronto empezaron a intercambiar batallitas y a divertirse. Esa mañana y parte de las siguientes ya no comieron solos en la habitación, sino entre los demás en el restaurante del hotel.

Por la noche, la música de la planta baja llegaba hasta el ático, colándose por los recovecos de las escaleras y el hueco del ascensor y amenizando su velada íntima. Durante unos días habían hablado, habían dejado que la relación entre ellos se volviera más cercana y se habían relacionado con los demás. En esos momentos, Carlos consiguió sentirse como en casa salvo por el hecho de que, ante él, una magnífica mujer de curvas explosivas y un largo pelo castaño se contoneaba con una lencería y unas medias que estaban empezando a calar en sus defensas. A su mente regresaron sus últimos años de relación con Emma, las rutinas sexuales que tenía entonces y que él asociaba a la convivencia en pareja y entendió que habían perdido la magia, la chispa de ese deseo que surgía de la seducción pura y dura, el descubrirse de nuevo en cada encuentro íntimo. No tenían nada que ver con los deseos que en ese instante recorrían su cuerpo y que lo dejaban en un estado ansioso mientras Talía, de forma juguetona, se paseaba a su alrededor rozando su espalda desnuda de vez en cuando y notando su excitación.

—Quiero que te toques para mí —le indicó ella mordiéndose el labio inferior.

Talía sabía que era necesario acabar con su vergüenza, que cuando se enfrentara a una nueva mujer debía abandonar el pudor que podría frenarlo, debía ser capaz de ir a por todas y de olvidar

sus miedos desde el primer momento.

—¿Yo mismo?

—Aún no te has ganado mis caricias.

—¿Ni un poco?

Ella negó con un gesto teatral de cabeza, y Carlos sonrió, le gustaba que se pusiera digna, que se comportase como su maestra porque a veces, al mirarla, olvidaba para lo que estaba allí, olvidaba que llevaba ya varios días de aprendizaje y eso no podía dejar que pasara, no podía involucrarse con esa mujer hasta el punto de ver más allá de su trato, de ver que las veladas íntimas se convertían en algo solo para ellos dos. Mientras Talía lo observaba con intensidad, Carlos enderezó la espalda e inició un suave toqueteo sobre su masculinidad. Cerró los ojos y dejó que las sensaciones lo envolvieran para respirar el aroma de la mujer que se movía a su alrededor, expectante, imaginando lo que le gustaría hacerle. Cuando Talía entendió que sus gemidos aumentaban se sentó a horcajadas sobre él.

—No abras los ojos y mantente así.

Carlos obedeció y dejó que ella impusiera un ritmo lento sobre su miembro, apoyando las manos en sus hombros e introduciéndose profundamente. Él aprovechó para saciarse de ella y lamió su cuello, sus pechos, sin perder el contacto que tanto le estaba gustando, sintiéndola completamente mientras lo cabalgaba sin piedad y él se aferraba a sus caderas. Talía observó que Carlos se dejó llevar, que consiguió acompasarse a ella y se mantenía adecuadamente, que no cambiaba de ritmo y no echaba a perder el momento, la seguía sabiendo a quién tenía encima y eso era un muy buen avance. Unos cuantos movimientos después ella notó cómo él se corría y un último y largo gemido se lo confirmó. Dándole un ligero beso en la frente lo sacó de su interior y sin decir nada más se adentró en el baño dejando a Carlos recuperándose y con las sensaciones a flor de piel mientras oía el agua de la ducha.

Unos minutos después ella regresó y se tumbó a su lado.

—¿Mejor? —le preguntó él algo temeroso de su respuesta.

—Sí, has estado mucho más centrado, pero no debemos olvidar que esa parte ya empezabas a controlarla.

—¿Qué parte?

—Cuando dejas que la mujer tome las riendas, ahí ya eres capaz de mantenerte y esperar a que ella culmine sola.

—Entiendo, la complicación sigue estando en el momento en que yo sea el que dirija la escena.

—Pues entonces hazlo.

—¿Cómo?

—Pruébalo o ¿ya no tienes ganas?

—Por supuesto que sí, tú me inspiras.

Talía sonrió y se tumbó sobre la cama, esperando a que Carlos se inclinase sobre su cuerpo.

Una suave brisa se colaba por los resquicios abiertos de la ventana del balcón del ático, removiendo el tul de las cortinas y saciando levemente el calor que envolvía la habitación y a sus ocupantes, el cuerpo del hombre lo agradeció, debía ser capaz de concentrarse, de mantener la mente fría.

Empezó despacio con unos besos sobre su cuello y, con sumo cuidado, le desabrochó el sujetador de encaje negro que trajo del baño para afanarse sobre sus hermosos y turgentes pechos. Ella esperó unos instantes para analizar sus acciones y acto seguido tomó algo de un cajón de la mesita sin que él se diese cuenta y lo golpeó ligeramente sobre la espalda haciendo que soltara un grito de asombro.

—¿Una fusta? ¿En serio? —le preguntó Carlos viendo el objeto de cuero que tenía en la mano. Talía sonrió de forma maliciosa y sensual.

—Es una buena forma de llamar tu atención y hacerte parar.

—¿No puedes moverte o darme un toque en el hombro?

—Esto es muchísimo más divertido, ¿no quieres aprender? —Carlos arrugó la nariz—. Pues tendré que mostrarte cómo.

—Ni de coña voy a dejar que me castigues —afirmó él rotundo.

—No voy a fustigarte, solo es un ligero toquecito para que me atiendas. Cuanto antes aprendas antes dejaré de utilizarla. Es un estímulo: si lo haces bien habrá premio y si no...

—Oye, ¿esto de la fusta no debería ser cosa mía? —Carlos se incorporó y se la quitó de las manos observando el acabado de cuero y comprobando su flexibilidad. Talía soltó una carcajada.

—¿No eres capaz de terminar bien lo básico en el sexo y quieres avanzar hasta el BDSM? Primero tendrás que dominar el orgasmo normal.

Carlos se la devolvió con un gesto de desagrado.

—De todas formas, no creo que me vaya ese rollo, no lo entiendo, me parece de lo más extraño.

—Hay gustos para todo, ratoncillo, es una práctica tan respetable como cualquiera siempre que haya consentimiento de ambas partes. —Talía desvió la mirada y cambió de tema, se estaban yendo por las ramas—. Veamos, el golpe de fusta fue para darte unos consejos.

—Tú dirás.

—No has empezado bien, no sobes los senos como si fueran bollos rellenos. Hazlo de forma suave, si te gusta presionar utiliza la palma completa y ejerce una presión constante pero ligera, recreáte en el tanteo de las aureolas y de los pezones, incluso un tirón algo más intenso puede ser necesario, pero dependerá de la sensibilidad de la mujer. Luego utiliza también tu lengua e incluso tus dientes.

Carlos asintió y probó sus consejos haciendo cercos y rodeando las aureolas de Talía, notando cómo sus pezones se endurecían bajo su tacto. Haciendo círculos, fue acariciando las puntas sensibles; primero una, luego la otra y posteriormente las dos juntas.

—Lo tengo.

Carlos se decidió entonces a utilizar sus labios y su lengua, repitiendo lo que antes habían hecho sus dedos y le dio un suave tirón con sus dientes. Talía dio un respingo y lo aferró del pelo para animarlo.

Pasó unos minutos sobre sus pechos, probando, aprendiendo, saboreando y, cuando quiso más, Carlos se colocó entre sus piernas a tocar otros puntos de placer de la mujer. El tacto de las zonas íntimas femeninas siempre le había gustado y se detuvo en él hasta que Talía volvió a darle con la fusta.

—¡Venga ya! ¿Otra vez? —protestó él.

Talía sonrió de nuevo ante el gesto de desilusión de Carlos, a veces era como un niño al que le robas su piruleta.

—El clítoris no es un botón que pulsar como si fuera el mando de la televisión o el arranque de un coche, no se conecta y se desconecta, te lo he dicho muchas veces.

Carlos se incorporó levemente y la miró a los ojos.

—He leído que tiene ocho mil terminaciones nerviosas.

Talía arqueó una ceja ante el estúpido dato científico que se le ocurrió a Carlos.

—¿Y las vas a tocar todas?

Carlos arrugó la nariz ante su comentario, pero tenía razón, la teoría no servía de nada y al final sonrió él también.

—¿Puedo hacerlo?

—No digas tonterías, debes acariciarlo de la misma manera en la que te gustaría que te acariciaran a ti, despacio, con una fricción suave y observando lo que la mujer necesita en cada momento.

—Lo sé: cada mujer tiene una sensibilidad distinta —contestó él.

—Exacto, hay veces que deberás ser más brusco y otras más tierno. Es un punto clave en el placer y si lo haces bien uno de los orgasmos puedes conseguirlo en el exterior y eso suavizaría la situación, ya no tendrías tanta presión.

—Está claro.

—¿Quieres seguir intentándolo?

Carlos asintió y puso en práctica sus consejos de nuevo. Se dio cuenta de que era más fácil en ese momento y dejó que sus dedos y después su lengua jugaran entre sus labios íntimos haciendo que de vez en cuando Talía suspirase y arquease las caderas. Transcurridos unos minutos se dio cuenta de que ella no se corría, pero no volvió a utilizar la fusta por lo que imaginó que estaba haciéndolo bien, sin embargo, no conseguía acabar por mucho que él se esforzara. Cansado y dudando se incorporó.

—¿Qué es lo que no hago bien?

—¿Por qué lo preguntas? Estás haciéndolo genial.

—¿Y por qué no te corres?

Talía soltó otra carcajada y le acarició suavemente la mejilla para calmarlo.

—Eso es algo que hace mucho tiempo que no hago, pero no pongas esa cara, no es culpa tuya, hay muy pocos hombres que han conseguido llevarme al placer total y a día de hoy creo que ninguno.

Evitó decirle que era por decisión personal, porque no quería que nadie la controlara de nuevo, que nadie tuviera ese poder sobre ella porque no iba a volver a sufrir y a ser la débil. Aun así, lo poco que dijo bastó para que Carlos se tranquilizara, al parecer sus progresos sexuales eran satisfactorios y mientras se tumbaba un momento a su lado, una nueva meta apareció en su mente: si conseguía un orgasmo de La Dama sería indicación de que estaba preparado.

Capítulo 5

La túnica color crema con ribeteado verde le quedaba a la perfección, se sentía como en una película de época, aunque el descenso en el ascensor quedara anacrónico. Talía estaba a su lado con su modelito griego, como una de esas diosas antiguas representadas en esculturas por Praxíteles y los escultores de la Grecia clásica. Esa noche se decidió a mostrarle la realidad del hotel, era bueno que observara los diferentes placeres en estado puro, la capacidad del hombre para dejarse llevar ante sus deseos, las ganas de complacer y ser complacido. Cuando el ascensor se detuvo ella lo condujo al pasillo central en el que él había estado esperando la primera vez y aferrada de su brazo lo fue conduciendo hacia el interior del templo. Talía ya lo había puesto en antecedentes de cómo estaba estructurado el hotel. La parte baja del edificio era la de toma de contacto entre los clientes, la de conocerse, la de la elección y los preliminares; luego cada cual se dirigía a una de las habitaciones especiales según sus deseos, habitaciones a las que nunca tendría acceso; la privacidad era absoluta.

Los grupos, que al principio parecían relacionarse de forma caótica, pronto tuvieron un sentido para sus ojos y Carlos apreció los detalles en algunas miradas, en ciertos gestos y posturas.

—Los clientes, como ves, son de lo más variado —le explicaba Talía—. Aquí se mezclan los deseos y el placer de cualquiera sin importar quiénes son, aquí todos son desconocidos y son sus cuerpos los que se descubren dando rienda suelta a sus fantasías sexuales, dejándose llevar. Aquí se disfrazan y eligen su propio juego y después, una vez fuera, nada ha pasado, no hay culpabilidad ni cicatrices.

—No todos son tus empleados, ¿verdad? —preguntó Carlos.

—La mayoría son clientes que deciden ellos mismos con quién se acuestan de entre el resto de clientes. Mis chicos y chicas solo están para iniciar el juego o en caso de que alguien busque sus servicios exclusivamente, ellos deciden si les interesa o no. —Carlos seguía sus explicaciones mirando a su alrededor y viendo cómo algunos de los allí presentes saludaban a La Dama con una leve reverencia en muestra de respeto—. Observa a tu derecha, ¿qué ves allí?

—Un hombre mirando mientras una pareja se acaricia.

—Mira mejor.

Carlos se detuvo y observó con más calma. El hombre sonreía ante el espectáculo que empezaba a presenciar, la mujer acariciaba a otro hombre y le hacía una suave felación mientras ella misma se tocaba íntimamente. Entonces Carlos se dio cuenta de la forma en la que la mujer le lanzaba miraditas al observador mientras su amante respondía de forma lasciva.

—¿Es...? —preguntó Carlos a Talía.

—Sí, el hombre que observa es su marido y pronto los tres subirán a una de las habitaciones.

Él mirará mientras ella juega a lo prohibido, mientras ella por una vez disfruta del morbo de otro hombre y hace que su esposo también lo disfrute. Si le apetece después se unirá. Son una pareja bien avenida en la sociedad y en su día a día, pero una vez al año necesitan esto.

Talía lo guio más adentro, fuera de la luminosidad que dos lámparas de araña daban al centro y fueron hasta una de las alas laterales. Allí una mujer se entretenía con tres jóvenes, no fue difícil imaginar cómo acabarían: ella solo se sentiría colmada con los tres a la vez.

La visita continuó bajo las mismas condiciones: hombres que buscaban el contacto con otros hombres, matrimonios que intercambiaban parejas, parejas en las que el hombre necesitaba jugar con su esposa y a la vez sentir a otro hombre, orgías en las que los participantes llevaban los ojos vendados y se dejaban guiar por sus manos y sus bocas, espectáculos de simples stripteases y voyerismo se mezclaban con felaciones y sexo en posturas que llegaban a ser acrobáticas al más puro estilo Kamasutra. Pero entre todas las perversiones, placeres y deseos había un nexo común y era que allí todos disfrutaban, todos quedaban satisfechos, por eso era el Templo de todos ellos y aban cantidades desorbitadas por poder entrar.

—¿Por qué decidiste crear un lugar así? —Ellos seguían con su paseo.

—Siempre he entendido el poder del sexo y del dinero, desde muy joven lo sé.

—¿Qué te pasó? —le preguntó Carlos. Talía lo miró fijamente con una expresión que lo hizo callar, posiblemente sería algo que nunca le contaría—. Tus empleados parecen respetarte y quererte, no eres la típica *madame* que se puede ver por ahí.

—Todos los que trabajan conmigo es por propia voluntad, la libertad, el dinero y la protección que yo les doy no la encontrarían en otros lugares de sexo. Aquí todos somos iguales.

—Eso es digno de alabanza. Será difícil, por no decir imposible, encontrar respeto e igualdad en este trabajo. Te felicito por todo lo que has conseguido aquí.

—Gracias, nunca pensé que lo lograría. —Talía cambió de tema—. ¿Te atreverás a probar algo de lo que has visto?

Carlos frunció el ceño y eso la hizo reír, era demasiado pronto aún, pero fue capaz de seguir su visita sin juzgar, solo analizando lo que veía a su alrededor y eso demostraba que tenía una mente abierta. Lo tomó de la mano y regresó con él hasta el ascensor, era momento de seguir con sus lecciones. Carlos se fijó en una joven rubia que besaba con esmero a otra chica delante de un cliente, esta lo miró por encima del hombro de su compañera y le guiñó un ojo, él sonrió ante el gesto seductor de Mara y siguió a Talía hacia su habitación privada.

Talía le entregó una copa de vino espumoso y se sentó frente a él que permanecía de pie junto a la cama. La toga le daba un cierto aire atemporal y los rizos oscuros que caían sobre su frente le hacían parecer un joven patricio ante su *delicitas*.

—¿Cómo iniciarías el acercamiento hacia mí? —le preguntó ella cruzando las largas piernas.

—Por la forma en la que me estás mirando... aunque pensándolo bien en circunstancias normales ni me atrevería a hablarte.

Ella sonrió, posiblemente tenía razón, su presencia a veces solía intimidar.

—Todo debe fluir desde el primer momento. Tú debes decidir si la mujer que tienes delante de ti quiere iniciar el contacto de forma suave y lenta o por el contrario tienes que irrumpir en su cuerpo de forma rápida y sin piedad.

—¿Y eso cómo se sabe? ¿Cada mujer espera que ocurra de una forma?

—No, la misma mujer puede desear una cosa un día y otra al siguiente, debes entenderlo a través de sus gestos. —Carlos bufó. Talía estiró su pierna calzada con unas sandalias de correas griegas y lo acarició a lo largo de la suya—. ¿Qué crees que deseo yo ahora?

—Basándome en los datos...

—Vamos, abogado, no es tan difícil.

—Creo que quieres un arrebato, un aquí te pillo y aquí te mato.

—Perfecto, ¿a qué esperas?

Carlos la sujetó de la pierna y empezó a desatarle la sandalia, ella le dio un ligero golpe cuando lo hizo.

—¿Qué? ¿No te desnudo primero?

—No, ratoncillo, ya deberías estar entre mis piernas, ya habrá tiempo para lo demás.

—¿Y si yo deseo hacértelo lentamente y con dulzura?

—Pues entonces tendrás que esforzarte para hacerme cambiar de opinión y que yo también desee lo que tú, mostrarme que vale la pena el cambio.

Carlos entendió, debía frenar sus impulsos y hacerla ver que iba a disfrutar más a su manera y para eso era necesario conseguir que sus promesas de sexo pleno se cumplieran. Y lo que le vino a la mente fue jugar con su pie, hacerle cosquillas en el empeine y utilizar su boca, la sonrisa de Talía lo animó a seguir alargando su mano hasta acariciar su muslo y adentrarse en su interior con unos dedos que buscaban explorar mientras ella lo miraba fijamente. Sin previo aviso la alzó en brazos, la colocó sobre la cama y con un firme tirón desgarró la túnica que ella llevaba y que la dejó desnuda debajo de él para recibirlo en toda su plenitud.

Talía se aferraba a Carlos esperando su desenlace, lo guiaba mientras él marcaba su propio ritmo en la penetración. Al principio había intentado que fuera un encuentro rápido para medir sus impulsos, pero en el último instante él decidió hacerlo de forma suave, ver sus posibilidades de cambio en una situación así.

—No dudo de que esto te está haciendo gozar, pero ¿y a mí?

Carlos paró en seco ante el comentario de Talía, no sabía qué contestarle. El cambio de rol no había funcionado, pero en todos los días que llevaba allí había aprendido a confiar en ella y a aceptar sus consejos.

—Perdona creí que... —Era normal que balbuceara en esas circunstancias—. ¿Qué hago mal? Creí que yo controlaba.

Talía se incorporó obligándolo a salir de ella, debía ser dura con él, era lo que lo haría aprender, aunque no lo estuviera haciendo tan mal. Le acarició la cara y sonrió, era tan inocente en esos momentos.

—Hay veces que te pierdes demasiado en tus sensaciones y te olvidas de todo lo demás — Carlos asintió—. Hay algo que debes entender: las mujeres sentimos igual o más que los hombres. Debes ser capaz de verlo, aunque para ti sean instantes delicados. Llamaré a Mara.

—¿Ahora?

—Quiero observarte y corregirte sobre la marcha.

—Igual ella está ocupada.

—No te preocupes por eso, estará encantada, la excita nuestra situación.

Se levantó de la cama y avisó a la joven que inmediatamente subió a la habitación. Nada más entrar le sonrió a Carlos y se quitó la túnica de satén que traía para quedarse desnuda frente a él. Con un andar seductor se tumbó en la cama y se expuso, desde ese primer encuentro no habían vuelto a necesitarla y estaba ansiosa por ver de lo que era capaz y lo que había aprendido en esos días junto a La Dama.

—Vamos, inténtalo —le dijo Talía apoyando su mano en la baja espalda de él y empujándolo levemente hasta la joven rubia que lo esperaba más que dispuesta.

La escena sexual había cambiado por completo y lo que iba a ser una velada privada se había convertido en una clase conjunta, pero no le molestó. Carlos obedeció y se situó encima de Mara siguiendo las indicaciones de Talía. La joven se aferró a su cuello y lo recibió con unos besos lujuriosos y unas caricias que pronto dieron paso a algo más íntimo y él se situó entre sus piernas palpando su humedad.

—¡Está preparada! —Carlos se sorprendió de que con apenas unos segundos Mara estuviera tan dispuesta.

—Eres un hombre muy guapo y tienes un físico de infarto, es normal que la mujer se sienta excitada en tu presencia, se moje ante tu contacto, pero eso no significa que todo vaya a ir bien, no debes confiarte, debes trabajarlo. Continúa.

Carlos introdujo los dedos en el interior de Mara haciendo que esta arqueara las caderas, centrándose en lo que ella parecía pedir como le decía Talía. Notó que ella se estremecía cuando la acariciaba en el clítoris y se detuvo ahí para dirigir sus manos a otro lugar.

Talía observaba sus movimientos y se mantenía a su lado, pero él debía buscar su comodidad. Lo vio alargar la mano y aferrar uno de sus pezones, haciendo que Mara diera un respingo. Talía sujetó esa mano de Carlos, él levantó la cabeza para mirarla.

—Hazlo suave, piensa que tu nueva caricia no debe desviar la atención sexual de Mara sino sumarse a las sensaciones, no debe dejar de sentir tus caricias por un roce en sus pezones — Carlos asintió y regresó una de sus manos a sus partes íntimas, haciéndola sentir con los dos toques y oyendo otra vez sus gemidos de placer—. Es el momento, entra en ella, hazla sentir toda tu plenitud, pero no olvides que a ella le gusta sentir tus caricias en el clítoris.

—Puedo mantener ambos contactos. —Carlos cogió a Mara sin dejar de mirarla a los ojos y la penetró suavemente acomodando sus piernas de forma que pudiera introducir los dedos entre los dos cuerpos y continuar su fricción en el exterior; vio a Talía sonreír de nuevo y a Mara aferrarse

a él, acomodándose a las embestidas que empezaban a dar sus frutos.

—Muy bien, acompasa ambas zonas, no dejes que tus caricias exteriores sean demasiado rudas y hagan que ella pierda el contacto con el placer que le da tu pene.

Carlos continuó con sus envites sintiendo cómo su miembro se escurría dentro de la joven y ella tensaba todos los músculos de su cuerpo, la sentía a su merced, sentía cómo una mujer estaba a su merced por primera vez. Con esa coyuntura a su favor se aventuró y atrapó uno de sus pezones enhiestos con la boca, tirando suavemente de él y haciendo que Mara lanzara un fuerte suspiro, tan fuerte que lo desconcertó.

—¿Es fingido?

Talía le sonrió, él tenía miedo de que lo fuera, era lo que siempre había conocido.

—No. Obsérvala, mira sus ojos casi cerrados, mira cómo eleva la barbilla, cómo se aferra a ti y a la sábana, cómo se tensan sus músculos, cómo estira los dedos de los pies y se muerde el labio inferior, cómo siente. Debes ser capaz de notar cómo les afectan tus caricias, ver sus movimientos involuntarios y aprender de ellos, utilizarlos en tu beneficio, cada mujer es un mundo y conocer sus deseos sexuales es tu trabajo, así cualquiera estará a tu merced.

—El fuerte gemido me ha desorientado.

—El auténtico placer también hace gritar, ratoncillo. Continúa.

Carlos asintió y miró a Mara que aún se mantenía aferrada a él, esperándolo. Él volvió a iniciar sus caricias, sus penetraciones se hicieron más intensas y empezó a notar realmente lo que una mujer podía sentir ante sus avances.

—No pares ahora, no cambies de postura y mantén este ritmo, la fricción debe continuar tanto dentro como fuera, es lo que Mara necesita —le explicó Talía; Carlos obedeció y sintió que tenía el control sobre sus actos—. Sigue, ella está a punto.

Los gemidos de Mara se volvieron más rápidos y potentes, el placer ya amenazaba con hacerla explotar, el hombre que tenía sobre ella, las circunstancias que vivía y unos minutos después se dejó llevar completamente. Carlos abrió los ojos sorprendido ante lo que empezó a notar alrededor de su miembro, las contracciones no dejaban lugar a dudas, ella se había corrido y él por primera vez lo había sentido.

—Joder, ¿esto es el orgasmo? —Suspiró orgulloso con su trabajo. Talía volvió a sonreír.

—Lo has hecho genial. Ahora no acabes de golpe, ve reduciendo poco a poco el ritmo y la fricción, deja que ella se vaya relajando. Deja que acabe remoloneando con sus caderas alrededor de las tuyas, deja que se restriegue suavemente contigo, déjala terminar de gozar y haz tú lo mismo.

Carlos se tumbó sobre Mara sintiendo su calor, sintiendo cómo su respiración se iba calmando, cómo sus manos le acariciaban lentamente a lo largo de la espalda, recreándose en su tacto. Poco a poco él también se calmó, el desenlace sexual salió a la perfección, esa noche había resultado esclarecedora, incluso iluminadora y sabía que a partir de ahí todo se haría más fácil.

Capítulo 6

El despertar era pesado después de una noche intensa de sexo. Carlos estaba en forma, pero para él era como una dura maratón sexual, lo único bueno era que los avances eran claros. Esa mañana no quería levantarse, cerró las ventanas a cal y canto para que la luz no lo molestase, pero el sonido del teléfono se coló en su cabeza, un *rin rin* estridente que lo sacó de su apacible y reparador sueño. Estaba solo en su habitación, ya que Talía había decidido que cada uno durmiera en su cama para descansar; no era necesario estar siempre juntos y era mejor que de vez en cuando cada uno guardara su espacio, así mantenían las distancias.

Se incorporó bostezando y atendió la llamada.

—¿Diga?

—Hola, Carlos. —La voz de Emma lo devolvió a la realidad.

—¿Emma? Sí, ¿qué querías?

—Te he llamado mil veces. Ayer pasé por casa y no estabas.

«¿Por casa? ¿Ahora es su casa?», pensó él. Pero tenía razón, la casa era de los dos, debían pensar en venderla en cuanto regresara.

—Verás, es que estoy de vacaciones.

—¿De vacaciones? ¿Desde cuándo?

—Hace unas semanas.

—¿Dónde has ido? ¿Por qué no me has avisado?

—Joder, Emma, vaya interrogatorio, me he ido de vacaciones un tiempo, lo pensé y no vi necesidad de comunicarlo a todo el mundo, al fin y al cabo, ya no estamos juntos.

—Vale, tranquilo, solo estaba preocupada, ya que desapareciste sin más.

—¿Preocupada? Pues no te preocupes, no voy a hacer ninguna tontería, eso ya es agua pasada, solo quería desconectar un tiempo.

—¿Cuánto tiempo vas a estar fuera?

—Unos meses creo, no lo he decidido aún.

—¿Meses? ¿Y el trabajo?

—Vale, Emma, ese es mi problema. Una temporada sabática me iba haciendo falta y no quiero que me estés llamando.

—De acuerdo, ya sé que estás bien, no te molesto más. Disfruta de tus largas vacaciones.

—Gracias, ya hablaremos cuando regrese.

El pitido del teléfono al colgar se quedó con él, curiosamente, no se sentía culpable por haberle hablado así y más teniendo en cuenta que Emma tenía más interés en él como amigo que cuando eran pareja y a él no le apetecía ser su paño de lágrimas. Había decidido acabar con todo eso al entrar en el hotel, debía acostumbrarse a no estar a su lado. Aunque suponía que a ella le

agradaría ver que de nuevo tenía las riendas de su vida y empezaba a disfrutarla con unas semanas de relax. Pero no podía contarle dónde estaba, ¿qué le iba a decir? ¿que estaba en un hotel del sexo? ¿Que estaba disfrutando como nunca del placer y de una mujer que le estaba enseñando lo que era de verdad el deseo? ¿Que no se había acordado de ella desde que entró allí hasta que la oyó a través de la línea telefónica? ¿Que estaba recuperando la calma que había perdido hacía un año? ¿Que ahora cuando pensaba en sexo no era Emma la que acudía a su mente para excitarlo? Mejor dejar las cosas como estaban. Sin embargo, la conversación lo había desvelado y se sintió frustrado, él quería dormir hasta tarde y así no lo iba a conseguir.

Se levantó de golpe y se dirigió al baño. Dejó que el agua de la ducha lo refrescara, que le devolviera el buen humor y después se dispuso a desayunar, le apetecían unos gofres. Echó una mirada a su habitación, estaba solo y no quería dar cuenta de ellos en soledad, así que fue a buscar a Talía. Sin dudar lo golpeó la puerta que comunicaba las dos habitaciones hasta que la oyó decirle que pasara.

—No quiero desayunar solo.

—Pensé que aún dormías después de lo de anoche.

—Me han despertado.

Carlos se lanzó sobre la cama y se tumbó pasando los brazos por debajo de la cabeza.

—¿Trabajo?

—No, mi ex. —Talía lo miró con curiosidad—. Al parecer me llamó un montón de veces al fijo de mi casa y dice que se preocupó al no encontrarme.

—Pues ya llevas unas semanas aquí.

—Bueno, supongo que solo me ha buscado cuando ha pasado un tiempo sin saber de mí o cuando le ha surgido un plan y no tenía a nadie. Me he convertido en su último recurso.

—¿Dónde le has dicho que estabas?

—De mes sabático y le he pedido que no me moleste, que cuando vuelva le avisaré.

—¿Te vas a acostar con ella cuando regreses?

Carlos alzó la cabeza cuando escuchó su pregunta, no la esperaba tan de repente y hacía tiempo que no pensaba en ella.

—Creo que no —contestó él.

—Sería normal que buscaras algo de venganza.

—No quiero entrar de nuevo en ese bucle, ella me abandonó y lo nuestro ya no es viable.

—¿Ni siquiera para demostrarle que ya no eres el mismo?

—No, no se lo merece.

Talía sonrió y se adentró en el armario para vestirse e ir a desayunar con él; sus respuestas le habían parecido más que adecuadas, aunque la primera noche viera ese destello de ansias de venganza en sus ojos, un deseo que ya se había calmado en él y que lo hacía todavía más atractivo para ella.

Mientras ella se cambiaba de ropa, Carlos se levantó de la cama y empezó a pasear por la

habitación. Pasó dos veces por delante de una mesa de escritorio que tenía en el salón y, a la segunda vuelta, unos documentos llamaron su atención, tomó el dossier que se encontraba entre unas subcarpetas marrones y nada más leer las tres primeras páginas frunció el ceño.

—¿Estas carpetas son tuyas? —dijo elevando la voz para que ella lo escuchara desde el vestidor.

—Si están sobre mi mesa, sí lo son, ¿por qué?

—Es que no entiendo por qué inviertes en una empresa en quiebra, sé que te gustan las causas perdidas, pero pensé que eras celosa en lo que hacías con tu dinero.

Talía salió del vestidor sin comprender bien de qué hablaba.

—¿Cómo que en quiebra?

—Sí, estos índices que veo aquí están por las nubes y eso solo significa que está en suspensión de os, en banca rota, no hay duda.

Talía se acercó a él y le quitó los documentos de las manos para comprobarlo.

—¿Estás seguro?

—Ya me dirás, es mi trabajo.

—No puede ser, me dijeron que era una apuesta segura.

—Sí, segura para hundirte. ¿Quién te lo recomendó?

—Tengo un abogado de confianza desde hace muchos años, me lo recomendó una amiga y le dije que tenía pensado reinvertir parte de mis ahorros, él me habló de un conocido que al parecer conocía el mejor modo de hacerlo.

—¿Y confías en tu abogado?

—Por supuesto.

—Entonces es su conocido el que ha tratado de estafarte.

—¿Estafarme? —Talía lo miró con una expresión de enfado que Carlos no había visto en ella antes—. Disculpa un segundo.

Talía cogió el teléfono mientras Carlos tomaba de nuevo los documentos. La oyó hablar con alguien al otro lado de la línea y pronto escuchó sus imprecaciones y sus insultos para después colgar.

—¿Y bien? —preguntó Carlos cuando ella colgó el teléfono.

—Mi abogado no sabe nada o es eso lo que me dice, aunque se ha ofrecido a averiguarlo todo y si ese conocido suyo es un estafador, dice que él mismo lo denunciará.

—¿Habías firmado algo o le habías entregado tu dinero ya?

—No, habíamos quedado para dentro de tres días.

—Rompe entonces estos papeles.

—No me puedo creer que hayan estado a punto de engañarme.

—No le des más vueltas, has tenido suerte.

—Gracias a ti, ratoncillo. —Se aproximó a él y le dio un suave beso en la mejilla, un beso inocente de simple agradecimiento, pero que hizo que su cuerpo respondiera, que se excitara,

incluso la situación más simple con ella lo hacía sentir un revoltijo en las tripas. Debía recomponerse.

—Bueno, ¿bajamos a desayunar? Nada me abre más el apetito que un caso resuelto satisfactoriamente.

—Sí, pero esto no va a quedar así, ese tipejo va a ar caro el haberme querido estafar.

—Deja que tu abogado descubra la verdad, normalmente nosotros conocemos las leyes y la mejor forma de actuar para que nuestros clientes no acaben involucrados, si no te ha mentido, será él mismo por amor propio y profesional quien se encargue del embaucador.

—¿Sería lo correcto?

—Así te quedas al margen.

—Supongo que tienes razón.

—Y si quieres invertir tu dinero, cómprate una casa en una de esas playas paradisíacas que tanto te gustan.

Talía sonrió ante su consejo; la verdad era que ahora tendría que buscar otra forma para ocupar ese dinero y no le pareció tan mala idea, se imaginó en una de esas terrazas a la luz de la luna con el sonido de las olas frente a ella y un hombre amado a su lado.

—Anda, vamos a que te comas tus gofres.

Cuando bajaron al restaurante, se dieron cuenta de que la mayoría de los residentes del hotel habían coincidido a esa hora y se sentaron junto a Ben y a Mara; enseguida uno de los camareros se acercó a ver qué querían tomar.

—Dos gofres con chocolate blanco y un zumo de naranja para mí y ella tomará unas tostadas de mermelada de ciruela y un café solo muy cargado en taza grande.

El camarero sonrió y se marchó a la cocina. Ben y Mara se miraron sorprendidos y luego observaron el gesto imperturbable de La Dama, los dos se preguntaban seguramente lo mismo: ¿no se había dado cuenta de que Carlos le había pedido exactamente su desayuno favorito? ¿Que en el poco tiempo que llevaba allí ya conocía sus gustos y quería complacerlos? ¿Que en momentos así parecían realmente maestra y discípulo? Pero evitaron preguntar o comentar cualquier cosa.

—No parece que hayas dormido bien —le dijo Mara a Carlos.

—Me han despertado de golpe y eso me agota, por no decir que me cabrea.

—¿Habéis tenido fiesta y no me habéis llamado? —dijo la joven rubia de forma socarrona recordando la última vez que estuvo con él, aunque desde esa noche no habían vuelto a compartir su lecho.

—Te estás confundiendo, ha sido una llamada inesperada —le contestó Carlos con una leve sonrisa.

—Su exnovia estaba preocupada por su desaparición —afirmó Talía.

—¿No le avisaste? —preguntó Ben.

—¿Y por qué debería hacerlo? —le cuestionó Mara con el ceño fruncido.

—Porque se conocen desde hace mucho tiempo y parecen ser amigos.

Ben no conocía los detalles exactos de su ruptura como Mara, pero sí le había comentado que se llevaban bien después de cortar.

—Bueno, da igual —los cortó Carlos—, fue todo muy rápido y no pensé que fuera necesario contarle mis planes.

—¿Le has dicho que estás aquí? —insistió Ben.

—¿Y por qué debería informarle de sus intenciones? —Mara volvió al ataque.

—Mira que eres pesada, esto no va contigo —le dijo Ben algo enfadado de que se metiera así en la conversación.

—Y contigo menos, además, ¿qué sabrás tú? ¿Y qué quieres que le diga, que está aquí...?

—Mara tiene razón, Ben, no es asunto de mi ex. Este es mi problema y no le debo nada para estar informándola sobre mi vida.

—¿Entonces qué le has dicho? —insistió Ben.

—Que me he ido unas semanas de vacaciones y que cuando vuelva le avisaré.

—Es lo mejor que puede hacer —los cortó Talía.

En ese momento el camarero les llevó los dos desayunos y dieron cuenta de ellos, sobre todo Carlos que ya iba teniendo hambre. Mientras comía los gofres le llegó un olorcillo familiar que procedía de la cocina.

—Oye —le dijo al camarero—, no recuerdo tu nombre, perdona.

—Soy Pau.

—Pau, ¿puedes preguntarle al cocinero qué está cocinando?

El camarero asintió y se marchó a la cocina.

—¿Aún no has desayunado y ya estás pensando en la comida? —lo regañó Talía.

—Es que ese olor me ha traído recuerdos de cuando era niño.

—Entonces ve tú mismo a la cocina y habla con el chef.

Carlos la miró y se levantó para dirigirse hasta la cocina. Talía tenía razón, sería más rápido de ese modo. Cuando se adentró en la cocina, Ben observó a Talía.

—¿Todo bien? —le preguntó el joven.

—Perfectamente.

—¿Le ha afectado que lo llamara su ex?

—No, yo también esperaba una reacción distinta, pero al parecer lo tiene superado.

—Eso es genial para él.

—Esa tía es una imbécil, debe estar loca para dejar un tío así —opinó Mara.

—¿Te gusta? —la interrogó Ben.

—¿Y a quién no?, míralo —contestó la joven rubia—. Pero él está interesado en ella.

El gesto de Mara hacia ella no pasó desapercibido a Talía como tampoco la sonrisa y el gesto de asentimiento de Ben.

—No digáis bobadas.

—¿Tú crees? —le dijo Ben.

—Carlos no pertenece a este mundo —cortó Talía tajante.

—Eso es cierto.

Carlos salió de la cocina restregándose las manos y sonriendo. De nuevo ocupó su silla junto a Mara.

—Voy a comer salsa de caracoles, genial.

—¿Caracoles? ¿Para eso tanto secretismo? —le dijo Talía.

—¡Qué asco! —dijo Mara.

—En algunos sitios es una exquisitez —la corrigió Carlos.

—Sí, pero en sitios alejados de mí.

Carlos se encogió de hombros y se restregó las manos de nuevo.

—Cuando he preguntado al chef por el olor me ha dicho que estaba preparando una salsa especial para el pollo, al parecer es la misma que mi abuela hacía con los caracoles y se ha ofrecido a ocupar parte de esa salsa y prepararme unos caracolillos a mí.

—Sigo pensando que es un asco comer esos bichos, ni salsa ni nada —dijo Mara con cara de aprensión.

—Pues más me tocan. Ya sabes lo que se dicen de los caracoles: comerlos es como el rascar, todo es empezar.

—Así no es el refrán —le dijo Mara.

—¿Ah, no?

Los cuatro empezaron a reír. La cosa más simple del mundo como era una salsa de caracoles que Carlos recordó de su niñez les hizo apreciar su mutua compañía y darse cuenta de que había un mundo más allá de los muros del hotel, aunque casi nunca quisieran volver a él.

Habían comido con Ben, pero Mara se negó a compartir su mesa, no quería el manjar en su campo de visión. A Carlos no le importó, solo tenía ojos para su salsa y pronto dio cuenta de ella chupándose hasta los dedos y bajo la mirada ensimismada de sus compañeros de mesa. Talía sonreía ante su afán y Ben solo lo contemplaba con la cabeza apoyada en una mano.

Sin embargo, al cabo de unas horas, la alegría y el pecado de gula le pasaron factura. Carlos se retorció de dolor en la cama, la pesadez de estómago de la comida había dado paso a unos fuertes retortijones que le hacían doblarse sobre sí mismo; a maldita hora se le ocurrió decirle al cocinero que le hiciese una salsa de caracoles, no era así como tenía pensado pasar la noche. Y de repente unos escalofríos y una tiritera acudieron a movilizar su cuerpo, no recordaba la última vez que había enfermado de indigestión, no recordaba haberse puesto tan malo.

Talía abrió la puerta despacio y le dejó un vaso de agua sobre la mesita, luego colocó la mano sobre su frente.

—No tienes fiebre, solo parece una gastroenteritis.

—Han sido los caracoles, la salsa estaba demasiado especiada.

—Voy a por algo que te calme el malestar.

Carlos asintió y Talía descendió al gran salón. Se dirigió rápidamente a la barra ignorando a

los clientes que ya se iban colocando cada cual a su manera. Se acercó a Ben que estaba en ese momento detrás de la barra y que se extrañó de verla bajar sola.

—¿Y Carlos? —le dijo Ben guiñándole un ojo; Talía sonrió.

—Está indispuerto.

—No me lo digas: los caracoles en salsa —Talía asintió—, nunca había visto a nadie comer caracoles así.

—Pues le han pasado factura. ¿Tienes algo para la indigestión?

—¿En qué habías pensado?

—Anisete.

—Anís, ¿eso no es bebida de abuelos? —preguntó Ben extrañado por su petición.

—Precisamente, es lo que tomaba mi abuela después de comer, es un estupendo digestivo.

Ben rebuscó entre la gran cantidad de botellas, bebidas y licores exclusivos que había, buscando una aguja en un pajar hasta que al final visualizó una de esas botellas de *Anís del Mono* que luego se utilizaban para hacer música navideña con una cuchara.

—Te acompaño y así veo cómo está.

Talía y Ben se dirigieron al ascensor y subieron a la habitación de Carlos que aún seguía con su odisea de malestar. Ben echó un chorro de anís en un vaso y se lo tendió.

—Bebe esto, te hará bien —le informó Talía. A Carlos le llegó el olor del licor desde la cama.

—¿Anís?

—Hazme caso.

No lo dudó más y apuró el culín que Ben le entregaba y haciendo un guiño volvió a tumbarse.

—Así que... ¿Cómo dijiste? —le dijo Ben riendo—. Comer caracoles es como el rascar, todo es empezar.

—No te rías, Benjamín, que no estoy para bromas.

—Comes unas cosas muy raras —insistió Ben.

—Por mi tierra es un manjar, de niño siempre comía.

—Pues parece que tu estómago de adulto no los tolera. —Ben dejó la botella sobre la mesita—. No bebas mucho o va a ser peor.

—¿Peor que esto? He convertido el baño en mi hogar.

—No seas escatológico, pronto se te pasará.

Se inclinó sobre él y le dio un suave beso en la frente y con un *descansa* se marchó a su trabajo en el salón. Talía se quedó con él.

Cuando el joven se fue, Talía se sentó en uno de los sillones frente a la cama con un libro que tomó de la biblioteca.

—¿Te vas a quedar ahí? —le preguntó Carlos.

—Sí, hasta que se te pase.

Carlos sonrió, hacía muchísimo tiempo que nadie velaba su sueño cuando estaba enfermo, se

sintió protegido, se sintió amado y empezó a sentir también que el anisete le empezaba a calmar el dolor. Poco a poco se fue durmiendo con el olor de Talía a su lado, con su presencia envolviéndolo y supo que se estaba enamorando de ella y que era algo que ya no estaba en sus manos, en su cabeza o en su corazón impedir.

Talía notó cómo se acompasaba su respiración y cómo se dormía cansado por el dolor que desaparecía y recorrió su hermoso rostro con la mirada, sus labios carnosos y su nariz ligeramente puntiaguda. Recordó sus caricias y lo que empezaba sentir cada vez que él la tocaba; sabía que no era bueno, que acabaría con su fuerza si se enamoraba, pero él era tan cálido, tan inocente a pesar de todo, su mirada era tan limpia y reflejaba tan claramente su alma, no había ni un atisbo de maldad en su interior, pero ella no se merecía su amor y si algo tenía por seguro era que Carlos no pertenecía a ese mundo y que nunca lo arrastraría hasta su oscuridad. Iba a ser duro separarse de él, pero sería un grato recuerdo que atesoraría para siempre.

Capítulo 7

—Quiero que algún día vengas conmigo a la ópera, hace tiempo que no voy.

Talía recorría con la mirada la ropa de su vestidor, mientras Carlos leía en uno de los sillones de la sala. Había tomado entre sus manos un vestido negro de gala.

—¿Yo?

—¿No te gusta la ópera?

—Sí, claro, es solo que no esperaba que me quisieras como acompañante.

—Soy tu maestra y yo decido, nos hará bien salir de aquí y no me gusta ir sola.

—Me encantaría ir a la ópera contigo.

Talía sonrió, desde que Carlos estaba a su cargo se sentía extrañamente tranquila e incluso regresaron sus ganas de salir al exterior. Desde que creó el Jardín de las Delicias se había encerrado en su mundo de mujer de negocios y había pospuesto su vida. Si bien era cierto que alguno de los clientes más exclusivos aun pasó por su lecho, fueron los menos, y todo por la apertura y la fama del lugar, cuando este la alcanzó dejó de hacerlo, suficientes años había vendido su cuerpo; y se había recluso allí, pero no solo su cuerpo, sino también su alma y sus ganas de vivir. Ahora en cambio la situación con Carlos la había devuelto a la realidad, la había conseguido divertir y hacer que sus prioridades variasen por unas semanas. Por unos días dejaría de ser la dominadora de su destino, de controlarlo todo, de decidirlo todo, de no dejar que nadie le ordenase nada y se dejaría llevar, iba a intentarlo y ver hasta dónde era capaz de llegar.

—Por cierto, ya está solucionado lo del intento de estafa, mi abogado se ha encargado de todo y ese tío pronto estará en prisión.

—Me alegra saberlo, así ya no timará a nadie más.

Justo en ese preciso instante sonó el móvil de Carlos, este miró la pantalla y frunció el ceño. Talía se asomó y lo observó.

—¿Pasa algo grave?

—No, es mi jefe. Debo contestar.

Salió al pasillo del ático y contestó mientras ella continuaba con su selección, en una semana tenía pensado salir a disfrutar de la puesta en escena de su ópera favorita.

—¿Y bien?

Unos minutos después Carlos entró de nuevo.

—Tengo que ir a Suiza a una reunión de trabajo urgente por una fusión empresarial.

—¿Cuándo?

—Mañana, serán solo un par de días.

—No estás encerrado aquí, puedes ir y venir si lo necesitas.

—Pero es que no me apetece hacerlo, mis planes eran desconectar de todo durante un tiempo,

no estar de acá para allá.

—¿No puede ir ningún compañero?

—Es una fusión complicada y es de mi línea de trabajo, será más rápido si lo hago yo. ¿Por qué no vienes conmigo?

Talía dejó que los vestidos que colocaba se le escurrieran de las manos ante la sorpresa por su petición. ¿En calidad de qué iba a irse con él? ¿De novia, de amante, de acompañante? Un malestar se le ancló al estómago.

—No creo que sea buena idea y no voy a abandonar mi negocio.

—Serán dos días.

—Ni dos días, lo siento.

—Como quieras, pero volveré en cuanto acabe allí.

Talía sonrió, al parecer Carlos no había visto su negación como una ofensa, sino como una decisión personal, al fin y al cabo, cada uno era libre de hacer lo que quisiera, sin malos rollos ni obligaciones.

Carlos pidió algo de comer al servicio de habitaciones. La reunión había sido larga, pero por suerte todo quedó firmado y decidido, en una sola toma de contacto ambas partes quedaron satisfechas por los convenios y seguramente trabajarían bien juntas.

Con solo un albornoz se tumbó sobre la cama o más bien se estiró hasta que oyó un golpe en la puerta de su hotel de Zúrich, ya llevaban su comida. Dejó entrar el carrito y dio una propina al encargado.

—No cierres. —La voz de una mujer avanzó por el pasillo hasta su habitación.

La joven abogada de una de las partes con las que había negociado estaba ante su puerta.

—Hola, Alison.

—¿Vas a cenar? —le dijo en un castellano con marcado acento inglés.

—El día ha sido intenso y no hemos tenido mucho tiempo de comer antes.

—¿Cuándo regresas a España?

—Mañana a las dos del mediodía.

—Entonces tenemos tiempo —dijo ella de forma sensual y levantó la tapa de la comida para descubrir unas bandejas de salsa de pollo y pasta—, ¿me invitas a cenar?

Carlos se percató rápidamente de las intenciones de su colega, había estado todo el día charlando animadamente con él e intentando una cordialidad que buscaba un final así. De pronto se vio con ganas de hacerlo, con ganas de probar sus avances.

—Claro, sírvete.

Pero ella no parecía tener ganas de comer. Alargó la mano y aferró la suya haciéndole cosquillas y mirando sus dedos.

—No veo ningún anillo, ¿eso significa que estás completamente libre?

—Eso parece.

Alison le estiró del cinturón de su albornoz, abriéndolo con su gesto y acariciando su pecho.

Carlos la empujó ligeramente y acercándose a ella le dio un intenso beso en la boca, buscando, saboreando, explorando y haciendo que la joven lanzara un gemido de placer. Sin más premura lanzó el albornoz al suelo y empezó a acariciarla por debajo de la blusa mientras con la otra mano le quitaba los pantalones del traje que llevaba, podía ir haciendo las dos cosas a la vez y sonrió. Alison subió sus manos hasta su cuello y enroscó sus dedos entre sus rizos todavía mojados, alzando el suyo para recibir sus besos. Ella llevaba todo el día mirándolo, atraída por ese joven abogado que según decían era un triunfador nato, un tigre en los negocios y la velocidad con la que cerró el trato se lo confirmó y quería disfrutar de esa fuerza en el sexo. Ahora él la recorría con unos intensos besos y utilizaba su lengua en lugares mucho más íntimos, pero pronto sintió su necesidad y abriendo las piernas alrededor de su cintura dejó que él entrara en ella. La ropa se convirtió en un amasijo de blanco y negro en el suelo de la habitación, y los gemidos de Alison llenaron completamente el lugar.

Sin embargo, unos minutos después algo cambió, el ritmo que Carlos estaba imponiendo se ralentizó y la joven intentó con todos los medios a su alcance acompasarse a él sin conseguirlo. De repente el cuerpo del hombre empezó a incomodarla y sus caricias se volvieron poco delicadas, pero lo peor fue la mirada que vio en los ojos grises de Carlos y entendió que algo había cambiado y que por eso el halo sexual se estaba desvaneciendo. El joven abogado salió de ella con una buena expresión de inseguridad y Alison frunció el ceño, algo molesta.

—¿Qué es lo que pasa? ¿Por qué te detienes?

—Es mejor que te vayas.

—¿He hecho algo mal?

—No, la culpa es mía, no debí...

—No me fastidies, menuda excusa de mierda.

—Quizás no fue buena idea que entraras, realmente no quería que esto pasase. Pensé que...

—Deja de decir idioteces, ¿quieres follar o no?

—No.

—¿Me tomas el pelo? ¿Quieres que me vaya así?

—Sí, lo siento...

—Pues no lo entiendo, pero bueno, es tu habitación y tú te lo pierdes.

Alison se puso la ropa y se dirigió a la puerta no sin antes mirar al hombre desnudo que estaba sentado en la cama sin rastro ya de cualquier muestra de deseo... ¡menuda decepción!

Carlos sí entendía lo que había pasado y como un jarro de agua fría la certeza lo recorrió: en un simple momento de duda había buscado a Talía, sus consejos, sus ánimos y sus instrucciones y al no tenerla se había bloqueado. Fue bastante patético por su parte no ser valiente y avanzar y se sentía culpable por la pobre Alison, pero no creía poder darle lo que ella necesitaba. ¿Qué pasaría ahora? ¿Sería capaz de funcionar sin Talía o se estaba engañando? ¿Iba a ser así, una constante dependencia de La Dama?

Esa noche durmió mal, solo quería regresar al Jardín de las Delicias y olvidarse del mal rato,

entender qué le pasaba.

Carlos no perdió el tiempo y en cuanto aterrizó en su ciudad se dirigió al hotel. Accedió a él sin apenas hablar con nadie y subió a su habitación con la misma velocidad y, sin preocuparse de su maleta, se lanzó boca abajo sobre la cama utilizando la cabecera para meter la cabeza debajo. A los pocos minutos oyó cómo la puerta se abría y un peso distinto al suyo se sentaba a su lado.

—Ben me ha dicho que subiste como una exhalación y que parecías enfadado.

Talía se dio cuenta de que algo raro le pasaba, normalmente era de lo más cordial con todos.

—Es imposible, nunca lo voy a conseguir.

—¿Te has acostado con alguien? —Era fácil saber que el problema vendría por ahí.

—Una colega, pero decir que me acosté es decir mucho. Nada fluyó, nada funcionó, en un momento todo mi deseo desapareció.

—¿Nervios? ¿Miedo?

Carlos salió de su patético escondite.

—¿Y si solo soy capaz de hacerlo bien contigo guiándome o mirándome?

—No digas bobadas, es la primera vez que lo intentas desde que estás aquí. Lo que pasa es que no estás todavía preparado y no solo físicamente, sino y, sobre todo, mentalmente. Aún te ves débil e inseguro. Debí avisarte de que no lo intentarás, pero no pensé que en un solo día de negocios intensos tendrías una oportunidad de sexo.

—¿Entonces me dices que no le dé importancia?

—La mujer, tu colega... ¿te importa mucho? —Talía rezó para que no fuera así.

—No, y no creo que vuelva a verla.

—Pues deja de pensar, no ha sido para tanto. Conseguiremos que seas capaz de hacerlo solo, de tranquilizarte y de llegar a unos orgasmos fabulosos, pero todo a su tiempo.

—¿Estás segura?

Talía sonrió y le acarició el pelo, parecía tan desesperado y entendía su malestar y su frustración.

—Descansa, mañana nos vemos. Iré a decirle a Ben que estás bien y no le des más vueltas.

Cuando Talía abandonó la habitación, se colocó boca arriba y suspiró, igual tenía razón y no debía darle tanta importancia al asunto. Cerró los ojos, pero no tardó ni unos minutos en oír un toque en su puerta.

—Soy Ben, ¿puedo pasar?

—Entra.

Ben accedió al interior con unos frascos de lo que a Carlos le pareció aceite y unas toallas.

—Quítate la ropa y tumbate sobre estas toallas.

—¿Qué vas a hacer?

—Está claro, voy a darte un buen masaje relajante, anda, haz lo que te digo.

Carlos obedeció, el olor de los aceites ya llegaba a su nariz y realmente le apetecía relajarse.

—¿Sabes lo que haces?

—Te sorprendería lo que algunos llegan a ar por mis masajes.

Carlos dejó que colocara sobre la cama las toallas mientras se desvestía y se tumbaba como él le dijo, esperando y escuchando cómo Ben restregaba el aceite en sus manos para darles calor.

—Huelen muy bien, ¿de qué son?

—De azahar y sándalo, te aliviara de las tensiones y tienen un toque afrodisíaco.

Ben se situó a su lado e inició su faena sobre los hombros de Carlos que enseguida soltó un gemido de placer, desde luego sabía lo que hacía, volvió a cerrar los ojos y comenzó a relajarse de verdad.

—¿Qué te ha contado Talía?

—¿Por qué crees que me ha contado algo?

—Por lo del afrodisíaco y porque confía en ti.

—Pues para tu información, abogadete, no me ha dicho nada, solo que estabas algo nervioso por un error que cometiste.

Carlos sonrió ante su ligera reprimenda y dejó de hablar un rato mientras Ben seguía con su masaje. Pero no aguantó mucho tiempo así, poco a poco él también había aprendido a confiar en ese joven de rizos dorados con una madurez y empatía fuera de lo normal.

—Intenté acostarme con una colega en Zúrich y fue todo un fiasco. Llegué aquí con el rabo entre las piernas.

—Nunca mejor dicho —le contestó Ben para quitarle leña al asunto.

—¡Qué gracioso!

—Venga ya, estás aquí con algún propósito y decidiste examinarte antes de estar preparado, en esos casos lo más normal es conseguir un suspenso por imprudencia.

—Visto así.

—No seas ansioso y tómate tu tiempo, todo llegará y entonces no habrá fiascos ni arrepentimientos. ¿Puedo preguntarte el motivo real por el que estás aquí? Aunque no lo creas, La Dama nunca me lo ha dicho y Mara tampoco habla, nadie más que ellas lo saben, me gustaría saberlo y guardarte también el secreto.

Carlos no dudó, le caía bien y siempre había estado dispuesto a ayudarlo.

—Me está enseñando a follar.

Ben detuvo el masaje y lo miró con los ojos como platos y la boca abierta, no creía que fuera verdad lo que acababa de oír, pensó que era algún tipo de juego sexual entre ellos, pero no era eso lo que esperaba. Carlos asintió de nuevo y Ben no pudo más que soltar una carcajada que no podía detener y que hizo que se le saltaran las lágrimas de la risa.

—¿Eso es cierto?

—Ya ves. —Carlos también sonrió—. Pero parece que progreso adecuadamente, hace unos días conseguí que Mara se corriera. Aunque tuve ese descomunal fracaso anoche en Suiza.

—¿Por eso estás tan enfadado? —Carlos asintió.

Ben empezó de nuevo a reír, desde luego que el joven era divertido a la vez que ingenuo y eso

solo hizo que le gustara todavía más.

—De acuerdo, perdona, no quería reírme de ti.

—No pasa nada, es de risa.

—Bueno, ahora que lo sé, he de decirte que si puedo ayudarte en algo me lo pidas, igual necesitas la visión de un hombre también. Vaya tela, siempre me pregunté qué le habrías dicho a La Dama para que aceptara tu compañía. ¿Cómo se lo dijiste?

—Igual que a ti, le dije: “Quiero que me enseñes a follar”.

—Ciertamente eres único. ¿Qué te pasó para venir aquí?

—Mi novia me dejó por eso.

—¿Tu ex? ¿La que te llamó por teléfono? ¿La que ahora es tu amiga?

—Esa misma, ahora entenderás por qué Mara se molestó el día que me llamó.

—Por eso te decía que pasases de ella y tenía razón. ¿Y por eso te dejó? ¿Por problemas en la cama? —Carlos asintió—. Menuda gilipollez.

—Ya ves...

Los dos volvieron a romper en carcajadas, la situación los había superado; muy pocas cosas sorprendían ya a Ben y le agradó que esa conversación hubiera sido una, y Carlos, por su parte, había recuperado su buen humor y volvió a cerrar los ojos dejándose envolver por las manos expertas de Ben, por el aroma del sándalo y el azahar y por la tranquilidad de estar de nuevo donde le correspondía.

Carlos respiró hondo, muy cómodo, cerró los ojos.

—Ben, ¿puede ser que una humillación te condicione el comportamiento del resto de tu vida? ¿Y si no se puede superar realmente un trauma así?

Ben sonrió con desgana, no era bueno que él conociera lo que llegaba a su mente, sus propias e íntimas impresiones. Y, desde luego, que una humillación sí podía condicionar tu vida, tu futuro, tus ansias de vivir. Ben aún recordaba a ese niño que una vez fue, inocente, confiado, luego un muchacho hundido por la persona a la que admiraba, como la mayoría de los integrantes del hotel. Recordaba a la perfección a aquel muchacho que parecía tener todo por vivir, delante de su final, de la dosis letal de cocaína y heroína que acabaría, por fin, con su sufrimiento, con el dolor, con la humillación.

—Creo que sí, que todo está condicionado a eso.

Pero también recordó la mano y la sonrisa cálida de Talía arrojando esa droga lejos de él, alzándolo del fango, del abismo y enseñándole a vivir, a ser fuerte y a confiar en alguien de nuevo. Ella era mágica, especial y no tenía ninguna duda de que también lo era para Carlos y que había hecho muy bien en ir al hotel, en abrir su mente y en entender otras formas de ver y vivir la vida.

Capítulo 8

Ben entró en la habitación de Carlos llevando un lujoso traje de gala completamente negro y lo depositó con cuidado sobre la cama justo en el momento en el que él salía del baño.

—¿Ya te encuentras de mejor humor?

—Sí, solo fue un arrebato, me precipité y ahora lo entiendo, ¿y esto?

—Para la ópera de esta noche, ¿lo recuerdas?

—¿Era hoy? He llegado a tiempo, supongo que Talía ya contaba con eso.

—Toma tu uniforme.

—¿No te gustan los trajes, Benjamín?

Ben sonrió; Carlos era el único que utilizaba de vez en cuando su nombre completo, lo veía más adulto así.

—Los considero un disfraz más. Pero entiendo su necesidad.

—Bueno, yo estoy acostumbrado a llevarlos por mi trabajo.

—¿Vas a arreglarte el pelo?

—No, pensaba dejarlo secar y ya está.

—Está bien, la gomina no te favorece mucho.

—Por cierto, ¿sabes qué representan?

—*Madame Butterfly* de Puccini —le informó Ben—, siempre que para en la ciudad va a verla, es su favorita. Hacía tiempo que no lo hacía.

—¿Representar *Madame Butterfly* aquí o salir a verla?

—Salir a verla, la última fue hace varios años, yo la acompañé.

—Se nota que te importa.

—No solo me importa, si tuviera la edad sería como una madre para mí.

—¿Por qué estás aquí? —Carlos se dio cuenta de que volvía a preguntar demasiado, era su vena abogadil—. No tienes que contestar si no quieres, no es asunto mío.

—No me importa contártelo, me caes bien. —Ben se agachó sobre el traje y empezó a estirarlo—. Supongo que puedo hablarte de necesidad, de hambre, de deudas, eso es más o menos lo que nos lleva a todos a caer en este mundillo. En mi caso fue una deuda enorme de mi padre, un cabrón ludópata que no dudó en usarme para ar sus malos negocios. Acabé a merced de unos depravados que me utilizaron para saciar unos deseos algo oscuros y asquerosos que no voy a revelar, te basta saber que conocí a La Dama cuando había decidido acabar con mi vida y que ella me salvó, se encargó de mi deuda, al parecer *mis amos* le debían algún favor. Desde entonces estoy a su servicio y he llegado a sentir que por fin tengo un hogar y una familia, todos los que estamos aquí lo sentimos.

Carlos lo miró con otros ojos, era un joven muy guapo, un querubín con unos bonitos rizos

dorados, pero con una historia oscura detrás. Y allí estaba, siempre alegre como si su pasado no hubiera estado a punto de hacer que se suicidara, ¿todos tendrían una historia tan desgarradora? Era normal que si Talía los había rescatado de un lúgubre y macabro lugar, la consideraran su heroína. Admirable.

—Tuviste que pasarlo realmente mal.

—Pero es eso, pasado y entenderás que me preocupe por La Dama, por Talía, como tú la llamas. De todas formas, he de admitir que tenerte aquí parece divertirla, así que yo estoy de tu lado.

—Gracias.

Carlos vio un brillo en los ojos de Ben, unos ojos cargados de agradecimiento y amor.

—Anda, arréglate o llegarás tarde, cuando estés listo baja al hall, os pediré un coche.

A las nueve en punto Talía salió del ascensor. Un ajustado vestido negro de encaje que le alcanzaba la rodilla y unos tacones de aguja le daban un look excesivamente lujoso. El pelo recogido en una perfecta cola alta dejaba su cuello al descubierto y por unos segundos Carlos tuvo el deseo de tocarlo y besarlo.

—No saldrás mucho, pero desde luego cuando lo haces no es de cualquier manera, estás bellísima.

—Me he arreglado para eso. —Talía le guiñó un ojo y observó al perfecto caballero joven y guapo que le ofrecía su brazo—. Tú también estás increíble, pero no es momento para piropos o llegaremos tarde.

Talía le indicó que subiera en el coche y avanzaron por las calles de la ciudad. Durante el trayecto se colocó unos guantes de seda negros que le llegaban hasta el codo. Carlos la miró con curiosidad mientras lo hacía.

—¿Eso aún se lleva? ¿No es demasiado retro?

—Es eso precisamente, me encantan.

—Ya, claro...

—Y no te puedes ni imaginar lo que unos guantes como estos pueden hacer sentir al miembro desnudo de un hombre, el tacto de la seda sobre la delicada piel...

Carlos dio un respingo en el asiento y se revolvió para mirar su sonrisa pícaro y que ya sabía que sus palabras habían conseguido excitarlo.

—¿Por qué no me lo enseñas? —le dijo él acercándose a su cuello, pero ella lo detuvo.

—Esta es noche de ópera y después... si te portas bien...

—Miauuuu.

Soltó Carlos e hizo que Talía volviera a sonreír.

Llegaron al teatro. Carlos ofreció ayuda a La Dama para salir del coche, admirando sus preciosas piernas calzadas con esos tacones de infarto y comportándose como un perfecto caballero. Accedieron al interior deslumbrados por la intensa luz de varias antiguas lámparas de araña del hall hasta que una joven los condujo a sus asientos privados en uno de los palcos

individuales que Talía había reservado, solo estarían los dos. Carlos cogió uno de los libretos y empezó a ojearlo.

—¿Te gusta Puccini? —Se interesó Talía.

—No es que me apasione la música clásica, pero he asistido a conciertos y a otras óperas. Emma era una adicta a Mahler.

—¿Conoces la obra de esta noche? —le preguntó Talía.

—No la he visto representada, pero sé que es la historia de un soldado americano y una geisha que no acaba muy bien.

—Es más complicado, por lo menos según lo veo yo. Trata sobre el amor, la confianza, la traición, la humillación y el honor. Madame Butterfly se enamora de un hombre por el que abandona su vida, sus creencias, sus raíces y a cambio solo quiere su amor, pero él la abandona sin ningún remordimiento con un montón de promesas que no cumplirá. Aun así, ella confía en él hasta el extremo y cuando se da cuenta de que todo ha sido una mentira y de que está sola, decide poner fin a su vida al estilo samurái manteniendo su honor que era lo único que le quedaba. Es la historia de una mujer decidida y fuerte enfrentándose al mundo por amor y a la que como siempre ocurre, el mundo y el hombre engullen sin piedad.

—Quizás hizo mal en confiar en el hombre equivocado —afirmó Carlos.

—Cuando te enamoras eres vulnerable, no ves más allá de su perfección y suelen aprovecharlo.

—Los hombres no son siempre los culpables o crees que a mí me molestaría que mi exnovia hubiera metido la pata con su nuevo amor, ojalá sea un capullo y se arrepienta. —Carlos soltó la frase sin pensar y ambos se miraron a los ojos intensamente, en su interior cada uno tenía sus motivos y veían las cosas de una manera.

—Deberías dejar de enfadarte del trato que te dio tu ex, ya ha pasado un año o ¿es que ahora has vuelto a pensar en ella?

Carlos hizo un gesto de negación, las cosas habían cambiado desde entonces, desde que la imbécil de Silvia lo había humillado. Si estaba allí era por una decisión de superación personal para su futuro y en ese futuro no estaba recuperar a Emma, su tren ya había pasado. Justo en ese momento se aaron las luces y empezó la música que desvió la atención del tema, pero Talía ya había visto la verdad en sus ojos grises y sonrió, a él ya no le importaba su pasado, estaba casi olvidado, el comentario fue simplemente una aclaración con un cierto grado de arrebatado masculino. Y, por una vez en su vida, pensó que igual no todos los hombres eran iguales, que quizás en él sí se podía confiar.

La ópera comenzó y la ceremonia matrimonial entre el marinero Pinkerton y Cio-Cio San estaba a punto de celebrarse al ritmo de la música del gran Puccini; la tragedia estaba servida.

—Deja ya de mirarme los guantes —le dijo Talía casi susurrando—, te perderás el final de la ópera.

—El suicidio es algo triste, prefiero las alegrías. —Carlos se acercó más a ella haciéndole

sentir sus ansias, pero ella lo retiró con decisión.

—¿Quieres que saque la fusta? —Carlos la miró con cara de pánico.

—Venga ya, no la has traído. —Ella sonrió.

—No, no la he traído, pero quiero que sepas que aquí no va a pasar nada, respeto mucho la ópera. Además, te dije que te portaras bien.

—Lo haré si me prometes que no vas a quitarte esos guantes en el hotel.

Talía volvió la vista al escenario con una leve mueca de satisfacción en los labios, y Carlos entendió que esa noche iba a resultar interesante.

Subieron a la habitación como dos amantes deseosos de tocarse, de sentirse, de complementarse. Al llegar a la cama poco quedaba de los trajes de gala que vestían para la ópera, solo los guantes de seda, como le había prometido ella, se mantenían entre sus cuerpos desnudos. Carlos la tumbó sobre las sábanas con la decisión de tomar el control, pero enseguida ella le dio la vuelta a la tortilla y se situó sobre él.

—Esta noche nada de enseñanzas, ni de castigos y como has visto me he portado bien —dijo él.

Carlos vio cómo Talía asentía y se inclinaba sobre sus pezones para jugar con ellos sin piedad, esa velada iba a ser puro placer para él y desde luego lo iba a disfrutar. Ella hacía mucho que no se dejaba envolver por el embrujo de un hombre, pero esa noche estaba sensible, la ópera, la compañía, el ambiente idílico, todo estaba preparado para el amor.

Talía deslizó su mano enguantada a lo largo de su pecho hasta el inicio de su vello púbico y Carlos no pudo hacer nada más que intentar seguir sus movimientos con sus caderas. Ella lo observó morderse el labio inferior y cerrar los ojos cuando acarició con destreza toda la longitud de su miembro que ya pedía a gritos su atención y que se estremeció ante el contraste de temperatura de la seda. Desde ese momento todo se convirtió en una delicia, en una burbuja de placer intenso que lo mantuvo como en un sueño húmedo e irreal, su sometimiento a ella era total y no le importó porque consiguió hacerlo gozar como nunca nadie lo había hecho. Las dos veces que él se corrió en sus manos no desmerecieron la última de ellas con Talía sobre él como una de esas diosas antiguas que aparecían por la noche a robarles la esencia a los hombres sin que a ellos les importara: benditos súcubos. Carlos sonrió con los últimos espasmos, esa mujer se había convertido en su mundo, no había vida más allá para él y decidió no preocuparse por nada más, ya todo le era ajeno, ya no existían sus estúpidos problemas, ¿alguna vez los había tenido? ¿Alguna vez le habían importado de verdad? Ella era su mundo y más en esa situación, ¿qué pasaría cuando todo acabase? Bueno, ya habría tiempo para preocuparse por eso...

Capítulo 9

Talía esperaba a Carlos sentada en su diván de cuero preferido mientras él terminaba de acomodarse la túnica color crema de esa noche. La idea era pasar la velada abajo, en el salón principal y entre los propios clientes del hotel, vivir la experiencia desde dentro, aunque Carlos parecía algo reticente.

—¿En serio crees que es una buena idea? —le decía él ajustándose la corona de laurel que llevaba.

—Estás más que preparado para descubrir ese mundo.

—No sé si quiero hacerlo, además, ¿cuánto llevas tú sin ejercer?

—Mucho tiempo, pero hoy haré una excepción contigo. —Ella lo vio fruncir el ceño, al parecer aún tenía ciertos prejuicios—. No te debes preocupar, será algo íntimo, solo nosotros dos si es lo que quieres. Nos limitaremos a ocupar un lugar en el salón y a evadirnos de lo que nos rodea, es más fácil de lo que te imaginas.

—Sí, tan fácil que otros nos podrán ver.

—La discreción es la base de mi negocio, todos lo saben y podemos correr las cortinas.

—¿Hay cortinas? Nunca las he visto.

—Porque normalmente no se utilizan, pero dado el caso hay posibilidad de soltarlas y dar mayor intimidad, sobre todo en casos en los que los clientes no quieren hacer uso de las habitaciones.

—Pues entonces con cortinas.

Talía sonrió y le hizo un gesto de afirmación, aunque sabía que cuando él estuviera bajo su control no se daría cuenta de lo pasaba en su entorno. Los allí congregados se centraban en sus propios deseos y en eso fijaban su atención, sin embargo, Carlos era más curioso que el resto y eso daba pie a que pensara que la mayoría serían como él, sin contar con que las veces que había bajado con ella al salón era solo para observar, no para disfrutarlo.

La Dama avanzó por el pasillo como una reina en su reino, despertando la admiración de los que gozaban en sus dominios; muy pocos eran los que habían tenido el honor de ver en persona a la mujer y se sintieron afortunados de poder contar con su presencia. Ella condujo a Carlos hasta la parte más alejada de la sala y lo hizo entrar a través de unas cortinas de un tul más grueso de lo normal, pero no completamente opaco, aunque con eso bastaría; el hueco que había elegido estaba cubierto por alfombras de pieles y coloridos almohadones que los recibieron encantados. Carlos se tumbó y dejó que Talía se echara sobre él y despacio introdujera la mano por debajo de su túnica acariciando su muslo hasta su entrepierna y activando su deseo. El joven buscó su boca, saboreó su lengua con sumo placer y la atrapó entre sus brazos desnudándola con ahínco y dejando solo su precioso y sensual cuerpo cubierto por un delgadísimo tanga y una cinta dorada que

recorría su cintura y se anudaba a sus muslos; era su diosa, su musa en el sexo y ya no recordaba a ninguna otra mujer que hubiera pasado por su lecho antes de ella, ¿realmente había disfrutado del sexo antes?

—Esta noche es para que te relajes y disfrutes tú.

Talía recorrió con la lengua su cuello y su pecho despertando suaves escalofríos a lo largo de su cuerpo.

—Soy tu esclavo —le dijo él guiñándole un ojo y animándola a seguir.

Justo en ese instante, la cortina dejó pasar a un hombre que iba acompañado por una mujer.

—¿Podemos unirnos? —les preguntó el hombre sin dejar de mirar a Carlos.

Talía sonrió y observó a Carlos que mantenía la mirada del hombre vestido de romano.

—¿Qué os interesa de lo que habéis visto? —les preguntó Talía, debía dejar claras sus intenciones, aunque no era difícil entender quién era el objeto de deseo del hombre.

—Él —contestó el recién llegado sin tapujos.

Carlos dio un respingo, no se esperaba que alguien tuviera ganas de liarse con él y menos otro hombre, miró a Talía y negó.

—Lo lamento, pero esto es una fiesta privada.

—Más lo sentimos nosotros.

—Seguro que encontrareis por ahí alguien que os guste.

La pareja sonrió y con un movimiento de cabeza se despidieron y se marcharon a buscar otros entretenimientos.

—¿En serio ibas a dejarlos participar? —le preguntó Carlos con el ceño fruncido—. Me considero bastante liberal, pero por esto no paso.

—No te pongas digno, fue una broma. Además, la decisión era tuya. Aunque el romano era atractivo y parecía muy interesado. ¿No te gustaba?

Talía sonrió ante la cara de enfado y desgana de Carlos, por supuesto que no los hubiera invitado a entrar, solo quiso tomarle el pelo y parece que lo consiguió, pero Carlos debía relajarse y mezclarse con todo lo de allí.

Ben había estado vigilando los movimientos alrededor de la estancia privada de La Dama y estaba preparado para interferir si se diera el caso y si esa pareja que había invadido su privacidad tardaba más de dos minutos en salir. Pero no hizo falta, los vio abandonarla rápidamente. Sin dudarle entró a ver qué había sucedido y al atravesar la cortina vio a Talía besando a Carlos. Carraspeó para hacerse notar. La Dama abandonó su presa.

—Ya veo que estáis bien, he visto a esa pareja entrar y pensé que necesitaríais algo.

—Todo está perfecto, el hombre quería acostarse con Carlos —le informó ella sonriendo.

—Menudo plan sexual —afirmó Carlos.

—¿Nunca has estado con un hombre? ¿Ni siquiera por curiosidad? —le preguntó Ben.

Carlos negó, su mundo sexual se había limitado a Emma desde que recordaba, algún rollo antes de ella, pero nada más y menos con otro tío.

—¿Por qué no te quedas? —le ofreció Talía; era momento de abrir otros horizontes, de que conociera otro tipo de placer. Con la otra pareja no quiso, pero con Ben había confianza.

Ben abrió mucho los ojos, sorprendido, y miró a Carlos, esperaba que se molestara y que pusiera el grito en el cielo, pero extrañamente se mantuvo callado, observándolo, y por un momento Ben se perdió en su profundo iris peltre deseando que aceptara y así fue. Carlos no sintió el rechazo visceral que lo había agitado al oír la sugerencia del hombre anterior, Ben era distinto, Ben era Ben y en cierto modo su cuerpo reaccionó con una ligera excitación ante la escena que acudió a su mente, ante lo que el joven querubín pudiera hacerle. Talía notó el cambio en él y le indicó a Ben que se aproximara. Carlos sonrió, las cosas habían cambiado y mucho, ¿por qué no le molestaba que Ben empezara a tocar su cuerpo y sí el intrusismo de la pareja anterior? ¿Talía tendría algo que ver? ¿Realmente llegaba a tal extremo su dependencia de ella que aceptaba cualquier cosa que le propusiera? Pero hasta esa noche siempre había disfrutado con todo lo que ella le enseñaba y le descubría, así que decidió relajarse y confiar en ella de nuevo y en Ben.

El joven se entregó por completo, no había entrado con esas intenciones, pero la situación lo excitó como nunca antes le había pasado, no recordaba la última vez que había deseado de verdad tocar así a otro hombre, incluso creía que nunca le había pasado, que su trato en ese sentido con otros había sido siempre repulsivo y allí estaba, buscando sentirlo. Carlos se dejó hacer, estaba llegando a un nivel de excitación hasta preocupante, esa noche era para su deleite o eso le había dicho La Dama que se situó detrás de él dejando que su espalda descansara sobre sus turgentes pechos y su cabeza en el hueco de su cuello mientras ella le susurraba al oído y acariciaba su mentón.

—Ben hace maravillas con las manos y la boca, es el mejor del hotel.

—No le digas eso. —Ben fingió enfadarse—. ¿Qué va a pensar de mí, verdad, Carlos?

—Eh, qué... ¿En serio creéis que en estos momentos me importan las buenas o malas felaciones de Ben?

El joven abandonó su cuerpo y empezó a reír, cada día entendía mejor por qué Talía se había prestado a ayudarlo, era tan inocente en ciertos aspectos.

—Entonces supongo que voy a tener que mostrártelo.

Dicho esto, Ben se colocó en su entrepierna y empezó a torturarlo con las manos, abarcando la totalidad de su miembro sin ninguna piedad. La sabia fricción y el continuo y acompasado movimiento hicieron que los gemidos de Carlos subieran de intensidad y que empezara a agitar sus caderas intentando no perder ni un segundo de placer, ya no le preocupaba la gente que pudiera haber a su alrededor, él estaba sumergido en su mundo de sensaciones.

Talía continuaba a su espalda buscando dejar su marca sobre su pecho, deleitándose con el tacto de sus músculos y dando pequeños tirones de vez en cuando a sus pezones.

—Eres como un joven griego despertando al placer, me encanta tenerte así, a mi merced. Siente, aprende, goza.

Carlos se estremecía con cada palabra que Talía le decía y se sumergía en esas sensaciones. Pero fue Ben el que lo hizo gritar cuando cambió sus manos por su boca y empezó a succionar con ímpetu, podía notar cómo entraba completamente en su cálida y húmeda boca, cómo jugueteaba con su lengua y sus dientes con su glánde, torturándolo y cómo sus pocas defensas caían mientras aferraba del pelo al joven querubín y se corría. Sin embargo, Ben no se retiró de él y lo sorprendió degustando su espeso líquido con una sonrisa.

—Esto no ha acabado aún —le dijo limpiando la comisura de sus labios lo que hizo que Carlos echara la cabeza hacia atrás buscando descansar.

Enseguida volvió a estimularlo esperando que no estuviera extremadamente cansado y al poco notó cómo el miembro de Carlos respondía a sus atenciones de maravilla y sin preguntar ni dudar se colocó sobre él dejando que su pene se introdujera despacio en su interior. Justo en el momento en que Ben caía sobre él, Talía lo aferró de la cara y le dio un intenso beso que lo desarmó y su aroma a mujer, el olor a fluidos íntimos y los movimientos sexuales de Ben lo destruyeron por completo y sus gritos de placer se mezclaron con los del joven que se mecía sobre él como si fueran uno solo.

Esa noche la pasaron los tres entre almohadones de colores, ajenos al mundo, gozando de su trío recién descubierto e ignorantes a las idas de los clientes que poco a poco se habían marchado de su templo. Su despertar siguió la tónica general de la noche anterior y una muy experta mamada de Ben lo despertó, el día prometía ser interesante y sus preocupaciones sexuales cada vez estaban más lejanas y no dudaba de que pronto desaparecieran para siempre.

Poco a poco se fueron aficionando a bajar al gran salón, a mezclarse con su ambiente y a dejarse hacer, a disfrutar. Cada vez había más confianza entre los dos y cada vez ella se divertía más, esa noche tenía planes.

Desde la barandilla floreada del piso de arriba se veía el salón, Carlos llevaba un tiempo dándose cuenta de que a Talía le gustaba echar un vistazo desde ese nivel a lo que ocurría en su hotel. Normalmente, después de eso, decidía si bajar o no y normalmente, desde que él estaba allí, había recuperado las ganas de involucrarse que antes ya no tenía. Habían descendido dos o tres veces y, esa noche, el ambiente era tan relajado que ella quería tumbarse entre los mullidos cojines y alfombras de colores junto a él.

Carlos llegó a su lado y terminó de ajustarse el hombro de la túnica dorada.

—¿Vamos?

Pero algo en el semblante de la mujer había variado. Mantenía el ceño fruncido y los labios parecían temblarle. Inconscientemente dio un paso atrás, refugiándose en el amplio pasillo y dio media vuelta sin ninguna explicación.

—No, esta noche no me apetece.

—Pero...

—No me encuentro bien, estoy algo mareada.

Carlos frunció el ceño y la miró con más calma, sí parecía que se sentía mal, su cara estaba

casi blanca. La sujetó del brazo dispuesto a ayudarla, pero ella lo rechazó, emprendiendo el camino hacia su habitación.

—¿Quieres que vaya contigo?

—No, descanso mejor sola.

Carlos la vio cerrar su puerta con rapidez e incluso, cuando él entró a la suya, la escuchó cerrar el pestillo de la puerta que unía ambas habitaciones. No quiso insistir más, no era tan raro que de vez en cuando se sintiera indispuesta, ya hablarían al día siguiente. No pensó más en el asunto, se metió en la cama y empezó a entrarle el sueño con la música de debajo de fondo, por variar, esa noche dormiría más.

Talía hizo lo mismo, la cama la recibió gustosa, pero ella no podía conciliar el sueño. Un temblor la recorría, un temblor que incluso parecía azotar la habitación, algo que amenazaba su vida de nuevo. ¿Cómo era posible?, ¿cuántos años habían pasado ya? Él la creía muerta, pero entonces, ¿qué hacía en su hotel? Debía calmarse, posiblemente ni siquiera sabía que era suyo. Sin embargo, había llegado en el peor momento, cuando la vida empezaba a ser interesante con Carlos allí. No podía esperar más y cogió el móvil, para marcar un número que hacía años que no marcaba. Al cabo de dos intentos, una voz ronca y somnolienta le contestó.

—Víctor, soy yo.

—¿Estás bien? ¿Ocurre algo?

—He visto a Alfredo.

—¿Ha ido a por ti? No puede ser. No sabe...

—Entonces es verdad, no ha sido un mal sueño. Ya ha salido de la cárcel.

—Han pasado doce años, no podemos hacer nada más.

—¿Debo tener miedo?

—No, cree que estás muerta. Habrá sido una casualidad, ¿te ha visto? ¿Hace falta que te cambiemos de identidad otra vez?

—Me parece que no, no me ha visto, esperaré. Si veo algo extraño te vuelvo a llamar.

—Por supuesto, te protegimos una vez y podemos volver a hacerlo.

—Gracias, Víctor.

Colgó el teléfono algo más tranquila. Alfredo era peligroso, si hubiera sabido que ese era su hotel, ya estaría muerta. Confiaría en que solo buscaba lo que todos sus clientes: sexo, lujuria y diversión.

El sistema de Protección de Testigos le había servido para sobrevivir y para convertirse en lo que era, pero el trauma que supuso su infancia y juventud era algo que no iba a olvidar. La humillación, la tortura tanto mental como física a la que la había sometido ese hombre era algo que llevaba a fuego en su cuerpo y en su alma, la última paliza fue definitiva, para él estaba muerta y ella ya no tenía nada que perder: o moría o la mataban, no había más opciones. Cuando ese inspector llegó al hospital y le ofreció incluirla en la protección si testificaba en contra de Alfredo, no lo dudó, ya estaba muerta, pero él caería con ella. Y ya habían pasado doce años. Y la

sombra volvía a aparecer en su vida. Y no iba a dejar que la consumiera de nuevo. Esa niña ingenua e inocente murió después de aquella paliza.

Sin embargo, las imágenes volvieron en sus sueños, en sus pesadillas. La mirada fría de Alfredo y su rictus de prepotencia mientras observaba cómo dos de sus hombres la violaban con brutalidad, cómo se turnaban para hundirla en un abismo. ¿Dónde estaba aquel hombre en el que había confiado? ¿Cuándo se había convertido en un traficante de mujeres y ella era su mayor trofeo? ¿Cuándo decidió que ya no era solo suya y la entregó para satisfacer los instintos más bajos de hombres crueles que aban grandes cantidades para torturarla y poseerla hasta la extenuación? Aquella última vez, después de los golpes y las brutales embestidas, dejó de sentir, supo que se acercaba la muerte e incluso la abrazó con alegría, ya terminaba el dolor. Y sus palabras, que acabaron con todo: “Dejadla aquí y borrar huellas, no vamos a cargar con un cadáver”. Eso era lo que quedaba de ella, un fardo inerte que ya no se podía aprovechar. ¿En qué momento aquella niña que fue se dejó envolver por ese hombre, por su carisma y por su fingido amor? Las cadenas con las que la ataba durante el día en aquella pequeña y oscura habitación empezaron a pesarle, a ahogarla, a hundirla y gritó, gritó como nunca había gritado, intentando huir de esa pesadilla, de esos recuerdos y sin poder conseguirlo.

Carlos oyó el grito, un sonido desgarrador que lo despertó de su sueño y que lo puso en alerta. Talía gritaba, posiblemente en sueños y no lo dudó, corrió hacia su habitación, ni siquiera lo detuvo el pequeño pestillo que los separaba, lo tiró abajo en dos empujones. Talía se removía en sueños, sudando, temblando y él solo pudo acercarse y abrazarla, despertándola con suaves caricias y palabras. Ella abrió los ojos despacio, asustada, sin saber a quién tenía a su lado y a la defensiva. Estiró la mano y lo arañó en la mejilla, pero Carlos no se separó de ella. Talía empezó a calmarse al enfocar sus ojos grises y sentir su aroma: estaba en su cama y con Carlos rodeándola con sus fuertes brazos. Se aferró a él, hundiéndose en su cuello, refugiándose, y dejó salir las lágrimas.

—Has tenido una pesadilla —le dijo mientras le acariciaba el pelo.

—Gracias.

Talía respiró hondo y se dejó tranquilizar, hacía mucho tiempo que no confiaba así en un hombre, pero no quiso darle más vueltas. Él la consolaba por lo que creía un mal sueño, no sospechaba siquiera que había sido una realidad y nunca lo sabría, su mundo no iba a enturbiarse con los negros fondos del de ella.

Al día siguiente todo estaba como si no hubiera pasado nada, ella se encontraba mejor y desayunaron con los demás. Las explicaciones de La Dama eran adecuadas, pronto convenció a Ben de que la noche anterior no bajaron porque estaba indispuesta y él no preguntó más, nadie lo hizo y Carlos tampoco, pero no olvidaba el grito desgarrador que había salido de sus pesadillas. Le gustó estar allí para ella y que supiera que podía contar con él, pero ella volvía constantemente a su rol de maestra, sin involucrarse más. Y era lo mejor, nada de apegos, ese no era el mundo de Carlos, él pertenecía a la luz y todos ellos a la oscuridad. Y debía volver a su mundo cuanto antes.

Capítulo 10

La Dama observaba a Carlos mientras, en tiempo récord, había conseguido que Mara se corriera dos veces y todavía no había penetrado en su cuerpo. La tenía sudando y agitada, a su merced, y sonrió, poco más podía enseñarle, aunque era cierto que Mara era una presa fácil por su debilidad por él. Sin hacer ruido se levantó del diván y salió de la habitación justo en el momento que él penetraba en Mara; su salida no pasó desapercibida a Carlos, pero se mantuvo en su sitio, ya no era necesario que Talía lo vigilara constantemente, ese miedo había desaparecido.

Talía recordó los días en los que tuvo que acostumbrarse, poco a poco, a dejarlo solo. Las veladas en las que, como en esa, ella lo dejaba sigilosamente; recordó las primeras veces en las que paraba lo que estaba haciendo y la llamaba, su sonrisa y presencia desde el umbral y que iba dejando de ser necesaria. Ya no tenía dudas, él estaba curado y era cuestión de días que su aprendizaje se diera por terminado. Desde aquella noche con Ben todo fue mucho más relajado y él perdió el miedo que lo había marcado en su pasado y en esa fatídica velada en Suiza; todos los problemas se diluían como el azúcar en el agua, hasta desaparecer.

Talía escuchó el grito de Mara desde su habitación y le indicó que ya habían terminado y unos minutos después apareció Carlos y se sentó con ella en el sillón.

—Esto cada vez se me da mejor, Mara está descansando —dijo él casi lanzándose en el hueco que había a su lado con una sonrisa de autosuficiencia.

—Ya no puedo enseñarte nada más, vas a ser un rompe corazones.

Carlos rio ante su comentario, pero ella tenía razón, poco más le quedaba por aprender.

—Supongo que entonces nuestro trato ha terminado.

—Queda una sola cosa más, ratoncillo, un último ejercicio.

Carlos extrañaría que alguien lo llamara así, al final se había acostumbrado.

—¿Cuál?

—Uno en el que yo no estaré en ningún momento.

—¿Cuándo?

—Mañana, en la sala negra, la reservaré para ti.

—¿Y si lo supero?

—Será tiempo de que regreses a tu mundo.

Carlos asintió, las despedidas serían para después.

—¿Debo preparar algo especial?

—Solo descansa, del resto me ocupo yo.

Él obedeció y se marchó a su habitación, pero antes la obsequió con un suave beso en la mejilla que la hizo estremecerse; eran sensaciones que ya no podía controlar. Hacía mucho que ella sentía que su relación era distinta, hacía días que tenía que apretar los dientes cuando lo

dejaba con otra, pero entendía cuál era su función y ante todo era su maestra, por su parte nada iría más allá. Sin embargo, esos malditos besos inocentes que él le daba en la mejilla eran tan potentes para ella que acababa deseando cambiar las cosas. Talía sonrió, con la cantidad de cosas que le había enseñado para volver loca a una mujer, y a ella lo que más la atontaban eran esos castos besos. En el fondo lo mejor era acabar cuanto antes y alejarlo de su vida de manera que solo su grato recuerdo apaciguara sus noches en soledad. ¿Soledad? Eso era lo que siempre había deseado y ahora era lo que más temía, pero hacía años que había aprendido a convivir con ella, a que esa soledad fuera su mejor amiga, su compañera y desde que ese hombre llegó a su hotel esa soledad solo era perfecta cuando su silencio se mezclaba con el sonido de su cándida risa y con sus dulces gemidos. No obstante, su decisión estaba tomada y en su futuro no estaba él. Aun así, no podía evitar soñar despierta e imaginarse en una casita cerca del mar con su amado, con unos hijos... Agitó la cabeza para que esa imagen abandonara su mente: ese mundo no era para ella.

Cuando Carlos regresó a su habitación a descansar junto a Mara, Talía se dirigió al gran salón, era el momento de prepararlo todo para el definitivo final.

Carlos accedió a la sala negra y se sorprendió por lo que encontró. Había imaginado lo que vería allí dentro, nunca había entrado, había rincones del grandioso hotel que no conocía. En esa sala, las paredes estaban cubiertas de espejos, incluso la puerta por la que accedió era uno por dentro, fue como traspasar a otra dimensión y en el centro una gigantesca cama redonda con sábanas de seda negra; la única luz que llegaba procedía de unos fluorescentes disimulados en la parte alta de las paredes que envolvían toda la habitación y que dejaban ver un techo negro con diminutos puntos de luz semejanado un cielo estrellado. Y allí sobre la cama estaban dos de las chicas: Micaela y Andrea completamente desnudas. Carlos nunca había estado con ellas, no sabía cómo complacerlas. Hasta ese día se había vuelto cómodo yacer con Talía, con Mara o incluso con Ben, pero el reto final era complacer a dos mujeres a las que no conocía íntimamente y lo consideró la prueba de fuego.

Se despojó de su ropa y se acercó con decisión a ellas que lo esperaban con una sonrisa e inició su prueba colocándose entre las dos. Lo primero que hizo fue tantearlas. Micaela recibió sus besos en el cuello y dejó que él jugara con los lóbulos de su oreja haciéndola gemir, entenderla fue sencillo, a ella parecían gustarle las caricias suaves y los contactos tiernos. Cuando dejó de jugar con su cuello se giró hacia Andy para hacer lo mismo, pero ella en cambio lo tomó de la cara con las dos manos y le dio un profundo beso jugueteando con su lengua, el ansia de Andy le hizo decidirse por ella primero. Enseguida la tumbó y mordisqueó sus pechos sin piedad haciendo que ella lo aferrara del cabello y empezara a empujarlo hasta posicionarlo entre sus piernas como si tuviera prisa por sentirlo y no se equivocó, un minuto después de estar lamiendo su clítoris ella se incorporó y se colocó de espaldas, exigiendo su penetración y colocándole un condón extra lubricado.

—¿Por detrás? —Se extrañó Carlos, eso no lo esperaba. La única penetración anal que había llevado a cabo fue con Ben y el joven hizo todo el trabajo, pero al parecer era lo que Andy

deseaba.

Micaela se sumó al baile y empezó a besar a Carlos mientras él se situaba a la espalda de Andy y empujaba en su interior, entrando de forma suave y bastante sencilla e iniciando un movimiento cada vez más intenso mientras la propia Andy le pedía más fuerza entre gritos de placer. Carlos empezó a controlar la situación a la perfección y decidió no dejar a Micaela al margen, la acercó a él para besarla y la tumbó con las piernas abiertas para utilizar sus dedos y penetrarla con ímpetu, si tenía dos mujeres las complacería a las dos.

Carlos se dejó llevar, las sensaciones del apretado culo de Andy a su alrededor y la humedad que sentía en los dedos con los que hacía gozar a Micaela lo estaban llevando al límite, pero consiguió aguantar y con la mano que le quedaba libre introdujo dos largos dedos en la vagina de Andy, iba a llevarla al orgasmo de forma inmediata y eso fue lo que ocurrió porque unos minutos después notó las convulsiones musculares de la joven y el grito de sumo placer que lanzó hasta quedar relajada y boca abajo sobre la cama. En ese preciso instante Micaela reclamó toda su atención y quitándole el condón lo rodeó con las piernas facilitando su penetración y se abrazó a él arañando su espalda y sus nalgas mientras él le hacía sentir toda su plenitud.

Carlos se sentó con las piernas cruzadas sobre la cama esperando que las chicas recobraran el aliento y observando sus expresiones de satisfacción mientras lo miraban casi languidecidas. Andy fue la primera en alargar la mano y agarrar su miembro que seguía erecto, era el único de la habitación que todavía no se había relajado y deseaba hacerlo, ya había aguantado a la perfección. La joven se situó frente a él e introdujo su pene en la boca sorbiendo con devoción, dándole su merecido premio, utilizando la profundidad de su boca para acariciarlo totalmente. Pero no contenta con eso se aproximó mucho más y la tomó entre sus pechos para masturbarlo con ellos toqueteando su glande con la lengua a la vez y ejerciendo tal presión que en pocos minutos Carlos dejó escapar su esencia sobre esos mismos senos que lo habían llevado al éxtasis. Justo después los tres se tumbaron sobre la negra cama y observaron el techo estrellado antes de que un ligero sueño de placer los envolviera. Estaba hecho, la prueba final había resultado un éxito, todo había terminado.

Talía vigiló la tórrida escena desde una estancia al lado de la habitación negra, mirando sin ser vista a través de uno de los espejos. Carlos había resuelto a la perfección el acto sexual, había sabido diferenciar lo que cada una de ellas necesitaba, se había dado cuenta inmediatamente de que Micaela era una romántica y de que a Andy le iba más el sexo duro y, durante más de una hora, había sido capaz de satisfacerlas a las dos con maestría, ya no tenía nada que enseñarle. Salió de la habitación y se dirigió a la suya a descansar, el día y la noche siguiente sería la última que él pasaría allí, que disfrutaría del hotel y de su compañía, ya lo tenía decidido. Aun así, quería quedarse con un buen recuerdo, sentirlo plenamente y gozar por última vez con él antes de sacarlo de su vida para siempre, antes de que ambos regresaran a sus respectivas vidas, antes de su despedida final y de su separación definitiva.

Capítulo 11

Carlos entró en la habitación negra de nuevo, pero con un propósito muy distinto, Talía lo había convocado allí y se imaginaba para qué. Estaba nervioso como un chiquillo, como si no supiera qué hacer, como si todo lo aprendido hasta entonces no sirviera para ese momento. En ese instante se encontraba solo allí y se tumbó sobre las sábanas negras a esperar, sin embargo, no pasó mucho tiempo solo. Talía se acercó lentamente a él, le gustaba hacerse desear y se sentó a horcajadas sobre sus piernas aún con la ropa interior de encaje rojo puesta y le dio un beso en la boca.

—Talía, yo...

Pero ella le puso un dedo sobre los labios y lo obligó a callar. Esa noche sobraban las conversaciones, las enseñanzas y las palabras de amor y promesas que no se cumplirían, solo estaban ellos y sus cuerpos, no necesitaban otro lenguaje para entenderse.

La Dama lo había visto complacer a dos de sus chicas a la vez, pero esa velada era solo para ellos, era su despedida. Las manos de Carlos acariciaron cada rincón de su cuerpo y su boca lo recorrió, nunca se saciaba de ella, sus ansias crecían con cada gesto y, en cuanto ella empezó el asalto a su miembro, este estalló. El joven se dejó caer algo frustrado sobre la cama, era capaz de permanecer bastante tiempo erecto, el día anterior lo había demostrado, pero con ella era distinto, ella controlaba todo su cuerpo y sus defensas caían ante sus caricias como muros de cristal ante una piedra. Sin embargo, Talía sonrió, en el fondo le gustaba que fuera con ella con quien sintiera tanto y era normal que hubiera pasado tan pronto, ya que llevaban unos días sin estar realmente juntos. Por suerte lo conocía y sabía que no tardaría en estar listo de nuevo. Carlos respiró su aroma embaucador y la observó mientras desabrochaba su exquisito sujetador y se deshacía de sus braguitas, contoneándose sobre él y haciendo que de nuevo sus ansias crecieran. Esa vez ella no esperó, tenía muchas ganas de sentirlo y se subió sobre él, introduciéndolo en su interior y suspirando al sentirlo, iniciando un movimiento con sus caderas, sin embargo, Carlos la quería debajo y por primera vez tomó la iniciativa y se colocó sobre ella sin salir de su interior. Ella se sometió y poco a poco fue sintiendo cómo iban tensándose sus músculos y todo su cuerpo respondía a las embestidas de Carlos, sintió cómo poco a poco el placer iba apoderándose de ella, de su ser y de su alma. Se aferró a él y dejó que todas sus preocupaciones, todas sus ansias y todos sus traumas abandonaran su mundo y se dejó llevar, unos minutos de sensaciones no la matarían y por primera vez en años dejó que todo su ser volviera a sentir lo que era el placer con letras mayúsculas y con un fuerte grito llegó a un potentísimo orgasmo que acabó con sus defensas y sus barreras mentales. Unos segundos después notó las suaves convulsiones de Carlos y, cuando él hundió su cara en su cuello con un suspiro, ella sonrió, ya no tenía nada más que enseñarle y supo que esa noche era su última noche con él, que al día siguiente lo sacaría de su vida, de su

mundo porque era un lugar al que no pertenecía.

Carlos remoloneaba entre los recovecos del cuerpo de la mujer, recreándose en su tacto, en su aroma, en su mutuo placer, pensando en un futuro a su lado.

—Talía...

—Mañana te irás. Volverás a tu vida.

—He estado pensando en eso y quiero volver a verte.

Talía se levantó de la cama y lo enfrentó.

—¿Verme para qué?

—Para estar juntos.

—¿Buscas ser mi cliente?

Carlos se dio cuenta de su error.

—No, solo quiero estar contigo de vez en cuando, eres importante para mí, mucho. Y luego con el tiempo podríamos...

Talía se relajó, las intenciones de Carlos eran honestas, pero ella no quería involucrarse más, ya lo amaba lo suficiente, sin embargo, sería en la distancia.

—Es mejor que no volvamos a vernos.

—No entiendo por qué, podría venir y...

—Lo siento, pero no quiero verte más.

—¿Por qué?

—Me pediste que te enseñara a follar y he cumplido mi trato, no hay nada más que nos una, cumple tú tu parte y márchate cuando yo te lo pida, es lo que me aseguraste que harías. Ahora disfruta de lo aprendido en el exterior, aprovéchalo y vive.

Carlos la miró con la boca abierta, ¿cómo podía decirle algo así después de la noche mágica que acababan de compartir, después de la entrega total, después de que le demostrara que él era algo especial? No debería ser tan difícil.

—Talía, yo te amo. —«Si él se lo decía, si ella no tenía dudas...».

Pero La Dama frunció el ceño, salió de la cama, se colocó su bata de seda y se dispuso a marcharse.

—Mañana a primera hora quiero que estés fuera del hotel, si necesitas algo Ben te ayudará. Ha sido un placer estar contigo, pero nuestro juego ya ha terminado, ratoncillo.

Abandonó la habitación y se refugió en la suya, no quería que Carlos la viera llorar, sin embargo, ya hacía tiempo que había tomado esa decisión, nunca lo arrastraría a su mundo, nunca aararía su luz, con unas semanas había sido más que suficiente. Ella no tenía ninguna duda de que él acabaría olvidándola en cuanto regresara a sus rutinas, a su trabajo, a su casa e incluso podría arreglarlo con su ex o conocer a una mujer más apropiada. No tenía ninguna duda de que en un tiempo le daría hasta vergüenza pensar en lo que había ocurrido allí. Ella había aprendido la realidad de la vida desde muy joven y entonces se juró retomar las riendas de su vida, luchar por su futuro y su felicidad y eso no incluía enamorarse porque según su experiencia nunca salía bien.

En nombre del amor solo había conseguido ver rencor, violencia, humillación, vejaciones, sometimientos y llanto a su alrededor.

Carlos se tumbó de nuevo en la cama negra y cruzó los brazos por detrás de la cabeza. Esa noche ella se había dejado llevar y él había sentido todo su placer. Si lo que había visto durante esos días era lo correcto, Talía no sentía nada con ningún hombre y eso solo significaba que con él había algo especial y llegó a pensar que ella también lo amaba, por eso esperó hasta el final para confesarle su amor y creía que ella se alegraría. Pero de repente un muro de acero había caído entre ellos y se dio cuenta de que la forma que tenía ella de ver la cosas no era la misma. Sin embargo, las pruebas le decían que no era que ella no lo amara, sino que no quería amarlo, no quería dejar su mundo y no quería que él se quedara en él, que todo había sido un oasis efímero de felicidad. No le dio ninguna opción de lucha y quizás tenía razón, que la necesidad que había desarrollado por ella lo hacía susceptible al amor. Cerró los ojos y respiró, pensó que, como ella decía, era mejor volver a su mundo, pero sabía que nunca podría olvidarla.

A la mañana siguiente no había rastro de ella, era como si se la hubiera tragado la tierra, solo Ben y Mara lo acompañaron hasta la salida. Carlos miró por última vez el gran salón, a esas horas estaba en silencio total, como muerto, solo era un eco lejano de lo que había ocurrido allí hacía pocas horas. La última sensación que le quedó fue la de tristeza. Ben le dio un fuerte abrazo y Mara un intenso beso en los labios.

—Seguro que te va genial —le dijo la joven sin querer soltarlo.

—De regreso al curro —dijo Carlos intentando ser cordial.

—Te vamos a echar de menos —afirmó Ben.

—Y yo a vosotros —le contestó Carlos alzando la vista hacia las escaleras por las que nadie bajaría—, despedidme de La Dama.

Los dos asintieron, pero curiosamente ninguno dijo nada de volverse a ver y ningún adiós se convirtió en un hasta luego o hasta pronto porque en el fondo sabían que en cuanto Carlos abandonase el hotel, no regresaría, ninguno iba a contradecir los mandatos de La Dama.

Ben observó a Carlos subir en un taxi y alejarse para siempre acompañado por el chirrido de las ruedas sobre el asfalto al acelerar, ahí se acababa todo. Gran parte de las últimas horas las había pasado en el cuarto de La Dama, apoyándola, bebiendo e intentando convencerla para que aceptara la oferta del joven abogado, sobre todo quería que ella se diera cuenta de lo que había cambiado con él allí, de que por unas semanas su vida se había llenado de risas y esperanzas. Sin embargo, ella fue clara: todo fue cuestión de tiempo y debía acabar ahí. Ben sonrió al ver girar el taxi en la segunda calle, su instinto le había fallado y no había quedado nada de esos momentos juntos, la chispa se había aado.

Capítulo 12

Carlos entró en el bar junto con dos de sus compañeros de trabajo.

La vuelta a la normalidad había sido progresiva. Cuando entró en su casa la encontró vacía, fría y hasta desapacible, pero era su vida y debía recuperarla. Aun así, había decidido pasar un par de días solo en plan sofá y tele sin ver a nadie, rumiando su pérdida y echando de menos lo que tuvo en el hotel, sin embargo, había llegado el momento del volver a su rutina.

Después de un día demasiado largo en el bufete, se dirigieron los tres a uno de los bares de moda a terminar con algo de música y unas copas, se sentaron en unas mesas altas con taburetes y pidieron unos combinados.

—No sabes de la que nos ha librado tu vuelta —le dijo Arturo.

Carlos y Arturo llevaban varios años trabajando juntos e incluso viajando, en cambio Rafa era la incorporación más reciente y aún estaba aprendiendo.

—Siempre te has ahogado en un vaso de agua —le dijo Carlos bebiendo de su copa.

—Por favor, llevábamos días sin decidir sobre los convenios y llegas tú y en un momento te decantas por lo suizos.

—Menudo instinto tienes —le dijo Rafa con cierto tono de admiración.

—Pues sí y eso nos evita unas semanas más de trabajo. —Aplaudió Arturo.

—Brindo por eso, aunque he de decir que ya estaba todo decidido después de la reunión en Zúrich. —Celebró Carlos levantando levemente su copa y haciendo que los otros dos hicieran lo mismo.

—No nos has contado nada de tus vacaciones —le dijo Arturo frunciendo el ceño.

—Nada del otro mundo, fui a un resort de relajación junto al mar a desconectar del todo.

—Has tardado mucho en hacerlo, ya hace más de un año de tu ruptura. Pero la verdad es que te veo bastante animado, al parecer te ha ido de lujo, estás como más tranquilo y confiado.

—No sabía que te preocupaba tanto mi condición anímica.

—Somos amigos —dijo Arturo dándole un suave golpe en la espalda— y trabajar sin ti es un agobio.

—Eso me cuadra más.

—Voy a por más bebida. —Rafa dejó a los dos amigos riendo y se dirigió a la barra, pero volvió sin nada y un minuto después una camarera trajo sus vasos.

—Aquí tenéis, otra ronda más de lo mismo —dijo la chica sin dejar de mirar a Carlos.

—Gracias, guapa. —Y le entregó un billete para ar las consumiciones de los tres con un suave roce en la mano que hizo que la joven riera de forma coqueta.

—Si no lo veo, no lo creo —le dijo Arturo mientras veía marcharse a la camarera algo sonrojada—, ¿tú ligando a saco? Sí que te ha sentado bien el relax. Y yo brindo por eso también.

Unas mesas más allá, alejadas del punto de mira de los abogados, Emma charlaba con Silvia y un grupo de conocidos, pero había visto a Carlos entrar con Arturo. Había regresado de las vacaciones y no le había avisado, pensándolo bien tampoco tenía obligación de hacerlo. Con un guiño indicó a Silvia que Carlos estaba en el bar, pero ella solo se encogió de hombros y continuó con su conversación con uno de los chicos que estaba a su lado. Sin embargo, Emma se revolvió en su asiento cuando apreció el gesto de ligoteo de Carlos con la camarera, ¿desde cuándo él se comportaba así? ¿Desde cuándo era capaz de hacerlo? No tenía claro si alegrarse por él o, por el contrario, molestarse.

—Voy a saludarlo —le dijo a Silvia y esta asintió, sabía que su amiga no la perdería de vista.

Se dirigió hacia donde estaba los tres sin dudar, solo iba a preguntarle por sus largas vacaciones. Carlos notó cómo alguien le pasaba la mano por la espalda a modo de saludo.

—¿Ya has vuelto? —le preguntó Emma saludando también a sus dos acompañantes a los que conocía de hacía tiempo de cuando estaba con Carlos.

—Ayer —mintió Carlos, al fin y al cabo, era lo que todos pensaban—. Me pongo al día con el trabajo.

—Supongo que el primer día después de las vacaciones es el más difícil.

Carlos dudó, pero quiso ser educado con ella, al fin y al cabo, se había comprometido a llamarla cuando regresara y aún no lo había hecho.

—¿Quieres sentarte con nosotros?

—Estoy con Silvia.

—Cómo no. —Carlos marcó una leve sonrisa y miró más allá donde la amiga de su ex reía con un pequeño grupo de gente.

Arturo dirigió la mirada hacia donde él y vieron a la otra chica. La conocía de haber oído hablar de la *mejor amiga* de Emma a Carlos, pero nunca la había visto en persona.

—Pues es una pena —dijo Arturo observando intensamente a Silvia.

Pero fue entonces cuando Silvia miró a los tres hombres con los que estaba su amiga y decidió ir hacia ella, era mejor que no se quedara sola allí y con un saludo aceptó la invitación.

—¿Nos invitáis a una copa?

—Por supuesto, belleza, ahora mismo. —Arturo no esperó y se fue a la barra. Pronto regresó con dos cócteles más.

—Veo que ya has regresado de tus vacaciones, ¿cuánto has estado, quince días? —le preguntó Silvia sin muchas ganas de hablar con él.

—Algo más de un mes —contestó Carlos.

—Largas vacaciones, qué suerte tienes —afirmó ella de forma condescendiente.

—Las necesitaba. ¿Y vosotras qué tal? —Carlos no quería dejar que Silvia se hiciera con la conversación, que lo acaparara todo como siempre.

—Todo igual —le contestó Emma.

—¿Sigues con tu novio? —preguntó Carlos al verla sola.

—Sigo, hoy tiene guardia.

Emma observaba a Carlos, algo en su mirada había cambiado, algo en su postura, en su forma de hablar, algo que no terminaba de identificar.

—Y yo le he echado el ojo a un chico de allí —dijo Silvia para romper el momento ex y volver a captar la atención.

—¿Y no puede ser a un chico de aquí? —le preguntó Arturo más que interesado.

Silvia le acarició suavemente la mejilla.

—No te ofendas, cariño, pero no eres mi tipo.

—¿Y eso?

—Tienes cara de buena persona y a mí me van los malotes.

—Puedo ser un chico malo si quieres.

—Lo siento, pero ya llevo un rato camelándome a aquel hombretón —dijo ella pasándose la lengua por los labios—, y ahora, si me disculpáis, voy al baño.

Silvia se levantó y se dirigió hacia los aseos sin dejar de mirar al tipo de la barra que le gustaba. Carlos la siguió con la mirada.

—He estado pensando en la casa y... —Emma intentó hablar con él de otros asuntos.

—Perdona un segundo, ahora vuelvo.

Sin decir nada más y dando un rodeo para disimular sus intenciones, se metió en el baño detrás de Silvia. Por suerte, en ese preciso instante, el bar no estaba muy lleno y no había nadie más, se apoyó con las piernas cruzadas en el borde del lavabo frente a la única puerta que estaba cerrada y esperó a que se abriera. Justo cuando lo hizo, empujó a Silvia hacia dentro de nuevo ante sus ojos de sorpresa.

—¿De qué vas?

La silenció con un rudo beso en la boca, pidiendo paso con su lengua y antes de que ella lo retirara la inmovilizó contra la pared y metió su mano por debajo de su estrecha minifalda y a través de su minúsculo tanga. Silvia lanzó un débil gemido de protesta, pero lo dejó hacer, lo dejó introducir sus largos dedos dentro de ella, incluso abrió las piernas para facilitárselo. Carlos entendió su disposición, había entrado con toda la determinación del mundo y sabía que podían pasar dos cosas: que ella lo detuviera, le diera una bofetada y para casa o lo que en esos momentos estaba sucediendo. Sin mucho miramiento sacó los dedos de su interior y la giró con cierta brusquedad para dejarla de cara a la pared y, dándole la espalda, metió la otra mano por su camiseta y por debajo del aro del sujetador para acariciarle suavemente los pezones y arrancarle otro gemido. Pero de repente paró en seco y se separó de ella.

—Dame un instante.

—¿Ahora? —dijo ella algo molesta y toda excitada.

—Solo voy a cerrar el pestillo para que no nos interrumpen.

Cuando se oyó el clic del cerrojo, Carlos regresó a su lugar, castigándola de nuevo con sus manos por fuera y por dentro y besando su cuello con ahínco. Sintió su humedad a lo largo de sus

dedos y sin previo aviso colocó en ese mismo lugar su lengua e inició un experto cunilingus que la dejó sin aliento y que la llevó a un explosivo orgasmo que la hizo gritar. Pero él no se detuvo ahí, después de unos suaves lametones de relajación, se bajó la cremallera del pantalón y dejó que esa vez fuera su erección la que se acoplara a la pelirroja marcando un ritmo frenético, utilizando también la mano para completar las caricias en sus partes más íntimas y así, unidos pecho contra espalda, volvió a sentir sus espasmos y sus gritos de placer mientras él también se corría.

—Por Dios, Carlos...

Poco más podía decir Silvia sintiéndolo todavía dentro, pero poco a poco y sin dejar de besarla en el cuello, él salió de su interior y se recompuso la ropa y el pelo del que ella segundos antes lo tenía agarrado. Abandonó el habitáculo en el que estaban y se acercó al lavabo para enjuagarse la boca y lavarse las manos mientras veía a Silvia colocándose la minifalda y el sujetador en su sitio con una sonrisa de satisfacción en la boca. «¡Menuda venganza! Ahora ya no puedo llamarlo cero a la izquierda en la cama», pensó Silvia.

Carlos se dispuso a salir del baño, pero ella lo detuvo.

—Espera, ¿me explicas qué es lo que ha pasado?

—Hemos echado un polvo, un buen polvo como dirías tú. Te vi con necesidad y a mí también me apetecía.

Carlos sonrió de forma maliciosa y Silvia sintió un nuevo ramalazo de excitación en todo su cuerpo.

—¿Te conozco? —preguntó ella sin creerse que ese Carlos fuera el mismo de hacía unos meses.

Él solo mantuvo la sonrisa y le guiñó un ojo de forma seductora antes de abandonar el aseo.

—No regreses aún, disimula un poco —le dijo antes de perderla de vista.

Esa noche todo había ocurrido de golpe, en sus planes inmediatos no estaba liarse con Silvia, pero había visto una oportunidad y no la desaprovechó, comprobó que todo lo aprendido estaba en su sitio y que era mejor de lo que pensaba, ya que había sido capaz de conseguir dos orgasmos de la soberbia Silvia en menos de cinco minutos. Regresó a la mesa con sus amigos que seguían charlando con tranquilidad ni siquiera Emma lo había echado de menos todavía y esperó a que Silvia volviera, sus mejillas sonrosadas no dejaban lugar a dudas sobre sus recientes actividades, sin embargo, Emma y los dos compañeros de Carlos solo miraron hacia la barra, hacia el tío que le había gustado a Silvia hacía un rato y que casualmente ya no estaba en su sitio, ninguno sospechó nada.

Desde el polvo rápido del bar, Carlos se había hecho asiduo a los encuentros sexuales con Silvia por las razones más egoístas; el dominio sobre ella después de todo lo ocurrido lo excitaba y le hacía sentir superior. Pero, aun así, sabía que no era nada más que eso: sexo por despecho. El sonido del timbre lo hizo salir de la cama.

—He venido a devolverte las llaves de la casa. —Emma se había despertado temprano ese domingo.

—Adelante, ¿quieres un café?

—Sí, gracias. —Ella se sentó en el sofá—. ¿Has pensado en qué vamos a hacer con la casa?

—Todavía no, yo sigo ando la hipoteca, pero estaba pensando que igual era mejor venderla y repartirnos el dinero.

Carlos introdujo las cápsulas en la Nespresso y dejó unas galletas delante de Emma y ella seleccionó las de vainilla.

—Echo de menos estos detalles tuyos.

—¿Cuáles?

—Las galletitas de vainilla y las veladas de sofá.

Carlos se sentó a su lado y le dio el café, sonriendo sin entender muy bien su cambio de parecer.

—Supongo que eso pasa, ¿te va bien con tu novio?

Carlos no acabó de hablar, ella se acercó a él y lo besó con intensidad. Él sintió su lengua juguetona explorando y rozando la suya con ansia a la vez que se abrazaba a su cuello. Carlos dejó que Emma se desahogara, pero él apenas se movió, no sintió nada, ya no le afectaban sus besos, ya no le importaba su cercanía, su olor y su tacto. Despacio y sin querer resultar brusco se separó de ella y giró la cabeza ante la estupefacción de la joven que se dio cuenta de que no había conseguido la reacción que esperaba.

—Lo siento, creí que...

—Emma, nuestra relación se acabó hace tiempo.

—Claro, es que la otra noche cuando nos vimos en el bar te noté distinto y sentí algo. Desde entonces no he dejado de pensar en ti y en lo que tuvimos, en que quizás me precipité, en que igual quiero que las cosas vuelvan a ser como antes, pero veo que no piensas lo mismo.

—No quiero resultar grosero, entiende cuáles fueron las circunstancias de nuestra ruptura, nunca volvería a ser como antes.

—Sí que estás cambiado, mucho más seguro de ti mismo. Solo contéstame a una pregunta, ¿aún me quieres?

Carlos respiró hondo, quería decírselo sin hacerle daño, pero lo mejor era ser sincero.

—No, he pasado página.

—Ya veo —dijo ella mirándose las manos sobre su regazo.

—¡Oh, vamos! Tú pasaste página mucho antes que yo, esto es solo un arrebató.

—Quizás tengas razón, me dejé llevar, lo siento. Esto no ha pasado y seguimos siendo amigos.

Carlos sonrió y la vio beber el café a sorbitos como hacía siempre; el beso fue un error, pero le sirvió para cerciorarse de que ya nada quedaba de su amor. El móvil vibró y en la pantalla principal apareció un mensaje de Silvia: “Te necesito dentro de mí”. Emma lo vio leerlo y contestar.

—¿Entonces te parece bien que vendamos? —le preguntó él cambiando de tema.

—Sería lo mejor, al fin y al cabo, es muy grande para ti solo o ¿hay alguien más en tu vida?

Carlos soltó una carcajada, ella no desaprovechaba la ocasión para enterarse de su vida privada, quería saber qué había hecho durante sus milagrosas vacaciones, pero él no desveló nada de lo que le ocurrió, como tampoco le dijo que en esos momentos estaba enrollado con Silvia, era cosa de ella decírselo a su amiga y esperaba que lo hiciera.

Charlaron un rato más y una hora después Emma se marchó desilusionada; la verdad era que esperaba mucho más de esa visita, esperaba que las cosas entre ellos volvieran a surgir porque desde que lo vio en el bar era lo que su corazón le pedía, sin embargo, se había confiado, ¿qué creía? ¿Que él estaría todo el tiempo necesario esperándola? Ella había sido clara al romper: no había esperanza para ellos. Y ahora no era eso lo que quería, su indecisión acabó con todo. Era normal que él se hubiera cansado y hubiera rehecho su vida. Pero no era eso lo que esperaba de esa visita, aunque fue algo que no le dijo a Carlos; iría a comer con Juan, su novio, y volvería a su realidad.

La bañera de hidromasaje del piso de Silvia era lo suficientemente grande como para albergarlos a los dos; ella suspiraba de placer sobre el miembro de Carlos mientras este le acariciaba el clítoris con afán, sintiendo cerca su clímax y disfrutando de sus fuertes gemidos de placer, le gustaba que fuera tan ruidosa. Hace meses habría pensado que fingía, pero ahora sabía perfectamente que gozaba como nunca. Justo en esos momentos, en pleno orgasmo de la pelirroja, se oyó una voz en el salón que los sacó de su burbuja de placer. Carlos soltó un impropio y dejó que Silvia saliera de él.

—Quédate aquí, ahora mismo vuelvo. —Silvia vio la duda en los ojos de Carlos—. Emma no lo sabe.

—Deberías contarle que follamos.

Silvia negó y la voz de Emma llamándola volvió a sonar en el salón, al parecer la habría oído gemir y quería hacerse notar.

—No lo entendería.

—Al fin y al cabo, no es muy normal que nos estemos acostando siendo tú la que la empujó a cortar conmigo.

—Por eso mismo, ya veré cómo se lo digo.

Silvia salió de la bañera con las gotas escurriéndose por su esbelto cuerpo desnudo, era una mujer muy atractiva y sexualmente muy activa y eso era algo que Carlos apreciaba y en lo que nunca había pensado cuando solo era la amiga de su novia. La joven se puso el albornoz y salió a recibir a Emma con la decisión de regresar cuanto antes.

Carlos esperó unos minutos en la bañera, pero no estaba dispuesto a irse sin saborear su última victoria, no pintaba nada escondido y no era esa su intención, a veces llegaba a ser algo malvado. Sonrió, se vistió y salió del baño dispuesto a todo, mientras llegaba al salón pudo escuchar la conversación de las dos amigas.

—Siento haberte interrumpido, espero no haberlo fastidiado del todo, pero necesitaba hablar contigo de algo que me ha pasado esta mañana —oyó decir a Emma.

—No te preocupes, aún me espera en la bañera. ¿Podemos hablar mañana?

—Sí, claro, luego nos vemos. ¿Lo conozco? —le preguntó Emma de forma cómplice.

—No, es alguien nuevo.

—Venga, no le mientas. —Carlos hizo acto de presencia pasándose las manos por el cabello mojado ante la estupefacción de Emma. Lo mejor era dejar las cosas claras desde el principio, ella debía entenderlo.

—¿Qué haces tú aquí? —le preguntó Emma casi con enfado y al segundo se giró hacia Silvia —. ¿Qué hace él aquí?

Silvia miraba a Carlos sin comprender por qué no se había quedado en la bañera, por qué buscaba un claro enfrentamiento.

—Carlos, no había necesidad de... —empezó a decir Silvia algo molesta.

Pero no terminó de hablar, Emma estaba cada vez más furiosa y a Silvia no le hizo gracia que ella se metiera en su vida.

—No me puedo creer que estéis liados, ¿desde cuándo me lo ocultáis?

—¿Ocultártelo? No es de tu incumbencia. Que yo sepa no estáis juntos, lo dejaste hace más de un año —reaccionó Silvia.

—Aun así, nunca creí que fueras tú precisamente, mi amiga, la que me ayudaste a darme cuenta de mi error con Carlos y ahora ¿te acuestas con él? ¿No era tan malo en la cama?

—Perdonad, pero ¡¡estoy aquí!!

Dijo él casi divirtiéndose; las dos mujeres parecían ignorarlo y mantuvieron su discusión, ninguna estaba dispuesta a ceder.

—Las cosas han cambiado, no sé cómo, pero te creí cuando me dijiste que no disfrutabas con él y era mentira —afirmó Silvia.

—Por supuesto que no lo hacía, ¿por qué iba a inventarme algo así?

—Dímelo tú. Igual fue una excusa para abandonarlo y ahora está conmigo.

—Pues no me parece bien, los novios de las amigas son sagrados.

—No es tu novio, tu novio es Juan o ¿es que ya no lo tienes tan claro?

Emma desvió la mirada, no se atrevió a decirle que esa misma mañana había intentado volver con él, no en esas circunstancias.

—Pero deberías haberme consultado y no engañarme.

—Tú ya pasaste página y yo puedo hacer lo que quiera y acostarme con quien quiera.

—Por favor, habló la mujer a la que los hombres le duran un polvo.

—Pues con Carlos ya llevo diez.

La frase dicha con cierta socarronería puso de los nervios a Emma.

—Eres una zorra.

—Bueno, se acabó, esto es absurdo. —Carlos se dio cuenta de que no había sido una buena idea salir, cuando lo hizo le pareció una forma de desquite, pero en esos momentos las cosas se estaban complicando, no había contado con el reciente interés de Emma.

—Y tú, cállate, no eres más que un cabrón, como todos.

Carlos la miró con la boca abierta, ¿que era como todos? Hace un año lo abandonaba por la razón más superficial del mundo y ¿ahora era un cabrón?

—¿Que soy un cabrón? ¿En serio? ¿Te estás oyendo? Eres la menos indicada para juzgar.

—Pensaba que eras especial. —Ahora los reproches de Emma se dirigían a él.

—Tan especial que me abandonaste.

—Podrías haber tenido la decencia de...

—No me jodas, Emma, ¿quién te crees que eres para exigir derechos sobre lo que debo o no debo hacer?

—Pero ¿no lo ves? Solo te estás acostando con ella por venganza y por ponerme celosa.

—¿Y se puede saber por qué iba a querer ponerte celosa a ti? —preguntó Silvia.

—Esta mañana lo he besado, quiero que volvamos a estar juntos.

—Tú lo que eres es una falsa, ¿y me dices que yo te engaño? —le dijo Silvia.

—No pensé que te lo estabas follando y yo tengo preferencia.

Carlos no daba crédito a lo que veía, las dos amigas se peleaban por él, ¿dónde quedaba la humillación que le hicieron sentir hacía un año?

—De acuerdo, pues seamos sinceras y que él decida —indicó Silvia.

—Yo siempre he sido sincera en lo que siento —afirmó Emma.

—¿Sí? ¿A que no le has confesado lo que hiciste durante los últimos dos años de vuestra relación?

—Cierra la boca, Silvia.

—¿Qué pasa? ¿Ahora no quieres sinceridad?

—¿De qué va esto? —preguntó Carlos.

—Tu querida novia se lio con varios tíos mientras estaba contigo y no te hablo del tipo por el que te dejé y que por cierto sigue siendo su novio.

—¿Eso es verdad? —Carlos miró a Emma, había aceptado su último idilio, pero saber que lo había engañado antes lo afectó. Emma desvió la mirada confirmando la acusación, él sintió hasta ganas de llorar—. ¿Cómo pudiste?

—Ahora ya entiendes lo que hacía en esos viajes de trabajo o esos viajes de relax con las amigas —le confirmó Silvia.

—Cállate ya, Silvia.

—Callaos las dos —les gritó por fin Carlos harto de su lucha absurda—. Esto es ridículo y no tiene ningún sentido. Es pasado y la verdad es que no sé qué hago aquí.

—Por supuesto que no, siempre os habéis llevado fatal —le dijo Emma tomándolo de la mano para disculparse—. Siento mucho lo que te hice pasar, pero ahora estoy aquí y te juro que las cosas serán distintas, recuperemos nuestra vida.

—Eso no es justo, yo también te quiero. —Silvia lo miró a los ojos con pena.

—Tú no lo quieres, es un capricho sexual, no sabes querer —afirmó Emma y luego miró a

Carlos con ojos tiernos—, y lo tuyo es una revancha, ¿no lo ves? Buscas mi reacción.

Carlos no pudo evitar soltar una fuerte carcajada ante el duelo por su amor, dejando a las dos amigas sin entender mucho lo que pasaba.

—Mira, creo que paso de las dos. Desde este momento se acabó nuestra amistad —dijo mirando a Emma y después a Silvia— y nuestro folla idilio. Iba a ser educado, pero... podéis ir las dos a la mierda.

Se abrochó el último botón de los vaqueros y dando un portazo se marchó de allí, de las intrigas, de los engaños, de las humillaciones y las venganzas, sus ganas de estar con ellas se acababan ahí, a partir de ese momento enderezaría su vida, había sido un error liarse con Silvia y ni siquiera sabía por qué lo había hecho. Se dio cuenta de que ya no le afectaba lo que otras personas pensaran, lo que otras sintieran, no quería ser una máquina del sexo y su venganza hacia Emma y Silvia tampoco le había resultado tan aliviadora, ya no era eso lo que quería en su vida, no era eso lo que buscaba sentir al tener sexo, él quería volver a hacer el amor y solo había una mujer con la que quería hacerlo. Cuando abandonó el piso, miró hacia el oscuro cielo estrellado, respiró profundamente y sonrió.

Capítulo 13

Carlos se colocó la cazadora de cuero, la botas y los vaqueros; no era el traje con el que llegó el primer día, pero ya no tenía miedo a lo que allí dentro iba a encontrar. Respiró hondo, cerró los ojos y se dirigió hacia el hotel que tenía enfrente. Los dos porteros solo le sonrieron y le permitieron el paso con un saludo. El ambiente dentro era el mismo que él había vivido, pero no se detuvo a comprobarlo y se dirigió directamente al ascensor, tenía claro a lo que había ido y quería ver a Talía. Subió al ático y accedió al interior de la habitación de La Dama y allí encontró a Ben.

—¿Y Talía? —preguntó extrañado por no verla.

—Carlos, qué alegría verte. —Ben se acercó y le dio un beso, no esperaba que él regresara y fue una magnífica sorpresa—. ¿Qué te trae por aquí de nuevo? ¿Qué tal con tu ex?

—De pena, pero no he venido a eso. Quería ver a Talía.

—Ella no está.

—La esperaré —dijo Carlos frunciendo el ceño, que estuviera trabajando no le hizo mucha gracia, un chispazo de celos lo atravesó.

—No, no está trabajando, ella se ha ido de aquí.

—¿Cómo dices?

—Nos traspasó el hotel y se marchó, ahora somos todos los dueños. Fue increíble cuando nos lo ofreció, no podíamos creer que...

—Ben, ¿dónde ha ido?

—No lo sé, nadie aquí lo sabe.

—¿Crees que lo ha dejado todo por mí?

—Si tuviera que contestarte con sinceridad te diría que sí, pero no creo que hayas sido solo tú, sino también sus ansias de cambio. Aun así, pienso que tu presencia aquí marcó un antes y un después.

Una gran sonrisa apareció en la cara de Carlos, era algo que ya había imaginado y ahora se culpaba por haberse alejado sin luchar, sin poner algún tipo de resistencia que era lo que ella se hubiera merecido.

—Necesito hablar con ella, necesito verla, yo...

—Tú la quieres —Carlos asintió— y eso es lo mejor que le podría pasar, pero siento no poder ayudarte, no nos informó de sus ideas, se cubrió las espaldas.

—Tengo que encontrarla, ¿sabes algo de ella? ¿Algo que me pueda orientar?

Ben negó, bajando la cabeza algo triste, siempre le habían gustado los finales felices a pesar de todo y habría hecho cualquier cosa por ayudarlo.

—De verdad que lo siento, no pensé que volverías.

—Veamos, tengo que empezar por algo, si sigo alguna pista no me debería ser difícil encontrarla.

—Es muy lista y habrá cubierto sus pasos, siempre lo hacía.

—¿Cuál es su verdadero nombre?

—Nunca lo dijo.

—¿Dónde nació? ¿De dónde viene? —Ben negó con gesto apenado—. Dame alguna pista, por favor.

—Quizás su contable y abogado sepa algo más que yo, sé que lleva mucho tiempo con ella y que fue una mujer de su absoluta confianza quien se lo recomendó.

—Sería un principio, dame su dirección.

Ben buscó una tarjeta de visita y se la entregó, ahora ese contable también les ayudaba con el hotel y era lo único que podía hacer.

La mañana siguiente Carlos se presentó en el despacho del abogado de Talía, el hombre estaba sentado en su mesa repasando unos papeles. El lugar era algo oscuro, no tenía la pinta de los nuevos bufetes del centro en los que él trabajaba. Ya lo había puesto en antecedentes sobre lo que buscaba para darle tiempo a encontrar los datos necesarios.

—Siéntese —le indicó al joven ajustándose las gafas—. He estado consultando lo que me pidió y siento decirle que la información que tengo no sé si será de mucha ayuda, sobre todo teniendo en cuenta que es algo confidencial con mi cliente.

—No creo que ese sea mi caso, entre colegas podemos pasarnos información.

—¿Y dice que es amigo de mi cliente?

—Digamos que sí y que sé de usted a raíz de un negocio fraudulento que evité y que por cierto venía de usted.

El hombre se retorció en su silla, recordaba perfectamente el riesgo al que se expusieron.

—¿Entonces fue usted el que se dio cuenta del engaño? —Carlos asintió y sonrió—. Pues debo darle las gracias, yo también habría invertido en ese negocio, mi conocido me engañó de forma magistral.

—Me debe una, ¿no? —El abogado lo miró y asintió—. Le juro que no quiero hacerle daño, solo quiero encontrarla.

—Entiendo. De todas formas, ya le digo que no sé si le servirá de algo. Yo llevaba sus cuentas y sus asuntos de negocios, pero poco sé de su vida privada.

—Me bastará con su nombre real, del resto me encargo yo.

—No sé su nombre real.

—¿Cómo puede no saberlo? ¿Qué pasa con los asuntos legales?

—Cuando llegué a mí ya lo hizo con un nombre nuevo, con todo en regla para ese nombre, con seguridad social, con identificación y con todo lo necesario.

—¿Y nunca supo su nombre anterior?

—Nunca. —Carlos suspiró y se rascó la cabeza.

—¿No tenían una conocida en común?

—Conocida es decir mucho, también era cliente mía, pero en las mismas condiciones que La Dama y ella tampoco me lo dijo.

—¿Cuál es el nombre que conoce?

—Aquí lo tiene. —Le entregó la documentación.

—Patricia Vergara... Pues vaya solución. ¿Qué hay de su dinero, de sus cuentas en el banco? Quizás alguna cuenta en un paraíso fiscal me ayude.

—No tuvo nunca ninguna cuenta fantasma ni nada y las demás estaban a nombre de Patricia Vergara y fueron anuladas sin ningún rastro. Si hay algo lo tendrá ella.

—Gracias de todos modos, si descubre algo más no dude en llamarme.

—Lo lamento mucho, quizás dejó algo en el hotel que pueda ayudarlo.

—Iré a ver si hay algo de fortuna allí, algo que hayamos pasado por alto.

Carlos se levantó, le estrechó la mano y se marchó, la única opción era que hubiera olvidado algo en su hotel, algo que se le escapara. Regresó hasta allí y con la ayuda de Ben registró sus antiguas habitaciones.

Revolverlo todo le trajo a la mente otros momentos más gratos en los que eran sus ropas y sus cuerpos los que se mezclaban caóticamente en esas salas.

Una hora después y cansado de tanta búsqueda, se sentó sobre la gran cama con Ben que muy amablemente le había ayudado.

—¿Qué hay del dinero del traspaso que le disteis? ¿Dónde lo mandasteis?

—Fue en mano.

—Joder, Benjamín, qué difícil lo estáis poniendo.

—Me encantaría que fuera de otra manera, me encantaría que la encontraras, pero nunca nos hemos involucrado en su vida como a ella tampoco le importó nuestro pasado.

Carlos, cabreado, lanzó un libro contra la pared y soltó un insulto.

—Estoy bloqueado, llevo todo el día intentando ver alguna pista.

—Igual tú compartiste algo con ella que no recuerdas o te habló de algo más íntimo.

—Solo me contó que de niña vivió en un lugar costero.

—Ya sabes más que yo.

Carlos sonrió con pocas ganas y recogió el libro del suelo que había caído al lado de la cama y algo llamó su atención, una pequeña carpeta que asomaba de debajo del colchón. El joven la cogió y encontró un montón de papeles todos iguales, frunció el ceño ante el descubrimiento.

—Qué extraño —dijo Carlos sentándose en la cama, nunca había notado que allí ocultara algo, el revolver la habitación habría hecho que la carpeta se expusiera.

—¿Qué es eso? —preguntó Ben colocándose a su lado.

—Son giros postales de dinero.

—¿Giros postales? ¿Eso aún existe?

—Es poco utilizado, pero sí que existe. Van dirigidos a unas iniciales R.S.W. y a un distrito

postal.

Carlos sacó su portátil y accedió a la página de correos para averiguar a dónde correspondía el código. Comprobó que era un pueblo de unos tres mil habitantes en la costa norte del país, el siguiente paso era comprobar los padrones y ver si había alguien con esas iniciales. Ben seguía con interés sus interminables avances, pero una hora después nada coincidía.

—¿Nada?

—No, Ben, en este pueblo no hay nadie con estas siglas... aunque. —Carlos se quedó pensativo—. Puede ser que sea de algún lugar cercano, hay pueblos demasiado pequeños para tener oficinas de correos y giros postales.

—¿Entonces?

—Solo debo averiguar los que pertenecen a ese distrito postal y a esa oficina y comprobar de nuevo las iniciales allí.

Carlos sacó unos informes con todos los pueblos costeros que pertenecían a esa oficina y dos horas después localizó las tan ansiadas iniciales. Ben oyó su palmada.

—¿Ya?

—Lo tengo o por lo menos es un inicio. Rosaura Solís Walter vive en un pequeño pueblo de unos cien habitantes a quince kilómetros de la oficina postal y al parecer recibe giros de dinero de forma constante desde hace unos diez años.

—Eso coincide con el tiempo en que el hotel lleva abierto.

—Pues me voy a preguntarle. Deséame suerte.

—Por supuesto. Avísame con lo que averigües.

—Si todo va bien no creo que sepas más de mí en mucho tiempo —le dijo Carlos riendo.

—Sería lo perfecto.

Los dos hombres se abrazaron y se despidieron, y Ben lo vio marcharse con decisión y no dudó de que encontraría a La Dama y esperaba que ella lo aceptara a su lado; él era el final que ella se merecía.

Epílogo

Carlos observó el patio de la casa que tenía delante y comprobó el papel con la dirección que le habían entregado en la oficina de correos. En él había una mujer mayor sentada en una mecedora, leyendo y recibiendo la brisa fresca que procedía del mar. Se acercó despacio y con un saludo llamó la atención de la mujer que alzó la vista del libro, no esperaba visitas.

—Discúlpeme, busco a Rosaura Solís Walter.

—Soy yo. —La mujer lo miró con curiosidad—. Creo que no lo conozco.

—Me llamo Carlos y quería pedirle cierta información.

Rosaura sonrió al escuchar su nombre y Carlos pudo ver el reconocimiento en sus ojos, ¿qué significaba eso? La mujer le pareció inteligente y agradable, una mujer independiente y libre que había vivido su vida según sus propias convicciones.

—Verónica está en la playa, salió hace un rato a dar un paseo —le dijo ella.

¿Verónica? ¿Quién era Verónica? ¿Quizás...? No preguntó más, dejó su bolsa de viaje sobre los adoquines del patio y salió corriendo en la dirección que la mujer le indicó.

Verónica respiraba profundamente el aire húmedo del mar. Tuvo que huir, era lo correcto, y no solo por la aparición aquella noche de Alfredo en su hotel, sino por ella misma, por ser capaz de empezar de nuevo por segunda vez, de olvidarlo todo, de alejarse de esa vida definitivamente, allí era imposible que nadie la encontrase, esperaba que ni siquiera su pasado. Desde que había regresado allí estaba en paz y se preguntó por qué no lo había hecho antes. Pero conocía la respuesta. Fue un joven abogado que apareció en su vida de repente el que le mostró que su vida no estaba completa y que a pesar de lo que había luchado por su hotel no era eso lo que la hacía feliz; sonrió al recordarlo, fue lo único incontrolable en su vida, lo único que se había escapado a su control, que no había programado de antemano. Sabía que nunca lo volvería a ver, que él estaría rehaciendo su vida y esperaba que fuera con una mujer que lo amara de verdad. Aún recordaba su expresión la última noche que pasaron juntos cuando ella prácticamente lo echó. Después se decidió a dejarlo todo, a alejarse de ese mundo para siempre porque a ella le bastaba con recordarlo, con hablar de él con Rosaura, con mantenerlo en su mente y en su corazón. Por suerte Rosaura no la juzgó, solo sonrió al entender que por fin se había enamorado, que el hombre que le estaba reservado había aparecido, ella soltó una carcajada negándolo todo, negando sus sentimientos, pero no se podía engañar ni engañar a Rosaura: estaba enamorada y lo había estado desde que él se sentó delante de ella aquella primera noche y le había dicho que le enseñara a follar. Y vaya si lo había hecho, todavía le temblaba el cuerpo al recordarlo dentro de ella, al recordar las sensaciones de aquel primer orgasmo real que ella tuvo.

—La verdad es que Verónica no es un nombre que te pegue mucho.

La voz del hombre se coló en lo más hondo de su alma y le provocó un escalofrío a lo largo

del cuerpo, pero no dudó de que Carlos estaba tras ella, que la había encontrado en el último lugar del mundo y sonrió pensando en todo lo que le habría costado.

—Me pusieron el nombre de mi abuela, ella me crio.

—Entonces es un nombre precioso.

Carlos apoyó su mano sobre el hombro de ella y sintió su ligero estremecimiento.

—¿Qué haces aquí?

—He venido por ti. Me ha costado mucho encontrarte, sabes guardar tus huellas a la perfección.

—Rosaura diría que el amor todo lo puede.

—¿Y tú no crees eso?

—Soy más realista.

—Entonces no crees que estoy aquí porque te amo.

—¿Y cuándo te diste cuenta de eso?

—No voy a negarte que mis intenciones eran otras, pero supongo que me hiciste dependiente de ti desde los primeros días.

—No quiero que dependas de mí.

—Y ya no lo hago, me gusta estar contigo, me gusta quien soy cuando estoy contigo, me gusta lo que siento cuando estoy contigo, me gusta ser feliz y sé que solo lo conseguiré a tu lado. Te amo y ahora sé qué es el amor.

Verónica sonrió, era lo mismo que sentía ella. Él estaba allí, a su lado y de repente su fantasía de un amado y de unos hijos no le pareció tan lejana. Las cosas habían cambiado, ella había abandonado el hotel por él y que Carlos hubiera removido cielo y tierra para buscarla solo aumentó el amor que ella le profesaba. Se acercó a él y le dio un suave beso en los labios y tomándolo de las manos lo condujo hacia el agua. Ya nunca lo soltaría.

—Vamos.

Se desprendió de su ropa y le indicó que hiciera lo mismo y se adentraron en el mar para dejar que sus cuerpos sintieran de nuevo lo que era estar juntos; ninguno de los dos dudó del amor del otro. No hacían falta las palabras.

Un baño después, estaban tumbados en la arena, abrazados y respirando la humedad, esa vez del cuerpo del otro.

—¿No fue bien tu regreso? —le preguntó ella acariciando su pecho.

—Pasé unos días bastante malos, estaba furioso contigo por haberme echado de tu vida. Pero lo comprendí.

—Mi mundo no era para ti, hubiera acabado corrompiéndote y no es eso lo que yo quería, debía salvaguardar tu inocencia. —Carlos rio y la besó—. Cuando te fuiste me di cuenta de que todo lo conseguido ya no me compensaba, una noche me sentí fuera de lugar y me marché.

—Fue una gran idea dejarles el hotel a Ben y a los demás, una decisión digna de La Dama.

—Es lo que se merecían. ¿Cómo me encontraste?

—Hablé con Ben, hablé con tu abogado, pero fueron unos giros postales que encontré debajo de tu cama.

—No puede ser, los olvidé...

—Pues gracias por hacerlo.

Verónica sonrió y le acarició la barbilla recreándose en sus preciosos ojos peltre.

—¿Cómo fue con tu ex?

—Me acosté con Silvia.

—¡Vaya! ¿Y?

—Me sentí superior, un triunfador. Luego Emma me besó, al parecer me echaba de menos y fue cuando empecé a ver las mentiras y las falsedades que me rodeaban y ser un as del sexo, vengarme de Silvia o volver con Emma no me compensaba, supongo que también me sentí fuera de lugar. Y aquí estoy, contigo, la única que me completa... y ahora puedes reírte de mis memeces.

—Aunque no lo creas me gustan tus memeces.

—Por cierto, Rosaura me conocía.

—Le hablé de ti.

—¿Qué es ella para ti? ¿Por qué le mandabas dinero? ¿Por qué te refugiaste aquí?

—Ella me cuidó después de que...

Verónica se detuvo, no quería hablarle de su pasado, de lo que vivió, de lo que sufrió, de las vejaciones que aquellos hombres le hicieron durante años, de que la violaran y la golpearan tantas veces hasta que una vez la dieron por muerta. De que la única que la recogió y la ayudó fue Rosaura, de lo que ella le enseñó después para que nadie más la hiriera, de la fortaleza y el muro que entre las dos edificaron alrededor de su alma, de que fue ella la que le prestó el dinero para su negocio y de que fue ella la que la vio ocultarse bajo el pseudónimo de La Dama y triunfar sobre los hombres que tanto odiaba y la que la vio negar el amor para siempre.

Carlos se dio cuenta de que esa mujer fue su refugio y que posiblemente fue ella la que la apoyó, la que le presentó a ese viejo abogado y la que la enseñó a sobrevivir. Tampoco le importaba lo que le pasara en su anterior vida, no le apetecía conocer sus penas en ese aspecto, no quería imaginarla en esas atroces circunstancias que habrían ocurrido en su vida hasta convertirla en La Dama. Prefería conocerla y verla así para siempre, sin manchas pasadas, tan deslumbrante y magnífica como era desde que la conoció.

—No me importa tu pasado, solo nuestro futuro.

—Te lo contaré todo.

—¿Tiene que ver con la noche de las pesadillas?

—Tiene que ver con eso y con más.

Había llegado el momento de volver a confiar. Verónica se situó sobre él y lo besó con intensidad, tenía razón, un futuro incierto se vislumbraba, pero extrañamente sentía que sería feliz. Aun así, él tenía derecho a conocerlo todo, empezar juntos una vida sin mentiras. Se recostó en su pecho y suspiró, allí, al lado del mar era donde quería dárselo todo.

—Nunca conocí a mis padres, me crio mi abuela hasta que murió, luego estuve en un orfanato hasta que una familia me acogió, un hombre... Mucho tiempo después supe que más bien fue una venta. Desde niña me acostumbré a los malos tratos, pero fue a partir de los trece años cuando empezó el verdadero infierno para mí...

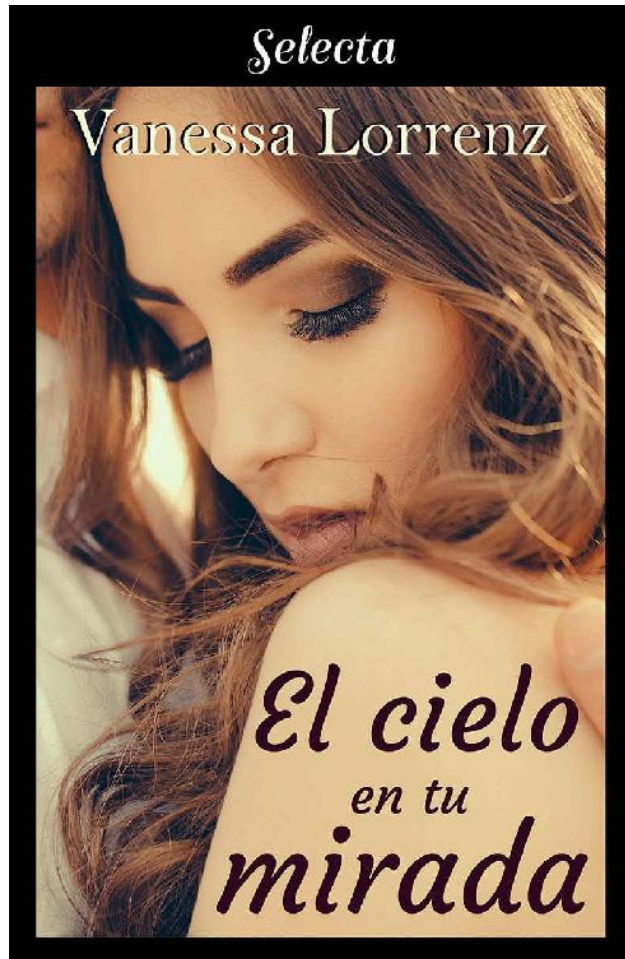
Carlos la dejó hablar sin decir nada, sin interrumpirla, ella necesitaba hacerlo y él solo debía estar con ella, abrazarla, escucharla y entenderla. Pronto su respiración se entrecortó y las emociones pasaron del rencor a la ira y a la lástima de forma rápida, ¿cómo pudieron torturar así a una niña? Sus ojos se humedecieron imaginándose a aquella niña, a aquella joven a la que encadenaban y violaban a su antojo, a aquella mujer que mostraba una fuerte voluntad y entereza mientras le relataba su cruel vida. Él lo vio, para ella se había convertido en una historia que contar, un cuento ajeno a sí misma, era su forma de superarlo, de sobreponerse, de sobrevivir en el infierno. Pero todo iba a cambiar y, allí, se decidió a estar a su lado siempre, a no fallarle y a que ese amor que parecía empezar a brillar se convirtiera poco a poco en una fuerte luz que traspasara su muro y lo derribara por fin, que le permitiera salir al mar de su futuro.

Rosaura los observaba desde lo alto de su patio con lágrimas en los ojos. Desde que había recogido a Verónica casi muerta al lado del mar se había convertido en su prioridad, en su fuerza; no entendía cómo alguien era capaz de hacerle tal cantidad de daño a una jovencita y los meses que pasaron juntas se dio cuenta de que no solo el cuerpo, sino también la mente de la criatura estaba dañada y fue su labor hacerla vencer sus miedos y ser capaz de revivir como un ave fénix de sus cenizas, si era necesario le enseñaría a pisar a los indeseables y a alzarse sobre ellos. Y así fue, la convirtió en una mujer a la que todos admiraban y temían a partes iguales, que supo aprovecharse de la debilidad del deseo y del poder del sexo y supo hacerlo porque ella misma había vivido en ese mundo, aunque en otras condiciones muy distintas hasta que decidió dejarlo y jubilarse al lado del mar, un mar que se la había traído de vuelta.

Las lágrimas que amenazaban con salir se escurrieron por sus mejillas mientras contemplaba a la pareja tumbada sobre la arena porque había oído lo que nunca había pensado que escucharía de nuevo: la risa clara y cantarina de la niña a la que había cuidado y salvado.

La felicidad de Verónica, la que desde hacía años era y ya no sería más... LA DAMA.

Si te ha gustado
El jardín de las delicias
te recomendamos comenzar a leer
El cielo en tu mirada
de *Vanessa Lorrenz*



Capítulo 1

—¡Maldita sea! —Katherine gruñó mientras tiraba el periódico sobre la mesa central de la terraza donde se encontraba tomando un café, realmente estaba enfadada, «¡es que nunca la dejarían en paz!», pensó mientras volvía a maldecir.

—¿Qué pasa, niña? ¿Qué te ha puesto tan furiosa? —le preguntó Mandy, su nana desde que tenía uso de razón. Tenía cerca de los cincuenta años; su pelo, que en su juventud había sido

rojizo, ahora estaba tintado por las canas que revelaban su edad, pero eso era lo único que la hacía pensar que era mayor, ya que su rostro aún conservaba su piel tersa. Nunca se casó para estar siempre al servicio de su adinerada familia.

—Nada, Mandy, ¡es que nunca me van a dejar en paz! ¡Odio todo esto! Me molesta no tener privacidad nunca, la prensa siempre está distorsionando la verdad. —Le señaló el periódico, y Mandy lo cogió abriéndolo en la página principal.

—Ay, mi vida, no les hagas caso, sabes cómo es esta gente, tiene que sacar la nota para vender. —Su nana dejó el periódico en la mesa, sentándose junto de ella.

—Sí, nana, pero de eso a decir que estaba completamente ebria... Y no solo eso, sino que insinuar que estaba drogada, que terminé en la cama de ese hombre tan despreciable, es algo que no puedo pasar por alto. Los demandaré, le diré a mi padre que contrate al mejor abogado de la ciudad. Necesito que mande a la bancarrota a esa porquería de diario.

Su nana le acarició el cabello como cuando era pequeña y quería que se calmara, siempre por el mismo motivo: sus padres tenían algún evento más importante que su propia hija.

—Tranquila, mi amor, no le des más problemas a tu padre, suficiente tiene ya con todos sus negocios, como para que tú le des más. Sabes la situación de la empresa, así que deja pasar esto; no le des más importancia de la que tiene, querida.

Eso la tranquilizó por el momento, pero aún sentía la furia por dentro, quería ser invisible para todos, que nadie cuestionara su vida ni la de su familia. Quería salir por la calle con un vestido simple, sin que a la mañana siguiente estuviera dando la nota por no vestir a la moda. Era el precio que tenía que ar por ser la hija del distinguido Julio Montemayor, dueño y señor de Construcciones Montemayor.

—Nana, ¿sabes a qué hora llegaran mis padres? —Su nana y mejor amiga desvió la mirada, era lo mismo de siempre, pero aunque ahora no le dolía tanto como cuando era pequeña seguía sintiendo el mismo estado de abandono.

—A la misma hora de siempre, mi amor, ya sabes que tienen eventos, reuniones... Ya conoces a tu padre, siempre tratando de solucionar todos los problemas del mundo. Han avisado hace como una hora que no vendrán a cenar.

Ella se encogió de hombros como si no le importara nada, aunque sabía que a Mandy no lograba ocultarle nada.

—Está bien, entonces creo que me iré a dar una ducha, tengo una entrevista de trabajo.

—Vas a enfurecer a tu padre de nuevo. ¿Por qué no solo entras a trabajar en la empresa? Para eso te mandó a estudiar a las mejores universidades, para que en el futuro, tú dirigieras la empresa. Al final será tuya, quieras o no; en algún momento tendrás que hacerte cargo de ella.

—Pero mientras no pase eso, voy a buscar la manera de formarme un camino yo sola. Necesito saber que valgo por mí misma y no por ser hija del señor Montemayor.

—Está bien, creo que jamás te voy a ganar, porque a ti a testaruda no hay quien te supere.

—Aprendí de la mejor, nana. —Mandy la miró indignada, mientras trataba de agarrarla por la

oreja como cuando era pequeña.

— ¡Qué mentira más grande has dicho! ¡Retíralo! —Ella salió corriendo, mientras reía a carcajadas; gracias a que no era tan ágil como antes, ahora ella tenía ventaja.

Se duchó lo más rápido posible, buscó su traje formal color negro, lo combinaría con una blusa verde de seda. Quedaría perfecto para una entrevista de trabajo. Estaba muy nerviosa, seguro que cuando volviera, su padre pondría el grito en el cielo, pero no importaba, era hora de ser independiente y buscar nuevos horizontes por ella misma.

Salió más animada para la entrevista de trabajo, esperaba que no relacionaran que ella era la hija de un importante hombre de negocios, usaría el apellido de soltera de su madre, ese casi nadie lo conocía. Ojala con eso fuera suficiente.

Como no quería que vieran que tenía cualquier contacto con el dinero, decidió que iría por primera vez en el metro para pasar como una persona normal. Le sudaban las manos, pues era su primera entrevista. Cuando acabó la universidad no quiso entrar a laborar tan pronto, según su padre no tenía necesidad. Pero ya era suficiente de no hacer nada más que salir de compras y asistir a actos benéficos.

Estaba harta de ser solamente un adorno para la familia Montemayor, a partir de ese día sería Katherine Donovan. En cuanto pisó el despacho donde sería la entrevista, todos sus nervios se esfumaron, ¡ella era una Montemayor! La familia Montemayor era famosa por no dejarse rendir nunca, si algo querían, lo conseguían a como diera lugar.

El edificio donde se encontraba era majestuoso, pero tenía que serlo ya que estaba en uno de los mejores bufetes de abogados, ahí llevaban todo tipo de casos. Tenía una entrevista con el dueño del imperio, el indestructible Jasón Blake.

La hicieron pasar en un impresionante despacho que tenía grandes ventanales, los cuales permitían ver las mejores vistas de la ciudad. La decoración era demasiado clásica para su gusto, pero tenía que reconocer que era elegante, poseía cierto aire de superioridad.

En cuanto el hombre entró al despacho, quedó impactada con su presencia, en el transcurso de su vida se había topado con hombres realmente guapos; pero el espécimen masculino que tenía enfrente rezumaba testosterona por todos los poros de su piel. Era un hombre de unos treinta y cinco años, su cabello castaño, ligeramente rizado, estaba despeinado, mientras un mechón rebelde caía descuidado por su frente, tenía los ojos más claros en tono azul que ella hubiera visto, se quedó un momento impresionada viéndolo como una tonta, pero es que era demasiado guapo como para no admirar semejante belleza.

Él la miró con una sonrisa de satisfacción medio torcida, haciendo que ella se percatara de lo que estaba haciendo, se levantó rápidamente de la silla en la que estaba para saludar al que, si tenía suerte, sería su próximo jefe directo.

—Buenas tardes, señorita Donovan, disculpe que la citáramos en este horario —dijo extendiendo la mano para saludar, ella le tendió la suya, pero él en vez de estrecharla, la acercó a sus labios para depositar un suave beso—. Un placer contar con su presencia.

Ella, un poco incomoda por la atención de él, se ruborizó. Era la primera vez que alguien reaccionaba así con ella.

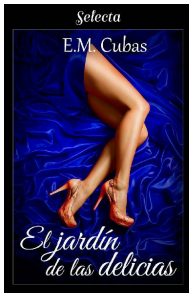
—El placer es mío —dijo levemente aturdida por como la miraba, por un momento se sintió como un ratón perseguido por el gato.

—Bien, vamos a platicar de tu experiencia laboral.

Oh, en ese aspecto sí que estaba en un gran aprieto; porque su experiencia era inexistente, solo esperaba que todo saliera bien.

Una hora más tarde salía con una sonrisa de oreja a oreja, había logrado convencer al señor Blake de que era la indicada para el puesto, asegurándole que se dejaría el alma por el trabajo, sería la nueva abogada de lo familiar del bufete Blake & Asociados.

Carlos tiene éxito en todo menos en el sexo y la Dama es la única que puede ayudarlo.



Cuando Carlos, un exitoso abogado de empresas, regresa de uno de sus casos se

encuentra con la nota de ruptura de su novia con la que creía tener un futuro. Sin comprender ese repentino cambio, decide buscar una explicación y se da de bruces con una cruda y desconocida realidad: el abandono se debe a que es pésimo en la cama.

Humillado, frustrado, dolido e impotente ante eso, se propone poner remedio a su problema. A través de un cliente, conoce un lugar en el que le ayudarían y a la única mujer que sería su solución. Pero ¿podrá conseguir su confianza y su apoyo? ¿Conseguir llamar su atención lo suficiente para que ella se interese?

El Jardín de las Delicias es un club para el pecado, para realizar las fantasías prohibidas y desinhibirse de los tabúes y *la Dama* lo regenta con mano firme..., hasta que un joven abogado atraviesa sus puertas pidiéndole que sea su maestra para el sexo.

Mi nombre es **Eva Cubas**, soy de un pueblo de Cuenca. Siempre he sentido pasión por el arte, la historia y la literatura. Decidí escribir en mis ratos libres, convencida de poder, por fin, concluir una novela. Me gusta leer, sobre todo novela histórica y disfruto con las que me llevan a otras épocas y otros mundos. Valoro la imaginación y la originalidad, los autores y artistas que son capaces de innovar y salirse de las pautas corrientes establecidas y valoro el esfuerzo que todo ello conlleva. En mis novelas busco cambiar la forma de ver la historia a través de mis protagonistas. No son las típicas novelas históricas, policíacas o románticas, pero sí me valgo de la historia para contarla todo de la forma más veraz posible.

Edición en formato digital: octubre de 2019

© 2019, E. M. Cubas

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17931-06-3

Composición digital: leerendigital.com

www.megustaleer.com

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

me**gustaleer**

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

Visita:

ebooks.megustaleer.club



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Índice

El jardín de las delicias

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Epílogo

Si te ha gustado esta novela

Sobre este libro

Sobre E. M. Cubas

Créditos